JAZMIN



Argumento

Blake Hanley, el famoso corredor de yates, tenía motivos para buscar la paz y la tranquilidad de su casa en una isla frente a Nueva Zelanda. Desconfiaba de los periodistas y lo último que deseaba era encontrar a una fotógrafa independiente en el quicio de su puerta. Así que Corrie optó por no decirle cómo se ganaba la vida. Después de todo, no estaba ni remotamente interesada en Blake… ella tenía una presa más atractiva que perseguir…

Capítulo 1

El ave marina se deslizaba en el aire; sus alas blancas contrastaban con el azul del cielo, al atardecer. Se lanzó en picado, luego se elevó, jugando con el fuerte viento del norte mientras cruzaba el océano Pacífico, dirigiéndose a South Island, en Nueva Zelanda. Desde un saliente del acantilado, Corrie Seton observaba al albatros real aproximarse, hasta que distinguió la parte inferior de su cuerpo y los tres metros de longitud de sus alas extendidas. El vuelo del ave, al dirigirse al área desierta de Taiaroa, captó la atención de Corrie y su esperanza y excitación aumentaron con cada aleteo de ese espectáculo majestuoso. Sin apartar la vista de la magnificencia y la alegría del vuelo del albatros, palpó las rocas para coger sus prismáticos. Los adaptó a sus ojos, fijándose en las patas y en las bandas de colores que las rodeaban.

-¡Rojo, rojo, rojo! ¡Eres tú, Roddy!

Sus palabras fueron un eco del entusiasmo que reflejaban sus ojos casos y el rubor que teñía su piel. Sus cabellos, de un rubio rojizo que le tozaban los hombros, bailaron con ese rápido movimiento de reconocimiento exaltado.

El albatros dio una vuelta alrededor de la zona, luego giró y se deslizó hacia el acantilado donde estaba la joven. En unos segundos volaba a más de un metro sobre su cabeza, permitiendo que el viento actuara como freno para mantenerlo en esa posición. Sus ojos negros, como dos cuentas de ónix sobre las prístinas plumas blancas, la observaban y le lanzó una suave llamada interrogativa.

-¡Te acordaste, Roddy! ¡Bienvenido a casa! -contestó Corrie, tratando de no gritar, a pesar de su emoción. El viento arrastró al ave y ella observó cómo volaba sobre el borde del mar, alrededor de Hidden Bay. Después se elevó de nuevo, para ir al promontorio donde había nacido ocho años antes. Desapareció por un momento detrás del faro, luego cobró altura otra vez, mientras el sol de la tarde lo bañaba con su luz, matizando sus plumas blancas, convirtiéndolo en una criatura de un cuento de hadas, un ave mágica y mítica. Las pupilas de Corrie se dilataron al percibir la belleza del espectáculo, ese pájaro dorado rodeado de nubes rojas.

-Roddy, ¿por qué no he traído la cámara? Esa foto hubiera sido de colección -murmuró Corrie, al mismo tiempo que el albatros, recuperando su colorido blanco y negro, se ocultaba detrás del faro.

Roddy era la primera de las aves migratorias que regresaba a la colonia, pero otras se reunirían con él en poco tiempo. Los largos dedos de Corrie ajustaron los prismáticos para examinar el cielo.

Aparte de un cormorán y unas cuantas gaviotas, no había otras aves. Contempló, a su izquierda, Sea Cottage, la casa y la playa privada de Blake Hanley, famoso navegante de yates. Su vecino no vivía en esa propiedad, la alquilaba a otras personas por largos períodos, pero hacía más de un mes que el lugar estaba vacío, y el hermano de ella, Philip, le había comentado que había visto pintores y albañiles allí. El humo que salía de la chimenea le indicó que un nuevo inquilino habitaba la casa.

Los graznidos de los cormoranes, anidando en el acantilado opuesto a Hidden Bay, hicieron que Corrie frunciera el ceño. Esa zona formaba parte de la Reserva Para la Protección de la Vida Natural de Taiaroa y se prohibía el libre acceso. Como había sido empleada de tiempo parcial de ese centro, Corrie esperó un momento para comprobar que las aves no se desbandaban y, mientras volvían a acomodarse en sus nidos, echó un vistazo a las focas, que todavía se recostaban sobre las rocas oscuras, abajo de la colonia de los cormoranes. Más tranquila, metió los prismáticos en su estuche, se lo colgó del hombro y se subió la cremallera de la chaqueta. Así preparada, salió de 1a protección de la pared del acantilado y el viento le golpeó la cara, haciendo que sus ojos se llenaran de lágrimas, mientras la joven iniciaba el ascenso .de la colina que la llevaría a su casa, a la granja protegida por la cortina de árboles, con su propia playa en forma de media luna, y sus acantilados.

Tres fuertes y distintivos disparos de pistola y los graznidos de alarma de las gaviotas fueron el preludio de un ruido provocado por miles de alas que se lanzaban al cielo. Azorada, Corrie perdió el equilibrio, se sujetó con las manos tensas y apoyó con cuidado los pies, hasta que se sintió segura. Ya a salvo, se detuvo, incapaz de creer que alguien disparara un arma en Hidden Bay, contra las aves. Su corazón saltó al recordar el poema del albatros contra el cielo, pues el nítido cuerpo de esa ave era un blanco perfecto. ¡Roddy! ¡Roddy no!

Medio andando, medio corriendo, medio saltando, cruzó el atajo hasta llegar a la playa. Allí titubeó, preguntándose si seria mejor ir a su casa a por el coche o si prefería escoger la ruta corta, aunque peligrosa, del camino rocoso. Los gritos de las aves y su vuelo rápido y aterrorizado la ayudaron a decidir y, volviendo la espalda a la granja, corrió por la arena, hasta la barrera de rocas y mar. Jadeando, hizo una pausa para tomar aliento, comprendiendo que no le sería de ninguna utilidad a los pájaros si se caía. ¡Si no era ya demasiado tarde!

La posibilidad de que el hermoso albatros estuviera muerto le resultaba demasiado horrible para aceptarla. ¡Roddy, su favorito! Lo

quiso desde el momento en que ayudó a alimentarlo, mientras su indignación de bebé ocultaba el miedo de ser huérfano. Aun el olor y el aspecto desagradable de la comida a base de pescado que la oficial Jenny Anderson le preparaba, se volvieron un medio aceptable para ganarse la confianza del polluelo. Y había dado resultado ese procedimiento. Roddy aprendió a conocer a los empleados de la reserva ecológica, llamándolos ruidosamente cuando escalaban el acantilado con las raciones, como cualquier polluelo llamaría a sus padres. Las primeras fotografías de Corrie de esa bola de plumitas blancas que era el pequeño albatros y de jovenzuelo regordete en que se convirtió, marcaron el principio de su carrera como fotógrafa de escenarios naturales.

Las olas, al estrellarse contra las rocas, mandaban -una nube de rocío al aire y algunas gotas aterrizaban en sus mejillas, como si llorara. Secándoselas, empezó a subir. por las escarpadas rocas, con los zapatos especiales que había elegido para esa delicada tarea. En algunos lugares gateó, agarrándose con las manos, consciente de la fuerza de la marea. Un montón de algas la separaba de la última roca. Estirándose hasta el límite de su uno sesenta de estatura, calculó y luego saltó. Recobró el equilibrio y miró hacia Oidden Bay.

Un hombre alto, de cabello negro, le volvía la espalda, a sus pies; la culata de un rifle oscuro, siniestro, se clavaba en la arena. El desconocido miraba el mar y siguiendo la línea de sus ojos, la joven descubrió la verdad. Una ola llevaba al pájaro muerto a la bahía, con sus grandes alas negras abiertas, en un último intento de recobrar el cielo amado.

Ahogada por la emoción, Corrie se lanzó contra el hombre, golpeándolo para que cayera al suelo.

-¡Monstruo asesino! Miserable cretino. ¡Basura asquerosa! -con cada acusación repleta de lágrimas, estrellaba sus puños contra el hombre hasta que su propio dolor la agobió. Debajo de ella, el hombre gruñó y escupió arena. Unos ojos oscuros la fulminaron, después, él le agarró las manos y la empujó mientras sé erguía. La chica se puso de pie de un salto, pero su oponente permaneció sentado en la arena, en una posición incómoda.

-Si ya ha terminado con su salvaje asalto, quizá pueda decirme que sé supone que he hecho -la dureza de esas palabras concordaban con la de los ojos-. ¡Y deje de sollozar!-¡No soporto a las mujeres que lloran!

-¡Le disparó! Roddy... –no pudo continuar.

-¿El albatros? Saca conclusiones demasiado aprisa -torció las palabras con sus labios, pero ella no supo si lo hacía para provocar su

compasión a celebrar su propio ingenio. Ella esperaba que le doliera algo. Esperaba haberle roto los brazos y las piernas y dañado su espalda. ¡Un hombre que podía matar a un albatros y luego preguntar qué había hecho!

Se frotó las manos, que le ardían; se sacudió los granos de arena, sin importarle que cayeran sobre la cara de su enemigo.

-¡Deje de hacer eso!

Corrie obedeció al oír la autoritaria voz masculina. Enfadada consigo misma por esa respuesta instintiva, miró al hombre y su réplica murió. El movimiento del extraño le recordó a un pájaro con una pierna rota, pero sofocó con determinación el impulso de ayudarlo, aun de pasarle el grueso palo que estaba a su lado. Lo observó de nuevo. No era un rifle, sino un bastón. Ese hombre no le había disparado a Roddy. Ella había atacado a un inocente e inválido, además.

-¡ Oh, no! Mire, lo siento. Tome, déme la mano, lo ayudaré a levantarse. Pensé que había disparado... -su barboteo de disculpa fue pasado por alto.

Apoyándose en un bastón, él se enderezó, mientras el dolor le humedecía la frente de sudor.

-Por favor permítame ayudarlo... -suplicó ella.

El silencio la aplastó. Lo volvió a intentar.

-Lo siento muchísimo.

-Mis piernas no afectan a mi oído.

Flagelada por ese sarcasmo, Corrie retrocedió, dándose cuenta de que no sólo lo había herido y sorprendido, sino que, también, lo ponía furioso porque lo compadecía. Desesperada por sus continuos errores, contempló la playa, preguntándose demasiado tarde si estaban en peligro. El rugido de una motocicleta alejándose le indicó que el cazador había escapado.

Tratando de no observar el lento caminar del inválido, se volvió y se sentó en las rocas. No podía irse. Contemplaría a Roddy hasta que la marea lo llevara a tierra. Se secó con la mano la cara mojada, después sacó los prismáticos, pero sus lágrimas ardientes empañaban el cristal.

-Enfóquelos un, poco más hacia su derecha. El pájaro mantenía cierto control al caer al mar, pero estaba herido. Es muy probable que ya se haya ahogado.

A Corrie le sorprendió que el hombre hablara, pero movió los prismáticos en la dirección que le sugería. La esperanza y el enfoque de alas blancas y negras que todavía se agitaban un poto, surgieron a un tiempo.

¡Roddy estaba vivo!

Tenía que ayudar a esa enorme ave. Pero, ¿cómo? ¿En el bote de Philip? ¿Cuánto tiempo tardaría en regresar a. la granja, encontrar las llaves de su hermano, abrir el cobertizo, echar el bote al agua y encender el motor. ¿Veinte minutos, media hora?

Descartó la idea y pensó en llamar al centro ecológico, pero otra vez calculó el tiempo que perdería y suspiró. Otro movimiento de las alas blancas aumentó su angustia. ¡Tenía que haber una solución!

Roddy estaba muy cerca.

¿Alcanzarlo nadando era la solución? La mirada de Corrie se clavó en el alto desconocido que avanzaba a duras penas hacia la cabaña. Era la única persona con quien contaba. Estudió el mar, notando la fuerza de la marea, y evaluó los riesgos. La distancia estaba dentro de sus capacidades, pero debería enfrentarse a la temperatura del agua. La hipotermia la atacaría en unos minutos. El mar en esa zona era frío, aun al final del verano, pero después del invierno... ese pensamiento fue suficiente para estremecerla.

Como una respuesta a sus dudas, vio a Roddy abrir sus alas, para obligar al viento a levantarlo, de modo que durante unos segundos se alzó sobre las olas. La alegría de la joven se terminó cuando el animal volvió a sumergirse, incapaz de mantener ese movimiento. Observando la nueva posición del ave, comprobó que había volado hacia la playa. Llegaría a su lado en unos minutos.

Dejó caer los prismáticos y empezó a desvestirse, quitándose los zapatos, la chaqueta y el pantalón vaquero. Titubeó ante su suéter de lana, y después decidió dejárselo puesto, al igual que los calcetines. La frenarían un poco pero también reducirían el frío. Corrió hacia el mar, y sólo se detuvo para gritarle al hombre azorado:

-¡Consiga ayuda! ¡Llame al centro ecológico!

-¡Deténgase! Está loca...

El primer golpe de la ola le mojó los pies y le salpicó los tobillos y las rodillas. Otra le bañó la parte inferior del cuerpo y la chica contuvo una exclamación. Por encima del viento oía los gritos del hombre ordenándole que se detuviera. Lo ignoró y avanzó, pero ignorar la temperatura del mar era imposible. El agua era una capa de hielo sobre su piel, pero ella continuó nadando, pensando que valdría la pena soportar unos minutos. de dolor con tal dé salvar a Roddy.

El frío invadía su cuerpo, robándole su calor. Los temblores-la sacudían, advirtiéndole que debía regresar. Eran los primeros síntomas de la hipotermia pero ella los ignoró. Había calculado que sentiría frío pero Roddy no estaba muy bien. Concentrándose en el poder de las olas alzando los brazos, arriba, abajo, avanzó por el agua. Un dolor

ardiente, agudo como agujas... le laceró los miembros, pero Corrie se aferró al pensamiento de que en cualquier momento vería a Roddy y que la marea lo empujaría hacia ella. El dolor de sus miembros le parecía un fuego que entraba en sus músculos y le contraían el pecho. No sentía las manos, ni los pies. Estaba tardando demasiado. Tendría que darse por vencida..

¿Dónde estaba Roddy?

El dolor disminuyó. Sus piernas y brazos le causaban sensaciones extrañas, como si un aparato de control remoto la impulsara por el océano. Se preguntó vagamente si estaba en peligro, pero no quería detenerse...

Ahogándose, escupiendo y tosiendo, moviendo los brazos como un remolino, avanzó con más lentitud; el cambio de ritmo le causó un fuerte impacto. Tragó agua, su cerebro funcionaba despacio al recordar que debía poner los brazos sobre el pecho. Una ola la alzó y vio a Roddy. Fue suficiente para que recobrara la decisión, parpadeara para quitarse el agua salada de los ojos y luchara contra la corriente para poder interceptar el ave.

Llegó demasiado tarde.

El ala derecha la golpeó y ella la dobló contra el cuerpo de huesos flexibles, con manos torpes y por el frío. Apretó al animal contra su pecho, dejando que su ala izquierda se balanceara sobre las olas. Sabía que debía regresar a la playa, pero no podía soltarlo. El frío había ganado; flotaría con Roddy... sobre ese mar de diamantes...

-¡Pásamelo, aquí!

Oyó esa orden aguda y dura, pero no le encontró sentido. Alguien le abrió los brazos y le quitó al ave.

-¡Mírate! Anda, sube a bordo... dame la mano.

La joven ya no tenía fuerzas, así que él se inclinó, la agarró del brazo y con un tirón enérgico, la metió al bote. El aire tibio invadió los pulmones de Corre, quien luchó contra el hombre que le sostenía la cabeza y exhalaba en su boca.

-¡Deja de. moverte o nos hundirás! -la orden penetró en la opaca recepción de Corrie antes que el aire dulce llenara sus pulmones-. Toma, ponte esta chaqueta. Mete aquí el brazo, ahora el otro. Cúbrete con la capucha.

A ella le, pareció extraño... podía oír, pero no seguir las instrucciones, así que é1 la ayudó, poniéndole los brazos en el lugar adecuado.

-Toma el pájaro. Abrázalo... así.

Corrie se sentó, como una muñeca de trapo, incapaz de moverse, cubierta por su chaqueta. Le costaba demasiado trabajo mantener los

ojos abiertos... volaba, con Roddy, volaba sobre las olas...

Ella oyó el ruido de los remos.

-¿Cómo te llamas? ¡Dime tu nombre!

Corre lo oyó musitar algo y el ritmo de los remos se volvió más rápido

-¡Anda! ¡Mírame!

Todo lo que quería era dormir, pero las insistentes preguntas del hombre la molestaban. Irritada, luchó por enfocarlo con los ojos.

-¡Bien! Dime tu nombre. ¿Roddy?

Él sabía que no era Roddy... Roddy había muerto. Tenía una herida en la cabeza; parecía muy pequeña, apenas un rasguño bajo las plumas. Ella había llegado demasiado tarde. Jenny le quitaría la banda roja de identificación de Taiaroa. El choque del bote contra la arena la sacudió.

-Anda, sal del bote.

Tenía que obedecerlo, pero no sabía por dónde empezar. Alzó las piernas y las pasó por el borde del bote. El dolor la quemó de nuevo. ¿Qué había hecho ese tipo con Roddy?

-No puedo llevarte en brazos. ¡Apresúrate!

Corrie permaneció sentada, escuchando. Él la sostuvo otra vez y le pasó aire caliente varias veces.

-¡Muévete!

La orden la impulsó a actuar. Medio se cayó, medio se inclinó, mientras él la levantaba, pero al fin se puso de pie.

-Pasa el brazo sobre mi hombro, ¿de acuerdo? Vámonos.

Corrie apoyó su peso contra él. Era demasiado difícil, demasiado doloroso. ¿Por qué no la dejaba recostarse en la arena, volar sobre la playa con...? El dolor la sacudió y él la empujó hacia delante.

La obligó a caminar y la joven luchó contra esos movimientos que le causaban un dolor agónico.

-Anda... concéntrate. ¡Camina!

Si se detuviera un momento, si pudiera tumbarse...

-No permitiré que te des por vencida. Izquierda, derecha, izquierda, derecha... Vamos, no actúes como un muñeco roto. Utiliza las piernas. ¡Mantente alerta! -era autoritario, la empujaba para que se mantuviera derecha cuando se tropezaba, con una voz enérgica, burlándose de su debilidad, aguijoneándola para que prosiguiera-. Ya casi llegamos... ¡Apresúrate!

Corrie manoteó, pero él la envolvió con una colcha y se acostó sobre ella en una cama dándole calor con su cuerpo... aunque la joven aún tenía puesta la ropa mojada. Le dolía el pecho y el abdomen... su estómago se rebeló y el hombre la soltó y le dio un recipiente vacío

justo a tiempo.

-¡Perfecto! -le limpió la cara-. Quizá te sientas muy mal, pero te recuperarás. Los latidos de tu corazón son más fuertes y tu estómago, como es obvio, ha empezado a funcionar de nuevo.

Tenía sed. Si la dejara a solas...

-¡Bebe! ¡Abre la boca! -le masajeó el cuello y la mandíbula, ella tragó finas moviendo la lengua torpemente. Otra cucharada de líquido pasó por- su garganta-. ¡Trágatela, maldita sea!

Corrie quería empujar la cuchara, pero era más fácil obedecerlo; quizás ronces la dejaría dormir y ya no le gritaría órdenes para obligarla a regresar... Él le tocó el cuello y la chica se dio cuenta, de forma imprecisa, que le buscaba el pulso.

-Mucho más firme. Te vas a poner bien.

Sus pensamientos apenas atravesaban capas de algodón y cuando cortaba una, surgía otra más gruesa. El hombre siempre estaba allí, envolviéndola, sosteniéndola. ¿Sólo se lo imaginaba? Trató de moverse.

-Perfecto.

Sonaba satisfecho. ¿Perfecto? ¡Ese hombre era un sádico! Corrie se sentía al borde de la muerte. Le ardía la cabeza como en un incendio, quemándole hasta el último rincón del cuerpo. Temblaba sin control, sus piernas y brazos ejecutaban una extraña danza catatónica. Los estremecimientos y temblores la recorrían a medida que sus músculos se flexionaban, se endurecían y se relajaban.

Cuando el dolor disminuyó, Corrie volvió a sentir que sus miembros tomaban parte de su cuerpo y no que. pertenecían a un titiritero invisible. -Hasta las agujas y alfileres que le atravesaban los pies y las manos le parecieron soportables. Trató de mover los dedos. Pronto abriría los ojos, pero todavía no... Un estremecimiento la recorrió al recordar el frío del mar y se acercó más al calor guardado en un nido de piel. ¡Se sentía tan bien, tan a salvo, tan protegida! El aroma del mar mezclado con un olor varonil y la colonia sutil la volvieron a la realidad. Al darse cuenta de que estaba envuelta en el cuerpo firme de un hombre, abrió los párpados de golpe.

Unos ojos marrones, rodeados por espesas pestañas negras, la estudiaban indiferentes, a unos centímetros de su rostro. Por instinto, luchó por zafarse de ese abrazo. El hombre de la playa la soltó y se sentó, ajustando la colcha sobre los hombros de la joven.

-Tranquilízate... sólo te abrazo para darte calor y para evitar que te hagas daño. El dolor se debía a que tu cuerpo recuperaba las sensaciones. Toma un poco más de sopa.

Ella no tenía más energía para luchar, ni para hacer preguntas o

evitar la cuchara. Después de varias cucharadas, sus dientes empezaron a castañetear y el líquido le cayó por la barbilla, hasta la colcha. Avergonzada de su debilidad, dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

-¿No te dije que no soporto a las mujeres que lloran? Es un injusto chantaje emocional -le sonreía mientras le secaba la cara y la chica comprendió que trataba de animarla. Trató de corresponder a su sonrisa-. Ésa es la segunda imagen más hermosa de esta tarde.

Su voz poseía un soberbio tono bajo; maduro, rico y suave. Corrie lo miró, sorprendida por el cambio en esa voz autocrática que la había flagelado, exigiendo obediencia, obligándola a regresar.

-¿Cómo-te llamas?

-Corrie -le costó trabajo formar su nombre, pero él asintió y la alimentó de nuevo. Ella se sintió como un pájaro recién nacido.

-Sólo un poquito más y luego te dormirás, Corrie.

Ella sintió que la mano del hombre se deslizaba sobre su piel y adivinó que evaluaba su temperatura.

-¿Puedes mover la mano izquierda? ¿El pie derecho?

Corrie hizo esa proezas con dificultad, con miembros torpes. -Excelente. Ahora, si me dejas salir de la cama, una manta eléctrica

ocupará mi sitio.

Salió del lecho, haciéndola sentirse sola, extrañando la comodidad de .su cuerpo tibio.

-No te vayas... -murmuró Corrie, incapaz de mantener abiertos los párpados.

Él se fue riéndose, después de quitarle unos rizos húmedos -de la frente. La almohada olía a él, tibia y reconfortante. Era agradable estar acostada en ese refugio cálido, sin oír sus órdenes incesantes. Estaba tan... cansada...

El motor de un coche la despertó. Atontada, giró, se estiró, y soltó una exclamación de dolor al hacer ese movimiento. Se tocó las costillas y descubrió un largo rasguño, la fuente de ese súbito dolor que terminó por despertala. Le pareció extraño no saber o recordar cómo había sucedido. Se tocó la piel y se dio cuenta de que estaba desnuda, debajo de una camisa. ¿Qué había sucedido con su ropa? ¿Dónde estaba?

Se sentó y se le agitó el pecho, como si hubiera recibido una puñalada; empezó a toser. El espasmo empeoró y la tos desgarró su sistema nervioso. Se sintió enferma. Sus hombros lucharon por elevarse y todo su cuerpo luchó por respirar.

-Relájate.

Unas manos fuertes la sostuvieron; él empezó a darle masajes en la

espalda, reduciendo gradualmente los movimientos hasta que el paroxismo terminó y la respiración de Corrie se estabilizó. Colocó las almohadas detrás de su espalda, y ella se recostó, exhausta, concentrándose en el difícil esfuerzo de respirar.

-Mi amigo fue a pedir una ambulancia. Pasará cierto tiempo antes de llegue; así que te sugiero que te duermas otra vez.

Esas palabras resonaron en la mente de Corrie. Las ambulancias conducían a un hospital. Luchó contra el peso de la colcha y las sábanas. No iré jadeó.

-No desperdicies tu energía. Deberías haberte ido hace más de una hora; pero, por desgracia, todavía no me han conectado el teléfono.

-Estoy bien -siseó-. Me iré a casa.

-Estás hecha un desastre -frunció el ceño-. Si me dices tu número de teléfono, mi amigo le avisará a tu familia. Quizá estén preocupados por ti, aunque quizá ya se hayan acostumbrado a tus locuras. Esa crítica aguijoneó a Corrie, pero estaba demasiado débil para protestar.

-Philip está de viaje -tosió. Otra vez el hombre le masajeó la espalda, hasta que pudo respirar con regularidad.

-¿Philip es tu marido? ¿No? -revisó los largos dedos de la mano izquierda de Corrie-. No tienes anillo de matrimonio... El hospital se encargará de comunicarse con las personas que más quieres.

La dejó enfadada. Corrie sabía que si trataba de explicarle que Philip su hermano, sus pulmones protestarían de nuevo, y ya le costaba trabajo respirar sin arriesgarse a soltar un discurso. Le dolía la cabeza y cerró ojos, para no ver la luz, concentrándose en el calor y la suavidad del lecho. Tenía sueño...

La alegre risa de dos hombres la despertó. Corrie se mantuvo quieta, escuchando, pero las voces se convirtieron en un susurro que apenas se oía sobre el sonido del mar. Estaba en Sea Cottage, pero ese cuarto había cambiado tanto que apenas lo reconocía. El nuevo inquilino debió pagar mucho por esos cambios, pero el resultado era el sueño de todo artista. ¿También había decorado la cocina? ¡Allí debía haber agua y ella tenía mucha sed!

Ese pensamiento la molestaba y se preguntó si podría levantarse. Mientras permanecía recostada, sin moverse, el dolor de su pecho era soportable. ¿Le dolería demasiado si se incorporaba? Inclinándose hacia delante, se sentó, luego pasó las piernas a un lado de la cama, arreglándose la camisa que tenía puesta. Se detuvo un momento al sentir esa ropa desconocida y trató de recordar cuándo se la había puesto, pero sólo pudo evocar la imagen de un hombre moreno pasándole esa camisa sobre los hombros. ¿Por qué no le había puesto su propia ropa? Descartó ese pensamiento. Debía beber. Le dolía la

cabeza.

El murmullo de una voz varonil que le llegaba del vestíbulo la animó a proseguir. No iba a pedir o aceptar más ayuda: una vez de pie, se sentiría mejor. Unos cuantos pasos tentativos la llevaron al vestíbulo, donde se apoyó en la pared justo antes de caer. Su esqueleto parecía haberse convertido en lo que Philip catalogaría como una mermelada poco consistente. El rugido que le taladraba la cabeza no provenía del mar y ella se sentó en el suelo antes de que su cuerpo desfalleciera, metiendo la cabeza entre las rodillas. Poco a poco se aclararon sus sentidos y las voces adquirieron un tono distintivo.

-¡Qué historia, viejo lobo de mar! ¡Has pasado una sola noche aquí y ya tienes un pájaro en tu cama!

-¡Es verdad! Pero mi pájaro, como tú la llamas, se parece más a un pollo medio congelado, más bien flacucho, y completamente estúpido. No me atrae en absoluto.

-¡Qué lástima! Me gustaba la idea de que cayeras en las garras de una mujer apasionada.

-¿Una mujer? Se me echó encima como una jugadora de fútbol, en pleno campeonato. Y tiene una facilidad muy especial para utilizar las frases más coloridas del habla popular...

Corrie se encogió. ¡Hablaban y se birlaban de ellas! Demasiado débil para ponerse de pie, se arrastró hasta el dormitorio. «¡Estúpida!» «¡Flacucha!» Las palabras la humillaban. Las lágrimas seguían corriendo por su rara antes de que pudiera secarlas. ¿Qué le sucedía? No había llorado en a… Casi había llegado a la cama, cuando la sacudió un ataque de tos.

-¡Permítame!

Corrie sintió que la levantaban y la colocaban sobre la cama con tanta suavidad como si fuera una cesta de huevos. Se quedó exhausta, incapaz de hablar.

-Él tiene razón... está hecha un desastre.

Corrie vio la sonrisa de calabaza de un hombre de ojos azules, que se sentó a su lado.

-Soy Paul Greywood, a sus órdenes... cada vez que quiera que la meta en, la cama, sólo tiene que pedírmelo -le guiñó un ojo-. Es la primera mujer que conozco que se alabanza sobre uno de mis mejores amigos.

-Paul, deja de decir tonterías y dale a Corrie un poco de agua. Está sola repisa, encima de la cama.

Era el único lugar que ella no había revisado. Corrie observó que el bre moreno se asomaba a la puerta, con el rostro tenso. Se preguntó o pudo adivinar que tenía tanta seda, pero bebió con rapidez cuando el

llamado Paul, le tendió un vaso.

-Paul, ¿podrías esperarlos en la carretera? No hay luz y los hombres de bulancia quizá no vean la entrada.

-Corrie, nos encontramos para separamos de nuevo -Paul se puso de riéndose y se fue enseguida. Obedecía las órdenes inconfundibles de su amigo.

-¿Te molestamos? -la examinaba con sus ojos oscuros. Corrie recordó palabras de él acerca de que la consideraba un pollo medio congelado, flacucho y estúpido y deseó tener fuerzas para vengarse.

-Yo te molesté -suspiró ella, haciendo un esfuerzo supremo.

-Es una buena forma de decirlo -una sonrisa iluminó el rostro masculino.

-Yo...

-No hables, ahorra energía. Tu piel está tan blanca como las paredes.

-Adaptación al medio ambiente -musitó.

La sonrisa de su anfitrión premió esa agudeza. Una sonrisa mágica, que cambiaba su rostro severo, indiferente, en uno de amable cercanía. Corrie no podía seguir enfadada con él; estaba demasiado agotada y la ira requiere energía física. Hasta los párpados le pesaban. Cuando abrió los ojos, el hombre se apoyaba contra el marco de la puerta. Su posición era la de una persona exhausta, su cuerpo se doblegaba por el dolor. ¿Cuánto le había costado salvarla? ¿Quién era él? ¿Cómo se llamaba? El sonido de un vehículo pesado lo obligó a alzar la cabeza y a suspirar de alivio.

-La ambulancia... abriré la puerta. Adiós, Corrie.

Ella escuchó el sonido del bastón en el pasillo, y luego que él hablaba con Paul y con el personal de la ambulancia, pero su salvador no se molestó en aparecer de nuevo. Esa indiferencia la hizo sentirse triste, sola y totalmente rechazada.

Capítulo 2

Corrie miró su reloj y decidió levantarse, la luz del sol que brillaba a través de las ventanas era un buen incentivo. Quiso intentar dar un paseo. El viento austral, que la mantuvo encerrada, no había hecho mucho por sacarla de su tedio; sentía como si hubiera estado recluida durante meses y no sólo unos días.

Sus amigos la habían llamado, pero sus visitas se hicieron menos frecuentes cuando descubrieron cuánto la agotaba charlar. Era frustrante; ella deseaba conocer todos los detalles del Wildlife Centre y las medidas de seguridad extra. La posibilidad de que el tirador regresara era una pesadilla. Jenny Anderson había comentado algo acerca de patrullas y vallas, pero sus visitas la hacían temer más por la vulnerabilidad de las aves. Roddy era un tema que ella no debía permitirse mencionar; era un recuerdo vedado; se prometió examinar los hechos en la salvaje cumbre que fue su hogar. Pero aún era demasiado pronto... todo estaba demasiado reciente. Afuera, un escandaloso saludo de los perros le daba la bienvenida. La rodeaban, corrían y hacían cabriolas frente a ella como cachorros interrumpiendo su juego para contemplarla con ansia y simpatía cuando le sobrevenía un ocasional ataque de tos. Paseó por el jardín, deleitándose al encontrar campanillas blancas, narcisos y capullos de primavera. Una impaciente serie de balidos la alertaba de la presencia de dos grandes y lanudas ovejas; el año anterior eran crías, confinadas entre los postes y la de alambre del jardín de la casa. Harassed, un desafortunado caballo que ella había rescatado de un matadero de crías, esperaba con toda la paciencia del mundo; su suave nariz se contraía como simulando un saludo.

-Estás engordando, Harry -bromeó ella y le frotó el cuello al tiempo que él se inclinó para alcanzar un manojo de hierba que crecía en la base de la cerca.

-Te he echado de menos -Philip se unió a Corrie.

-Fueron casi dos meses; seis semanas en Australia fotografiando la vida salvaje, dos días en casa, entonces tuve mi baño fuera de temporada, tres días en un hospital y una semana enclaustrada.

Juntos hicieron el camino de regreso hacia el patio de la casa de campo.

-Hoy quisiera visitar a mi salvador -dijo Corrie.

-Tú conoces el mensaje que mamá y yo recibimos del hospital -dijo su hermano-. Paul Greywood es abogado y enfatizó que actúa en nombre de su cliente, quien de manera específica solicitó discreción.

-Tengo que darle las gracias; ese hombre me salvó la vida -insistió

ella-. Le voy a regalar el prólogo 'que hicieron los editores de las series Taiaroa.

-Bien, me parece muy apropiado; fotografías tomadas desde Hidden Bay y nuestra playa -comentó Philip-. Y tú atesorándolo... aún. Estoy intrigado. ¿Por qué no se presenta él mismo? Pienso que nuestro vecino tiene algo que ocultar.

Corrie comenzó a reír.

-Lo haces parecer como un personaje sombrío, ¡y no lo es! Sé que es de fiar.

-Espera y verás -Philip consultó su reloj-. Recogeré el correo.

Sola, Corrie permaneció sentada mirando hacia el mar. Ella quería ver otra vez a quien la rescató. Frunciendo el ceño trató de analizar sus; sentimientos. No tenía que cerrar los ojos para recordar el contacto firme de ese hombre. La sensación la perturbaba en sus momentos de ocio., La semana anterior, dichos momentos fueron frecuentes. ¿Era una simple mezcla de consuelo y gratitud? ¿Acaso en su estado de debilidad sus emociones se habían confundido? ¿Cuántas de sus reacciones habían sido provocadas por su dependencia y la forzada intimidad de los cuidados de ese desconocido?

Si lo veía en circunstancias más normales, quizá la atracción desaparecería.

Casi desaparecería, se corrigió. Poniéndose de pie, tomó una decisión. Lo iría a ver después de comer. Al mismo tiempo le devolvería su ropa y recogería su chaqueta, pantalones, zapatos y prismáticos, además del precioso reloj que había comprado en Nueva York.

Lavó la ropa de su vecino con gran interés. La combinación la había sorprendido... una camisa de diseño exclusivo, de una tela finísima, y el pantalón forrado, con una etiqueta que le indicó que estaba fabricado para soportar temperaturas bajo cero. Ella había usado uno parecido en el viaje de la Antártida, para fotografiar pingüinos. Sabía que eran muy prácticos, calientes y caros. ¿Qué estilo de vida tenía aquel hombre? ¿Por qué necesitaba ropa especial?

Los ojos de Corrie se iluminaron al recordar que su armario guardaba prendas similares, además de vestidos exclusivos para las reuniones internacionales con los distribuidores y editores de sus fotografías. Pero, aparte de un fotógrafo de escenarios naturales, ¿quién más mezclaba ropa informal con prendas especiales? ¿Un explorador? ¿Un geólogo? ¿O un científico? Y, ¿por qué tenía la sensación de que debía de conocer a ese hombre? ¿Lo había visto retratado en alguna parte? ¿O sólo estaba confundida por la difícil experiencia que había vivido? Le resultaba imposible decidirlo. Tenía

que verlo otra vez, aunque sólo fuera para no volver a pensar en ese hombre y ¡cuánto antes, mejor!

Corrie estudió su imagen en el espejo. Había puesto un gran esmero en maquillarse y arreglarse, logrando un aspecto «informalmente elegante», como le había prometido la modista. Sonrió a su reflejo. Parecía confiada, pero sus emociones oscilaban entre la certeza y la incertidumbre.

Dobló con cuidado el pantalón del vecino y la camisa recién planchada y los metió en una bolsa de plástico. Las llaves tintinearon mientras se subía al coche último modelo. Sólo tardó unos minutos en llegar a la entrada de Hidden Bay y pisó el freno con fuerza al encontrarse frente a una inesperada barrera. Una nueva verja cerraba el paso, impidiendo el acceso. Sobre la verja se leía, en un enorme letrero: «Propiedad privada. Sistema de alarma. Los transgresores cometen un delito penal».

Sorprendida, Corrie leyó el letrero dos veces. Le pareció como si alguien lo acabara de colgar. Nadie había impedido el acceso a Hidden Bay antes. No había habido necesidad; a través de la península existían varias zonas turísticas, el castillo Larnach, los jardines Glenfalloch, la Reserva Ecólogica de Taiaroa, pero pocos viajeros se aventuraban por los caminos vecinales, como el que conducía a Hidden Bay y su granja. Volvió a contemplar el ofensivo letrero.

¡Sistema de alarma!

Era un área segura. Nunca había sabido que faltara algo en las casas, y las puertas nunca se cerraban. El nuevo inquilino la había salvado y ella le debía cierta lealtad, pero, ¿qué clase de hombre pondría ese letrero?

Asqueada, derrotada, cogió la bolsa y la tarjeta de agradecimiento que había escrito. Estuvo tentada a romperla y quedarse con la ropa, pero la mejor parte de su naturaleza triunfó, así que metió la bolsa de plástico, con la tarjeta dentro, en el enorme buzón, a un lado de la reja. El buzón se tragó la bolsa y, a cerrarse, se encendió una lucecita verde, indicando la presencia de una alarma electrónica.

Incrédula, Corrie miró a su alrededor y empezó a notar otras medidas de seguridad. La vieja reja había desaparecido y la nueva que había ocupado su lugar estaba oculta parcialmente por los árboles. Helada, distinguió los alambres que llevarían el mensaje de alarma a la casa, si alguien intentaba saltar la verja. Confundida, empezó a creer en el comentario de Philip. Ese hombre tenía algo que ocultar. Sin embargo, le había parecido una persona íntegra.

Se subió a su coche y lo condujo hasta la granja. Su verja también estaba cerrada, pero era para mantener el ganado dentro de la

propiedad; en cambio, su vecino no tenía disculpa. Metió el coche en el garaje y regresó a la granja, perturbada y desilusionada, ahora lo admitía, por no poder ver a ese hombre. En el hospital se había preguntado si la visitaría, pero razonó que su pierna inválida le dificultaría. conducir un coche, a menos que tuviera un vehículo adaptado. Cuando no la visitó, ella-lo disculpó de mil formas. Una vez que regresó a su casa, Corrie recordó que él ni siquiera sabía dónde vivía ella, a no ser que su amigo el abogado le hubiera dado ese dato. Pero al ver la entrada de Hidden Bay, comprendió la verdad. Él no quería que lo molestaran los vecinos e intentaba mantenerlos apartados de su propiedad.

Con gesto adusto empezó a cambiarse de ropa, poniéndose el, acostumbrado pantalón vaquero y la sudadera con movimientos bruscos. Todavía irritada, se dirigió a la playa, la panacea de sus problemas, hasta que se detuvo ante la barrera de rocas. A punto de regresar, hizo una pausa porque un objeto peculiar le llamó la atención. Decidió que podía cogerlo sin acercarse a la peligrosa escoria volcánica. Curiosa, escaló las rocas negras pero, al reconocer su pantalón, que el mar había arrojado a la playa, se asombró. Lleno de arena y descolorido, se conservaba intacto, con su peine todavía en uno de los bolsillos. ¿Por qué ese hombre no había recogido la ropa de ella? ¿Y qué había pasado con su reloj y sus prismáticos?

Recordó la fatiga de su salvador. ¿Había ignorado su ropa, dejándola en la playa? ¿Decidió darle una lección? ¿Y qué pasaba con Paul Greywood? Se había comportado como una persona amable. Bien pudo ir a recoger la ropa y los prismáticos, sin que nada se lo impidiera. Si sabían que existían, se recordó Corrie. El pantalón era una prueba de su ignorancia. Perder su chaqueta y su pantalón ya le parecía bastante malo, pero también su reloj y sus prismáticos...

Sin perder tiempo, empezó a revisar las rocas y los charcos de agua de mar, por si las olas hubieran arrojado sus pertenencias al mismo sitio. Dos veces sus ojos se iluminaron esperanzados, pero al agacharse se dio cuenta de que agarraba un filamento de alga, no la correa de los prismáticos. La sensación de que alguien la vigilaba la obligó a levantar la vista, de pie sobre el borde de las rocas, estaba su salvador. Su enfado contra él se evaporó para ser reemplazado por la alegría. .

-Parece que te has recuperado completamente, Corrie -comentó.

Le lanzó una brillante sonrisa y la chica tuvo que apelar a toda su serenidad para frenar el tonto deseo de lanzarse a los brazos de su héroe. La voz varonil encerraba la música que ella recordaba, la profunda resonancia, clara y vibrante, contra el murmullo del mar.

Recobrándose, ella recordó su misión.

-Sí... ningún daño permanente, gracias. El médico dijo que le habías ahorrado mucho trabajo. Traté de ir a verte para agradecértelo, pero cerraste el camino.

-Por desgracia, no puedo cerrar el resto de los accesos.

Corrie sintió que el escozor de esas palabras borraba el placer del encuentro. Había estado tan ocupada buscando sus pertenencias, que no penen entrar en Hidden Bay.

-¿Para qué? Es una playa preciosa, ¿por qué no quieres que otros la disfruten?

-Prefiero cierta intimidad.

Corrie decidió no sentirse ofendida, y se preguntó si él había cerrado el camino para proteger su intimidad por su invalidez. La dureza de ese hombre podía esconder el miedo de que unos desconocidos lo compadecieran. Ella estaba segura de que, con un poco de amabilidad, podría acabar con todas las barreras.

-No tendría muchos visitantes -afirmó-. Sólo algún excursionista ocasional, puesto que la playa está marcada en el mapa. De ese modo, encuentran Hidden Bay. O exploran por estas rocas, o suben al acantilado, como yo.

-¿Hasta aquella punta?

Ella tuvo que asentir con la cabeza-porque un ataque de tos interrumpió su discurso. Sin energía, se sentó en una roca seca para recuperarse, consciente de que él la observaba con el ceño fruncido.

-Acompáñame para que tomes un vaso de agua -le dijo él-. Telefonearé a tu hermano para que venga a buscarte.

-No... Philip está ocupado., Yo... estaré bien... en un minuto... -Corrie tomó aliento y cerró la boca con firmeza en un esfuerzo por dejar de toser.

-Como quieras. Supongo que era esperar demasiado que respetaras mi intimidad.

-¿Tu intimidad? -repitió ella-. Esta zona abarca las montañas Queen. Son tierras públicas.

-Para llegar aquí debiste cruzar parte de mi propiedad.

Corrie miró al hombre, tratando de controlar su ira.

-Lo dudo mucho. Sin embargo, es posible. No pensaba en ti mientras buscaba mi ropa. Encontré mi pantalón en las rocas. ¿Por qué no lo recogiste?

-Cuando te fuiste, la marea alta había invadido la playa.

Desinflada por esa respuesta tan sencilla y, desde luego cierta, Corrie guardó silencio.

-Revisé la playa todos los días, pero escalar rocas. está más allá de mi capacidad física -continuó el hombre.

Corrie sintió vergüenza por un segundo. Habló de nuevo, pero con un tono suave.

-Cuando termine de explorar las rocas para ver si encuentro mis cosas, ya no volveré a venir -le prometió..

Los ojos oscuros la estudiaron y ella conoció de nuevo la emoción de su atractivo varonil.

-Ven mañana... te daré tu ropa interior y tu suéter, Corrie. ¿A las os? Abriré la verja; es preferible a que arriesgues la vida en esas roas.

Mientras la joven se quedaba con la boca abierta por esa inesperada invitación, él se volvió para continuar andando por la playa, deteniéndose de vez en cuando para examinar algunos objetos lanzados por las corrientes marinas. Caminaba con más facilidad.

Ella se puso de pie y escaló de nuevo las rocas, tomándose su tiempo, consciente de la espuma que llevaba la marea creciente. En la cima miró a o lejos y lo distinguió, delante de la cabaña, aparentemente observando el mar. No parecía preocuparse por ella; sin embargo, la joven tuvo la impresión de que no se metería en su casa hasta que se hubiera alejado de la playa. Molesta, bajó saltando las últimas rocas de la frontera natural que formaban el montículo.

Al día siguiente, Corrie se preparó para su visita con emociones mezcladas. Como le había dicho Philip, su salvador la había invitado con el único propósito de entregarle su ropa.

-Por lo menos, averigua cómo se llama -le pidió Philip mientras cerraba la puerta del coche de su hermana.

-A la tercera va la vencida. Si no regreso al atardecer, envía la caballería pesada.

Encendió el motor, que ronroneó, despertándose. Como Corrie tenía experiencia en conducir vehículos, retrocedió, sin prestar atención a la mirada crítica de su hermano, que la estudiaba, en vez de despedirse con una sonrisa. Mientras avanzaba, ella decidió mantener un silencio prudente y conservar la calma y la educación. Sin embargo, cuando pensaba en su salvador, sentía como si entrara en la ruta de un huracán.

Se llevó la primera sorpresa ante la entrada de la, casa. Antes, la zona estaba llena de basura y arena; ahora, notó que un trabajador profesional había arreglado las baldosas del suelo y que nuevos arbustos suavizaban las líneas del garaje. Por fuera se le había dado una doble capa de pintura. Pero lo que más la impresionó fue la casa.

-Puedes entrar. No siempre muerdo.

Avergonzada porque ese hombre la había sorprendido evaluando la casa, Corrie abrió la puerta del vehículo y se bajó.

-Se ve tan diferente... -se interrumpió ante los ojos oscuros que la

miraban divertidos.

-¡Eso espero! He invertido una considerable cantidad de dinero y esfuerzo para arreglar el jardín. Pero Sea Cottage se lo merece. Estaba muy descuidada; el último inquilino debió ser perezoso y sucio.

-¡Oh! Estás hablando de una amiga mía. No era nada de eso, pero no consideraba la jardinería una de sus prioridades.

-Ni tampoco las labores de la casa -replicó-. Tuve que volver a decorarla de arriba abajo.

-Culpas a una inocente. Nadie se había ocupado de arreglar el interior desde que nosotros vivimos en la granja, y supongo que tampoco antes de que llegáramos -repuso la joven.

-Tienes razón. Pero tu amiga debió llevarse sus muebles. Los decoradores me cobraron por llevárselos y echarlos a la basura.

-¿A la basura? Ya sé que eran unos cuantos palos viejos, pero le pertenecían a Blake Hanley.

-Claro que no... alquiló la casa vacía.

-Quizá a ti, pero sé que esos armatostes estaban aquí desde hace mucho tiempo. Los inquilinos anteriores a Misty Warrender los pusieron en el sótano, así que ella los rescató y pasó una eternidad pintándolos y limpiándolos. Si tienes problemas con los agentes inmobiliarios, diles que vayan a vernos a mi hermano o a mí. Les pediremos que te devuelvan el dinero. En cuanto a la lavadora... -los ojos de Corrie se endurecieron al recordar los trabajos que pasó Misty lavando las montañas de pañales de dos bebés-. Me encantaría tener la oportunidad de confesarles a esos agentes lo que pienso que Blake Hanley y los elevados alquileres que cobra.

-¿Elevados? -repitió-. Casi no cobraba un centavo con tal de que el inquilino mantuviera la casa en buenas condiciones.

-Pues tienes suerte -lo contradijo-. Sé que el último inquilino pagaba tanto que no podía permitirse el lujo de mantener la casa en buenas condiciones. Al dueño nunca le importó. Nunca vino a visitar este sitio. Yo misma traté de comprárselo, pero los agentes dijeron que no le interesaba vender -Corrie se sentía irritada, recordando su desilusión.

-Espera -la voz varonil adquirió un tono helado-. Te equivocas respecto al alquiler y los muebles, y yo tenía mis razones para no vender.

-¿Tus razones? -Corrie estudió al hombre; la ira la invadía. ¡No podía ser Blake Hanley! Recordaba que en las fotos aparecía con una barba oscura, pero la barba se afeita... Sin embargo, Blake Hanley estaba en excelentes condiciones físicas, había sido campeón olímpico y después conquistó los primeros puestos pilotando yates, como

profesional. Pero podían ocurrir accidentes imprevistos...

-Soy Blake Hanley.

Corrie sintió que la verdad abría una fisura aterradora a sus pies, como un terremoto.

-Creo que debes oír unos cuantos hechos.

Él hablaba con autoridad, enfatizando la negra ira de, sus ojos con su tono tranquilo. Sé volvió y la condujo hacia la sala; sus pasos lentos le dieron tiempo a Corrie de reunir los jirones de sus pensamientos.

-Entra -le pidió él ante una puerta cerrada-. Me reuniré contigo en un minuto.

Su expresión la hizo pensar en el hielo, frío pero que quema.

Fue un alivio entrar en ese cuarto bañado de luz. Corrie siempre había amado la sala de Sea Cottage, con sus ventanales dando hacia el mar. Pero Blake Hanley había efectuado muchos cambios... pintó las paredes de un tono arena, sin colgar cuadros, ni adornos en el cuarto.

Corrie frunció el ceño. La habitación le recordaba una concha vacía, hermosa pero sin vida. No pudo evitar evocar las paredes rayadas de Misty, las cestas llenas de conchas y algas marinas. Entrar al hogar de Misty había sido una aventura; dependiendo del humor de la inquilina, la casa parecía una tienda persa, el Pacífico, o un jardín y, con mucha frecuencia, una mezcla de las tres cosas.

Parada frente a los ventanales, Corrie se tranquilizó con el constante movimiento de las olas contra la curva de la arena... hasta que Blake Hanley entró en el cuarto. Su ira parecía vibrar entre ambos.

-Examina los libros de cuentas de los inquilinos. Los datos del último están encima.

No había posibilidad de negarse a obedecerlo. Reacia, aceptó el montónde libros y abrió el primero. Fue suficiente con una ojeada, pero la repitió para no tener dudas. Los detalles del precio del alquiler, las condiciones de la casa y la carencia de muebles estaban estipulados con claridad. A Corrie se le secó la boca a medida que leía, dándose cuenta de que se había equivocado. El dinero que ella creía que su amiga pagaba cada quince días, era en realidad el alquiler mensual. Demasiado tarde, recordó que Misty no administraba bien sus ingresos.

-No necesito ver más -aseguró en voz baja-. Me equivoqué y te debo una disculpa. Lo siento.

Puso los libros sobre la mesa y enderezó los hombros, esperando que su admisión dulcificara la expresión adusta de su anfitrión. Por alguna razón le parecía importante que él la comprendiera.

-Me contaron que habías heredado la propiedad hacía años y que

desde entonces la alquilabas. Cuando mi hermano empezó a pensar en casarse, decidió dejar de vivir en la granja y tratar de comprar esta casa.

-¿Aunque eso significara poner en la calle a tu amiga y sus dos hijos?

Corrie escuchó el sarcasmo y decidió que no diría que Misty Warrender era la mujer con quien su hermano quería casarse.

-Tus agentes debieron informarte que mi oferta estaba condicionada al desalojo voluntario del inquilino -replicó-. Todavía me interesa comprar Sea Cottage. Desde luego, elevaré mi oferta para que incluya el costo de las reparaciones.

-Olvídalo -le dijo con aspereza-. El dinero no puede comprar este sitio.

-Si cambias de opinión o decides alquilarlo en el futuro, espero que tengas en cuenta mi oferta.

Corrie sintió que la inspeccionaba como a un miembro de una especie desconocida. Era obvio que las decisiones de Blake Hanley no se ponían en tela de juicio. Si no hubiera sido testigo de su dulzura, ella se habría agazapado, pero los recuerdos eran demasiado vívidos, le permitían casi sentir las manos de él sobre su piel, mientras la acomodaba en el nido de su cuerpo tibio. Recordándolo, le devolvió la mirada con una sonrisa.

-¿Acaso fue un ruego impertinente, señor Hanley? Siempre me ha gustado su casa.

Poco a poco los ojos negros reflejaron aprobación.

-Lo recordaré, Corrie -no sonreía, pero su enfado se había esfumado de forma tan efectiva como la marea deja la playa. -Con un gesto, le indicó un sillón y él se sentó en el sofá-. Mis amigos me llaman Blake -le tendió la rama de olivo con una sonrisa mágica-. O Taiaroa.

¿Taiaroa? -repitió-. ¿Cómo la montaña que lleva ese nombre en honor del jefe maorí?

-Mi nombre completo es Blake Taiaroa Hanley -asintió - Mi tatarabuela era prima de ese jefe.

-Me encantaría oír toda la historia -exhaló Corrie, con los ojos muy abiertos.

-Se casó con un navegante inglés, John Hanley, que trabajaba en la factoría ballenera, al sur de la península.

-Sé dónde estaba; pasábamos frente a ella, camino a Dunedin. -Colonizaron esta bahía. Les otorgaron uno de los primeros títulos de propiedad de la zona; desde entonces, este lugar le ha pertenecido a mi familia. Mi padre estaba muy orgulloso de pertenecer a una rama

de los Ngati Mamoe y yo también. ¡Aunque tengamos que remontarnos a más de ciento cincuenta años!

-¡Por esa razón te negaste a vender Sea Cottage! -murmuró Corrie-. Forma parte de tu herencia, Blake.

-No sólo por esa razón. A mí también me fascina. Viví aquí hasta que cumplí diez años. Entonces, mi familia se trasladó al norte de Auckland y yo juré que un día reuniría el suficiente dinero para volver a vivir aquí. Ya lo he cumplido.

-¿No volverás a competir en las carreras de yates?

-¡Sí! Volveré. El accidente me destrozó la pierna izquierda, pero los cirujanos me remendaron y ahora me recupero, tratando de no llamar la atención.

-Y le pediste a Paul Greywood que yo y mi familia nos mantuviéramos a distancia.

-Exacto. No quiero que nadie se entere de que estoy aquí. No te imaginas lo que les gustaría a los reporteros enterarse de la historia de nuestro encuentro.

-Pero te asignarían el papel de héroe -le indicó Corrie-. ¿Qué tiene eso alo?

-No quiero que destruyan mi intimidad. Cuando conceda una entrevista exigiré las reglas, pero a algunos no les importa a quien hieran en el proceso de conseguir más datos.

Corrie escuchó la indignación de la voz de Blake y se quedó callada. Los ojos oscuros la contemplaron y la boca de él se torció en una sonrisa amarga.

-Los fotógrafos independientes son los peores -agregó.

Ella cambió de posición y se lanzó a defender a sus colegas.

-Sólo muestran lo que está frente a las cámaras.

-Y seleccionan esas imágenes para apoyar lo que quieren vender. Cuanto más escabroso, más dinero cobran. El sexo y el escándalo se venden bien; los deportistas internacionales son un buen blanco fácil y, si hay demandas por difamación, consiguen más publicidad.

Se levantó con torpeza por la emoción, y cojeó hasta la ventana, donde se quedó contemplando la. quietud del mar. Corrie sólo deseó que no le preguntara cómo se ganaba la vida.

-Soy un poco paranoico con respecto a la prensa -continuó-. Ya es historia... pero me ha vuelto reticente respecto a mis planes. Por esa razón impedí el acceso a Hidden Blay.

-Cuantas menos personas bajen a la playa, menor es el peligro de que te reconozcan -admitió Corrie-. Pero tarde o temprano la gente se dará cuenta de que estás aquí. No puedes vivir sin ayuda. ¿Cómo te las has arreglado para conseguir algo tan simple como comida?

-Paul y otra docena de personas saben que estoy aquí. No me he convertido en un ermitaño. Me traen lo que necesito. Y confío en cada uno de ellos.

-Tienes suerte con tus amigos -comentó la joven. -No serían mis amigos si no pudiera confiar en ellos. -¿Y ahora tendrás que confiar en mí?

-No me queda más remedio.

Él se sentó con movimientos lentos en una silla de respaldo duro, su lesión la distrajo de la desilusión que sentía.

-No creo que tu razón sea válida, pero la respeto -accedió Corrie-. Sólo le informaré de tu presencia a una persona, mi hermano Philip.

-¿Por qué? -preguntó él.

-Piensa que ocultas algo. Aceptó que no supiera tu nombre porque nuestro encuentro no fue muy convencional que digamos -Corrie no pudo evitar sonreír con los ojos y se tranquilizó cuando vio que a él le brillaban de risa-. Philip no se lo comentará a nadie. Nació discreto. No es como yo... que me inclino a dejar que mi lengua hable más de lo necesario.

-Lo he notado.

Corrie decidió que merecía esa crítica acerada.

Philip tiene tres años más que yo, tiene veintiséis y siempre ha sido responsable.

-No me queda otro remedio que resignarme, ¿verdad?

-Mira, ven a comer con nosotros mañana, para que conozcas a Philip invitó, impulsiva-. Sólo vivimos él y yo en la granja.

-¿Eres una buena cocinera?

Bromeaba y Corrie se preguntó si sabía cuán sensual era su sonrisa cuando se relajaba. ¿Acaso se estaba enamorando de ese hombre por su sonrisa?

-¿No respondes, Corrie? Entonces, comeré antes de ir a tu casa.

Sus ojos estaban fijos en ella y la joven contestó deprisa antes de que él adivinara sus perturbadores pensamientos.

- No soy tan mala como tú. Esa sopa que me obligaste a comer sabía a os de cartón remojados en agua.

-No me culpes a mí. Era parte de un paquete de comida de emergencia con vitaminas, minerales y proteínas. Yo sólo añadí agua.

-Surtió efecto, de cualquier modo. Te agradezco que me salvaras la vida, Blake -pronunció su nombre paladeando el sonido. Le quedaba bien a ese hombre.

-Eso decías en tu tarjeta. Sin embargo, me sorprende que no hayas revisado el peligro. Viviendo aquí, debiste conocer la temperatura del agual.

-No tenía otra opción -le explicó-. Consideré la hipotermia, pero creía la alcanzar a Roddy y regresar antes de que me afectara -frunció el ceño, tratando de recordar-. No puedo entender por qué tarde tanto tiempo. Soy una buena nadadora...

-Sí, lo eres -admitió Blake-. Pero no tenías ninguna posibilidad con ese frío. Mientras yo iba a por el bote tu pájaro aleteó, alejándose de nuevo de la playa. Temí que te ahogaras antes de que te rescatara. . -No recuerdo nada, excepto mi intención de alcanzar a Roddy -le costrabajo decir el nombre.

-El pájaro te salvó -dijo Blake-. Actuó como un tibio chaleco salvavidas.

-No me había dado cuenta de eso. Gracias por tratar de salvarlo. Me alegra que lo subieras al bote conmigo.

-No me atribuyas motivos nobles. En lo que a mí concierne, lo único que me preocupaba era usarlo para conservar el poco calor que te quedaba.

Los ojos de Corrie se humedecieron, y se levantó del sillón para acercarse a la ventana y evitar que él descubriera su emoción.

-Yo no tengo un corazón tan compasivo como el tuyo, Corrie -le advirtió Blake con voz dura-. Tu reacción fue típica.

Sus palabras la hirieron, humillándola. La mejor forma de defenderse era atacándolo.

-¿Por qué no me dijiste que tenías un bote a tu disposición? -indagó.

-¿Me lo preguntaste? ¿Después de atacarme? ¿O de insultarme? -estaba a su lado, y ella retrocedió hasta que el sofá se lo impidió.

-Creí que tenías un rifle? -le explicó Corrie, manteniéndose firme, pero él le sacaba una cabeza de altura y la intimidaba.

-Lo cual sólo empeora la situación. Debiste correr al centro ecológico y hacer sonar la alarma. En vez de ello, te equivocaste de persona y retrasaste mi curación unas cuantas semanas. Debido a que me tiraste al suelo, no podré participar en la carrera alrededor del mundo. Y lo peor fue que pusiste en peligro tu vida.

Reconociendo que estaba derrotada, la chica se sentó en el sofá. Cometió un error. Con toda intención, Blake se sentó a su lado y la obligó a quedarse quieta, mientras el corazón le latía acelerado, pero no de miedo.

-Sabías que me preocupaba algo -musitó ella.

-Una bruja histérica no es la idea que tengo de una damisela en apuros. Responde mejor a... -hizo una mueca y el brillo que iluminó sus ojos oscuros se convirtió en un reto directo-... ¿cómo podría explicártelo...? a persuasiones más atractivas.

Capítulo 3

Me alegra haber saltado sobre, ti cuando tuve la oportunidad -dijo Corrie, evadiendo el reto-. Sabías que Roddy necesitaba ayuda. -No compartía tu opinión -admitió-. Le habían disparado dos veces.

-¿Cómo pudiste negarte a ayudarlo? ¡Todavía estaba vivo!

-Te dejas guiar por tus emociones -replicó Blake con calma-. Esa no es una manera racional de tomar una decisión.

Corrie sólo lo miró.

-¡No estás hablando de un canario en una jaula! -exclamó, irritado-. El albatros real es un ave salvaje, bastante grande. Sus aletazos pueden herirte de gravedad.

-No son agresivos -protestó-. El albatros es un pájaro noble, inteligente y sociable.

-Eso no significa que nos hubiera permitido acercarnos a él. Creí que causaríamos un miedo inútil tratando de salvarlo. Hubiera sido mejor dejarlo morir en paz.

-¡Por eso no interviniste!

Corrie sintió que los ojos de Blake la estudiaban con frialdad.

-Exacto. Esperaba salvar al resto de las aves, iba a ir al centro a llamar a la policía... hubieran atrapado al cazador en la carretera principal. Llevaba un casco amarillo y una chaqueta azul fosforescente. Su motocicleta hacía un ruido especial... apuesto a que era una tres cincuenta. Estamos en una península -le recordó-, y resulta sencillo cubrir las entradas a la ciudad.

-Ahora los pájaros están amenazados por el regreso de ese asesino -suspiró Corrie, pensando en voz alta-. ¡Y todo por mi culpa! -la sacaba de quicio haber cometido ése error garrafal. Su intento de salvar a Roddy había permitido que el tirador escapara.

-Quizá no regrese y, si lo hace, tal vez lo detengan las patrullas que vigilan la costa, y no te olvides de la verja y las vallas que he levantado. No se acercará a Hidden Bay por mi propiedad.

Lastres últimas palabras alertaron a Corrie.

-¿Insinúas que se acercará por mi granja? -esa posibilidad la estremeció-. Tienes razón desde luego, pero eso no significaría que tendría que dejar su moto en la playa y escalar el acantilado. De cualquier modo, se arriesgaría.

-Pondrías otro obstáculo en su camino si vallaras tu parte de la carretera -afirmó Blake-. Entonces tendría que ir andando desde allí y quizá decidiera que hay blancos más fáciles en otro lado.

-¿Vallar nuestra propiedad? -repitió Corrie, azorada.

-Sí, por unas cuantas semanas.

-Mientras los pájaros anidan y se aparean -consideró, en. voz alta-. Después nacerán los polluelos. Son todavía más vulnerables y eso continuará durante todo el año. Las últimas crías empezaron a volar unos días antes de que Roddy regresara.

-Me sobraron una cadena y un candado -dijo Blake-. Te los llevaré mañana.

Corrie frunció el ceño; la idea le desagradaba sobremanera.

-Permíteme comentárselo a Philip -con toda intención, miró alrededor del cuarto-. Has hecho cambios drásticos en esta sala.

-¿Es una manera diplomática de confesarme que no estás de acuerdo? -sonreía. Ella descubrió que se le entrecortaba el aliento y tuvo que ordenar sus pensamientos antes de hablar. Le parecía ridículo el efecto que ese hombre le causaba.

-El ventanal es magnífico, pero el marco me parece sensacional -afirmó la chica-. Te dará sombra en verano y prácticamente dobla el espacio de esta habitación. Además, concuerda con las líneas de la cabaña. Y, desde luego, la gama de colores resulta perfecta.

-¿Pero las paredes desnudas son demasiado severas? -los ojos oscuros de Blake brillaban divertidos-. La semana que viene traerán el resto de mis cosas de mi casa de Auckland. Mientras tanto, tú adornas ese sofá bastante bien.

-¿Yo, el pollo medio congelado, flacucho y estúpido? ¿Acaso me he descongelado a tu satisfacción? -Corrie no pudo resistirse a repetir sus insultos.

-No estabas en tu mejor momento -repitió él sin alterarse en lo más mínimo-. Tus hombros son hermosos y derechos, tienes una buena estructura muscular, en especial en tus glúteos y muslos. Debes practicar la natación y escalar montañas con frecuencia -evaluaba sin apasionamiento-. Tienes los dedos largos en comparación con tu estatura... me parece extraño. Piel sana...

-¿Ya has terminado? -Corrie no cabía en sí de la rabia.

-Apenas he empezado, pollita -sonrió.

-¡No me llames pollita! -exclamó.

-¿Por qué no? Esos huesos frágiles son tan delicados como los de una avecilla. Y posees una lengua incisiva... ¿cómo la de un pájaro pescador de ostras?

Corrie prefirió guardar silencio, recordando los insultos que ella le había lanzado al conocerlo.

-No, me equivoqué de color -continuó él-. Tus ojos son casi verdes, algunas veces; otras castaños; cambian con la ropa que te pones y, como el mar, también con la luz -sonrió Tendré que apodarte como un pájaro marino.

-Eso descarta a los pollos -le informó Corrie, con petulancia-. Y ya me bautizaron, gracias.

Él sonrió de nuevo, ignorando el último comentario de Corrie.

-¡Se me ocurre una idea! ¡Petrel, el ave de las tempestades! Algo en ti me inquietó desde el principio. Sabía que eras peligrosa y que causarías dificultades.

Su risa se convirtió en una carcajada, profunda, rica, obligando a que la indignación de Corrie desapareciera, pero al admitir su derrotó, la chica se volvió hacia él. El movimiento los acercó... por accidente La sonrisa de la joven titubeó, sus sentidos se agudizaron y su respiración se agitó, al igual que su pulso.

El poder y la sensualidad de ese hombre la estremecieron desde el fondo de su ser. Ella luchó por librarse de esa atracción. Abrió los ojos y lo miró preguntándose si era consciente de los caóticos pensamientos que le provocaba. Los ojos expresivos e inteligentes de Blake le sostuvieron la mirada; Corrie sintió que algo la atraía hacia él, como con un imán. La fluida conversación cesó, mientras sus ojos se comunicaban. Ese silencio fue como un preludio.

Un temblor sacudió el cuerpo de Corrie, y adivinó que Blake lo había notado. Podía ver el pulso de él bajo la mandíbula, la barba oscureciéndole apenas la piel, sus labios más llenos de lo que recordaba, y tan cerca, distinguía las arrugas que marcaban la risa y el dolor. Se atragantó con su propio aliento al imaginarse con nitidez que la besaba.

¡Debía estar loca! ¡Ni siquiera conocía a ese hombre! Se inclinó a arreglarse los zapatos. Tenía los cordones atados, pero ese movimiento le dio la oportunidad de volver a dominar sus pensamientos y emociones. Las vibraciones sexuales permanecieron, permeándola. Sabía que Blake la observaba, al parecer sin que lo perturbara la rápida e instintiva retirada de ella.

-El cordón -explicó, sin ser necesario. ¿Era esa su voz? El cabello, cayendo hacia delante, le ocultó la cara mientras volvía a atarse el cordón. Eso le dio tiempo para planear su escape con cierto orden y elegancia.

Hasta que Blake estiró la mano y le colocó el pelo detrás de la oreja, excitando los sentidos femeninos. Corrie tuvo que volverse y mirarlo, respondiendo a su reto.

La joven sintió la súbita urgencia de desnudarse delante de él. ¡Ansiaba que le hiciera el amor! Blake lo captó y ese conocimiento se reflejó en sus pupilas oscuras. A Corrie la sorprendió ese deseo. Era demasiado pronto, muy precipitado para ser verdadero. Ni siquiera la había besado, sin embargo, ella presentía a ese hombre, como él a

Corrie. Casi sentía la huella viril sobre su cuerpo, sus caricias, el leve sudor que mojaría el torso de su compañero.

«Con mi cuerpo te venero...», las palabras de la ceremonia de matrimonio protestante resonaron en la mente de Corrie, dando un significado a esas sensaciones. Tuvo que resistir la tentación dé expresarlas.

«En la riqueza, en la pobreza, en la enfermedad y la salud... apartándome de todo lo demás...»

Sintió 1a certeza de la convicción. Todo le pareció bien... Blake era el hombre que elegía por esposo... y él la deseaba. Lo veía en sus ojos.

Tenía que detenerse.

Cerró los ojos y apretó los puños, con tanta fuerza que sus uñas le marcaron las palmas de las manos. El dolor borró las imágenes sensuales y ella se puso de pie, rompiendo, desgarrando la telaraña de cercanía que los envolvía.

No supo cuánto tiempo estuvieron cerca de la ventana, temblando, contemplando las olas que acariciaban la arena de la bahía. Aunque Blake guardaba silencio, ella sentía su reacción, su control sobre su poder físico, como un coche que frena de golpe. Cuando al fin pudo volver a mirarlo, él empezó a hablar, en un tono de advertencia:

-Eres más peligrosa que un huracán -se pasó la mano por el rostro-. Creo que ambos acabamos de pasar por vientos de cincuenta nudos en una barquichuela. ¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza, impresionada por sus propias reacciones.

-¿Puedes soportar mi sinceridad? -sus ojos se encontraron y Blake interpretó la respuesta de la chica-. Sí, puedes. Corrie, por el momento no estoy preparado para involucrarme con nadie. Hacer el amor quizá sea una actividad agradable, pero provoca emociones y responsabilidades que yo no necesito.

A Corrie le dolieron esas duras palabras; él mencionó sus necesidades, no las de ella. Y estaba furioso. Su instinto le indicó que se enfadaba consigo mismo porque ella lo había atraído y no pudo resistir acariciarle el cabello. Ese gesto escapó al rígido control de sus emociones. Ella lo comprendió; las palabras de él habían aclarado cualquier duda, pero la dejaron triste y derrotada. Para Corrie, el momento vivido contenía elementos de una experiencia espiritual, una dedicación... sin embargo, para Blake significaba una mera atracción, sexual. Lo observó levantarse del sofá, cojeando; pero avanzó sin su bastón.

-Te traeré tu ropa -le anunció Blake.

Ella caminó hasta la puerta, dándose cuenta de que la descartaba. En el vestíbulo, le llamó la atención una fotografía, enmarcada en

cuero, que estaba sobre una mesita. Incapaz de resistirse, la levantó y estudió la imagen borrosa.

¿Admiras mi foto de Taiaroa? La compré hace años. Ha sido como un aguijón que me impulsaba a continuar. Se ha desgastado con los años y algunos viajes alrededor del mundo -una expresión de desprecio ensombreció las pupilas de Blake-. ¡Prueba que puedo ser sentimental! -la sonrisa distendió sus labios-. Lo cual me recuerda... no te he agradecido tu regalo.

-Te ha gustado? -Corrie se sintió torpe por su pregunta. Era ridículo cuánto le importaba su aprobación.

-¿Tú qué crees? La colección la realizó el mismo fotógrafo que hizo mi foto de Taiaroa. Colgaré algunos paisajes en mi dormitorio.

-Quedarán muy bien -Corrie puso la foto en la mesa.

-Apuesto a que una fue tomada frente a mi casa -prosiguió Blake-, aunque no entiendo cómo el fotógrafo logró entrar en el momento preciso...debió pedirles a los inquilinos que lo dejaran pasar y esperar un día entero para lograr esa toma perfecta. Hay otra que creo que se tomó desde la granja. ¿Lo conoces?

La sorprendió con la guardia baja y Corrie titubeó. Se puso seria, irritada porque Blake, como tantos otros, asumía que el fotógrafo era un hombre:

-Por tu expresión, no parece que sea una de tus personas favoritas. ¿Qué hizo? ¿Molestó a una de tus mascotas? -hizo un movimiento, como si fuera a pasarle el brazo por los hombros, en lugar de ello, cambió de dirección-. A mí tampoco me agradan mucho los fotógrafos. Sin embargo, me gustaría conocerlos, algún día... pero no en las próximas semanas. Fue un regalo estupendo, Corrie.

Blake le tendió la ropa interior de encaje.

-Reveladora -le dijo, sin avergonzarse-. Debajo de los vaqueros llevas unas prendas muy frívolas -sus ojos oscuros bailaban de risa.

Corrie cogió las prendas, contenta de no recordar cuándo se las habla quitado él.

-Destrozaste los calcetines, pero tu suéter se encuentra en buen estado -continuó-. ¿Te lo has hecho tú?

-No, mi madre.

-¿Vive en Christchurch? Paul me dijo que se había vuelto a casaría un par de años.

-Sí, mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años. Philip se hizo cargo de la granja a partir de entonces -le explicó Corrie.

-Y tú te encargas de ser su ama de llaves.

¿Se imaginó ella esa nota despectiva en la voz de Blake? Lo había afirmado, no preguntado. El teléfono, que ya había sido conectado

sonó interrumpiéndolos.

-Contéstalo -sugirió la chica-. Yo ya me voy. Le pediré a Philip que venga a buscarte mañana.

Él ignoró los insistentes timbrazos mirándola con ojos alertas.

-¿Todavía quieres que coma en tu casa mañana?

-No me molestará recibirte -le aseguró con desenvoltura -y, como Philip nos acompañara para proteger tu virtud, no te sentirás demasiado amenazado por mí.

Le brindó una sonrisa deslumbrante y agitó una mano en señal de despedida, con su ropa bajo el otro brazo. El reloj de su coche le indicó que había estado allí veinte minutos; sin embargo, sentía que toda su vida había cambiado. Le pareció que colgaba de una cuerda y que la arrojaban de una altura de cien metros y, antes de que se estrellara contra el suelo, tiraban de ella de nuevo, para que estuviera a salvo.

Seria, Corrie condujo hasta su granja, metió el coche al garaje, y vagó por la playa. El paseo por la arena la tranquilizó, permitiéndole analizar su reacción hacia Blake. No era el hombre que le convenía amar. Demasiado duro, arrogante, frío, disciplinado... Definitivamente no el hombre compasivo, tierno, generoso que buscaba para compartir su vida.

Sin embargo, cuando la miró a los ojos se había sentido tan segura, tan conmovida...

Los graznidos de los albatros la alertaron. El par de aves volaban con movimientos &n armoniosos que Corrie adivinó que formaban una pareja, unida por vida. El magnetismo que irradiaba Blake sólo era biológico, pero el amor contenía mucho más que atracción sexual, como la recordaron esos pájaros gigantes.

-¿Blake Hanley? -Philip mantuvo el tenedor en el aire-. ¿Nuestro vecino es Blake Hanley? ¿Me estás engañando?

-¡Desde luego que no! -exclamó Corrie, irritada. -¿Y tú no lo reconociste?

-¡No soy aficionada al deporte! -hablaba con aspereza.

-Pero Blake Hanley ha salido en televisión, en los periódicos... -se rió

Philip-. ¡Ignorante! Debe de pensar que eres tonta.

Corrie hizo una mueca ante la franqueza de su hermano, mientras le

quitaba el plato.

-¿Quieres el resto de tu cena? -lo previno.

-Está bien -Philip se metió el tenedor a la boca y empezó a masticar; tragó-: Quizá vino a su casa a convalecer.

-¿Sabías que tuvo un accidente?

-Lo sabe todo el mundo... ¿tú no? Sucedió hace un par de meses. ¿Dónde estabas?

-Quizá en la isla Wallaby -consideró Corrie-. No recuerdo haber leído los periódicos después de Cairns. ¿Qué pasó?

-Su yate perdió el mástil... un bidón de petróleo se estrelló contra la embarcación por la noche.. ¿Hay más guisado?

-Sí, pero cuéntame los detalles de ese accidente -le tendió el plato al mismo tiempo que hablaba.

-Participaba en una carrera entre Osaka y Honolulú... parece que seguían la ruta de la corriente Koru, a lo largo del Japón, para luego entrar en la del Pacífico del norte. Al dirigirse a Hawai, el bidón los golpeó -las manos de Philip describieron la escena, después agarraron el plato que Corrie le daba, con dedos helados-. Ten cuidado... ¡casi lo dejas caer! -comió y luego continuó con el relato-. Con el impacto, Blake casi fue lanzando al mar. Se rompió una pierna. Otros dos resultaron heridos. Uno cayó al agua y el otro se rompió un brazo. No hay dónde protegerse en las cubiertas de esos yates -agregó Philip.

-¿Y?

-El yate -Philip pronunció cada palabra con cuidado, como si hablara con un niño -no tenía mástil. Eso significaba que no podían dirigirlo a su antojo y tuvieron que luchar para salvar al hombre que se ahogaba, además de que dos de ellos necesitaban atención médica. Se metieron en un lío tremendo, como puedes ver. Tuvieron suerte de que nadie muriera.

-¡Pobre Blake! Debió sufrir muchísimo -comentó Corrie en voz baja.

-Pasaron dos días antes de que un bote pesquero japonés encontrara el yate.

-¡Dos días! -exclamó-. ¡Pensé que tenían radios y esas cosas!

-¿Qué cosas? Blake Hanley practica la navegación guiada por satélite, utiliza ordenadores programados para estudiar el clima, la dirección del viento y controlar el yate. Es famoso porque usa tecnología innovadora.

-¿Entonces, por qué no le mandaron un avión para que lo recogiera? Se lo preguntaré mañana... viene a comer.

-¿Aquí? ¿Blake Hanley? ¿Por qué no me lo habías dicho?

Corrie miró a Philip, sorprendida. Su habitualmente pragmático hermano había dejado de llevarse comida a la boca ante la sola idea de compartir su mesa con el deportista.

-¿Puedes recogerlo en la cabaña? No tiene transporte, ni siquiera sé si puede conducir. Quizá no, por su pierna herida -contempló a

Philip-. Quería conocerte.

-¿A mí? -se azoró-. ¿Blake Hanley quiere conocerme a mí? La adoración infantil de su hermano por el héroe la irritó.

-¡Es sólo un hombre! -exclamó, enfadada.

-¡Pero qué hombre!

Ante esa afirmación, Corrie guardó silencio.

Corrie dudaba de que Philip se hubiera impresionado más si le hubiera anunciado que iría el primer ministro a comer. Acostumbrada a conocer a personalidades y dignatarios en sus viajes, la joven había aprendido a ver más allá de las hazañas de una persona, pero con Blake Hanley eso resultaba imposible. Poseía una personalidad avasalladora.

-¡Perfecto! Iré a echar mi carta al correo y recogeré a Blake a la vuelta -Philip jugó con sus llaves, traicionando su excitación-. Te veré dentro de media hora.

Veinte minutos más tarde, Corrie oyó el motor de un coche en el garaje. Terminó de batir, vació el soufflé en un molde y lo metió al horno. El calor le enrojeció las mejillas y tuvo que tomar aliento para tranquilizarse, antes de quitarse el delantal que cubría su suéter azul cielo y sus pantalones vaqueros. Se revisó en el espejo del vestíbulo y se obligó a conservar la calma.

-Buenas tardes, Blake -saludó a su invitado, mientras llevaba la ensalada al jardín. Sintió que respiraba demasiado aprisa, pero su voz sonó relajada.

-Buenas tardes, Corrie -su sonrisa encendió el fuego de las emociones

de la chica.

-Philip y yo pensamos que te agradaría comer fuera de la casa -observó que la sonrisa de su invitado se ampliaba.

Sus miradas se encontraron y Corrie sintió que su cuerpo se cargaba de

una excitación sensual. Le costó un gran esfuerzo apartar la vista. La hierba adquirió un tono más verde, el cielo un brillo más azul, el mar refulgía como con diamantes.

-¡Hace un día precioso! -la joven deseaba compartir su placer con él, y su alegría aumentó al verla reflejada en los ojos oscuros-. Una primavera intensa como el verano.

-Esa comparación nace de la fantasía -replicó Blake con cordialidad, pero su expresión cambió. Descartó a Corrie con tanta eficacia como si se hubiera alejado de ella, y cerrado una puerta.

-¿Qué te gustaría tomar, Blake? -Philip regresó con una bandeja con vasos. En ese momento, Corrie decidió volver a la cocina. Por la ventana veía a los dos hombres charlando como viejos amigos. Respiró hondo, recordándose que no deseaba involucrarse con nadie; cogió la bandeja de los sandwichs y salió a la terraza.

-¡Una obra de arte! -exclamó Blake, examinando la bandeja y apreciando el trabajo que requería la preparación de esos canapés. Eligió uno con mucho cuidado y Corrie sintió que la invadía el orgullo de una buena ama de casa. Ella, la mujer profesional con una brillante carrera, quería impresionar a Blake Hanley. Por eso había pasado la mañana arreglándose, preocupándose por lo que serviría en la mesa y adornándola con esmero.

Blake la incluyó en la charla, pero la joven sabía que no la aceptaba. Le parecía que la mantenía a la sombra, aunque el sol brillaba en todo su esplendor.

Mientras escuchaba a Blake contestar las preguntas de Philip acerca de las carreras de yates, Corrie empezó, a comprender el entusiasmo del marino y su sentido del humor. Blake quitó importancia a su lesión con una sonrisa burlona, pero la causa del accidente ensombreció sus ojos con una ira justificada.

-Es la clase de accidente que ocurre porque alguien no hace su trabajo con cuidado. El mar no se creó para que lo convirtieran en un basurero.

-Te encargaste de que se hiciera mucha publicidad a tus críticas. Creo que se están revisando las disposiciones locales, gracias a tu influencia -dijo Corrie.

-Espero trabajar con los científicos marinos una vez que ponga en marcha mi próximo proyecto -comentó Blake-. Siento pasión por el mar y los seres que lo habitan.

-¿No te desanimó el accidente? -preguntó ella-. Philip me lo describió ayer. No entiendo por qué tardaron tanto tiempo en enviarte ayuda.

-El Pacífico es un océano enorme -replicó Blake, en tono seco-. Y nadie sabía que teníamos problemas. Nuestro sistema de ordenadores se hizo pedazos, lo mismo que la radio. Teníamos una portátil así que la usamos. Su alcance era bastante corto, pero nos comunicamos con un navío soviético.

-¿Soviético? -indagó ella.

-Sí, por desgracia, no comprendieron con claridad nuestras palabras y no se pusieron en contacto inmediatamente con los organizadores de la carrera. Sólo empezaron a preocuparse cuando nuestro lento avance los alarmó -Blake hizo un gesto-. No me importa

admitir que la vista de ese barco pesquero japonés fue la más agradable que había tenido en mucho tiempo.

-Pero, para entonces, ya habíais logrado bombear el agua, cortar el mástil, adaptar una pequeña vela y os dirigíais al puerto. más cercano para que arreglaran el yate -le recordó Philip.

-Mi tripulación se encargó de todo -Blake se encogió de hombros.

-Vi la entrevista con el capitán de tu barco. Afirmó que fuiste tú quien dio las órdenes y dirigió el curso del yate.

-Sólo era capaz de eso, pero nada más -Blake le pasó a Corrie los canapés-. Prueba éste... te lo recomiendo.

Ella escuchaba con atención y la sorprendió ese cambio brusco de tema. Tuvo que recordarse que debía mantenerse tranquila. Le agradó que su invitado mirara a Philip.

-¿Cuánto sabes de yates? -le preguntó Blake al joven.

-¡Nada! -admitió-. Uso un bote pequeño para pescar. Viendo la costa, sé dónde estoy.

¿Era su imaginación o Corrie descubrió cierta satisfacción en los ojos de Blake? La chica frunció el ceño ante ese pensamiento.

-¿Y tú, Corrie?

-Un amigo me llevó en barco de vela a Lyttleton hace algunos años. Me divertí mucho -recordó, poniéndose de pie-. Creo que ya estará el soufflé.

La comida resultó muy agradable, admitió Corrie, mientras llevaba los platos vacíos a la cocina. En las anécdotas que contaba Blake, se transparentaba que le encantaba saborear la comida, lo mismo que su fino sentido del humor. Al oírlo reírse, se le entibiaba el corazón a Corrie y no lograba seguir enfadada con él.

Cuando llegó el momento de irse, el deportista se despidió con tanta educación como superficialidad, igual que Corrie. Él no le ofreció la mano y tuvo buen cuidado de no tocarla. La joven sintió que eran unos patinadores que desconocían el espesor del hielo y temían hundirse.

Descubrió que temblaba tan pronto como se refugió en la cocina y se sentó durante unos minutos para recobrar la calma. Ver los restos de la comida la impulsó a actuar, pero trabajó mecánicamente, sin la alegría de por la mañana. ¿La había alentado la esperanza de verlo? ¿Qué se imaginó? ¿Un amor instantáneo? El amor no surgía de ese modo.

-Me quedé charlando con Blake un rato. Me dio un candado y una cadena para cerrar nuestro camino. Así que ya los he puesto. Toma tu llave; mejor ponla con las del coche -le aconsejó su hermano.

-Aceptaste -concluyó Corrie, cogiendo la llave con reticencia-. No

me gusta la idea -¿por qué no se la había sugerido Blake a Philip delante de ella? ¿Había evitado el tema sabiendo que ella no lo aprobaba? ¿O fue una simple coincidencia?

-No lo hubiera hecho por nadie más -admitió Philip-. Pero, ¿cómo podía negarle un favor a Blake sabiendo, además, que trata de proteger a los pájaros? Me pidió que probara durante tres meses. No pude rechazarlo.

-Es tu granja, Philip, pero no me parece bien que los excursionistas no tengan libre acceso a la playa.

-Eso le dije a Blake, pero él me indicó que podía colocar un letrero en la entrada, indicando a los excursionistas que pueden pedir permiso en la granja. Les permitiremos. entrar y salir con sus vehículos una vez que los hayamos revisado:

-Quizá dé resultado -Corrie se calló sus objeciones-. Tres meses no es mucho tiempo.

-Me cambiaré y trabajaré en el campo del norte -decidió Philip, consultando su reloj-. Todavía me quedan unas horas de luz.

Una vez a solas, Corrie pensó que debía elegir las fotos que se publicarían de su expedición a China. Se metió en su estudio, pero después de una hora se dio por vencida. No podía tomar decisiones; el rostro de Blake, con su expresión sombría, la perseguía sin cesar.

Cogió su chaqueta y caminó por la playa, dispuesta a utilizar el resto del día en buscar sus prismáticos. La marea retrocedía y la chica titubeó antes de escalar la colina rocosa que la separaba de Hidden Bay. Pero tuvo que admitir que la impulsaba una razón diferente a la de recuperar sus pertenencias. Quería ver a Blake. No importaba que se dijera que lo había visto hacía unas horas y que, aunque se encontraran, eso no cambiaría su relación; él le había aclarado que no estaba interesado en ella. Apostaba a que era casado.

La posibilidad la taladró como un puñal helado. Se detuvo en el acantilado para imaginarse a una mujer orgullosa y valiente, la compañera de un jefe vikingo. Esa clase de mujer animaría a Blake a competir, aceptando sus frecuentes ausencias como parte del precio de la fama. Tendría sus propios intereses profesionales; lo cual explicaría por qué no se reunía con su marido. 0 quizá estaba divorciado.

Corrie se sintió débil, frágil. A pesar del sol del atardecer, tenía frío. -Le volvió la tos y tuvo que sentarse para recobrar el aliento. Esa pausa le dio tiempo para evaluar su situación.

Un hombre con la actitud directa de Blake le habría dicho que estaba casado cuando reconoció la atracción sexual que existía entre ellos. ¿Acaso no le había preguntado si soportaba la sinceridad? Corrie se estremeció. La honestidad era un valor en el que creía y con el que

regía su vida.

La joven se concentró en la profundidad de las pasiones de su naturaleza. ¿Intentaría obligarlo a cambiar de opinión? ¿Y podría manejar la situación si lo lograba?

Capítulo 4

El sol había convertido el mar en oro; la búsqueda le había llevado a Corrie más tiempo del que planeó, y empezaba a dudar de que encontraría lo que perdió. De cualquier modo, el estuche impermeable de los prismáticos, quizá no los habría protegido durante tanto tiempo. La playa de Hidden Bay continuaba desierta. De pronto, el aleteo de unos cuervos marinos la hizo alzar la vista. La playa permanecía vacía, excepto por las aves que en ese momento desaparecían. Se quedó quieta, como una estatua, sabiendo que algo o alguien había inquietado a los pájaros. ¿Habría regresado el cazador? ¿Podría identificarlo? ¿Estaba en peligro? ¡Si tuviera sus prismáticos!

Un levísimo movimiento al borde de las olas le llamó la atención. Una figura oscura, de apenas noventa centímetros de largo, emergió; su cabeza de plumas negras contrastaba con una banda de color amarillo, como una delgada corona. Corrie observó gozosa cómo el pequeño pingüino caminaba con torpeza hacia la playa, hacia el acantilado.

La joven apenas se atrevía a respirar, sabiendo que el pingüino de ojos color topacio tenía miedo de los humanos. A medida que avanzaba, el ave dejaba la marca de sus patas y Corrie se dio cuenta de que otras huellas similares se cruzaban y volvían a cruzar cerca del borde del agua. ¡El pingüino más raro del mundo anidaba en Hidden Bay!

El pingüino empezó a escalar el acantilado, dirigiéndose hacia un árbol ngaio y Corrie notó que había una sombra detrás. ¿Una cueva? El pingüino avanzaba con mucha precaución, deteniéndose varias veces para observar hasta que, echando un último vistazo, desapareció detrás del árbol. Una llamada suave, pero precisa, hizo que la espera de Corrie valiera la pena. ¡Había otro pingüino en la cueva!

El instinto profesional de la joven se despertó y buscó un lugar para esconderse, dándose cuenta de que la única zona plana la cubriría la marea alta. Encima de ella había dos pilares de roca, con un saliente entre ambos. Tenía rasguños en las manos y le sangraba un dedo cuando lo alcanzó, pero sólo deseaba comprobar que desde ese punto podía observar la entrada de los pingüinos. Al otro lado tenía suficiente espacio para colocar su cámara, aunque la sombra de las rocas ensombrecería el área, pero no veía otra posibilidad. El dolor la hizo gemir al golpearse el brazo contra un pico. Se quedó paralizada, recordando que los pingüinos estarían alertas, temerosos de cualquier sonido extraño. El graznido de una gaviota fue una intervención oportuna y, unos cuantos segundos después, escuchó un barboteo

suave, que le demostraba que no había asustado a los pingüinos. Contemplando la posición del sol, se decidió. Si se apresuraba, tendría e¡ escondite listo para usarlo al amanecer.

Una hora después había empacado la mayor parte de su equipo. Escalar con ese peso resultaría difícil, pero comprendía que le costaría más trabajo regresar a la penumbra del alba. Colocó la cubierta, del color de las rocas, con precaución, sosteniéndola con piedras. Luego usó la superficie plana para sus dos trípodes.

Al alejarse roció con pintura blanca los puntos de apoyo estratégicos para manos y pies; en la oscuridad su linterna los iluminaría abriendo un camino seguro, por encima de la resbaladiza humedad de la marea alta. En la colina se volvió para examinar su obra. Resultaba imposible distinguir el escondite entre las rocas, y el rocío blanco parecía excremento de gaviotas. Satisfecha, se dirigió hacia la granja.

-¡Corrie, eres tú! -Philip bostezó-. Pensé que había oído a alguien aquí

abajo. ¡Ni siquiera ha amanecido!

-Vi un pingüino de color amarillo ayer, en Hidden Bay -le dijo su hermana-. Tengo que estar en posición antes de amanecer. -¡Estás loca! -exclamó.

-Quizá.

-Volveré a meterme en la cama. Ya es bastante malo tener que levantarme a las siete -Philip frunció el ceño-. ¿Quieres que te acompañe? Puede ser peligroso.

-No mucho. Además, no quiero tener que rescatarte y abandonar a mis pingüinos -se rió-. Gracias por tu ofrecimiento, pero ya he trazado una ruta, y en el escondite no caben dos personas. He preparado un poco de té.

-Nunca has logrado fotografiar a un hoi-ho -le recordó Philip mientras tomaba su taza-: Tienes fotos fantásticas de los pingüinos de la Antártida; pero el que vive aquí, en la península, te ha derrotado.

-Lo sé. Por eso, ya es hora de que... Debo irme antes de que sea demasiado tarde.

Mientras escalaba las rocas, Corrie trató de no pensar en las desilusiones pasadas. Había revisado sus libros y sabía que el huevo debió ser puestos unos cuantos días antes. Si había un huevo, enfatizó con severidad, mientras su pie resbalaba. Recobrando el equilibrio, vio la señal blanca y prosiguió camino al escondite. Una vez allí, tiró de la cubierta y colocó las caras sobre los trípodes. Encendió la linterna por segunda vez para comprobar que no había cangrejos y, después de apagarla, se preparó para la larga vigilia.

El rumor de las olas era un sonido familiar y, a medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad, la joven distinguió los detalles del acantilado. Se sirvió una taza de té y mordisqueó un sandwich, tratando de olvidarse de la incomodidad de su posición. El cielo del este empezó a teñirse de gris y perder sus tonos azul oscuro, y la espuma del mar bañó el escondite, de modo que se alegró de haberse puesto un traje impermeable.

Se levantó viento, acompañado de un silbido fantasmal que no ayudó a disipar la convicción de Corrie de que los pingüinos habían abandonado la cueva. Se puso de pie y revisó la cámara, notando el aumento gradual de la luz.

Unos rayos dorados aparecieron por el horizonte y la joven contempló la salida del sol, admirada. Al volverse para observar a los pingüinos, se sorprendió de ver luces en Sea Cottage. Frunció el ceño y se preguntó si Blake siempre madrugaba. ¿No le había prometido ella que permanecería alejada de Hidden Bay una vez que recuperara sus pertenencias? Estaba en la propiedad de Blake. Más tarde le telefonearía para pedirle permiso para usar esa zona al atardecer, aunque eso significara tener que explicarle a

qué se dedicaba. Algún día él lo descubriría, pues iba a vivir en la cabaña; pero ella lo tranquilizaría asegurándole que sus fotos sólo afectaban a la vida privada de las aves, no de las, personas. Tenía suerte de que uno de sus primeros estudios del albatros le hubiera gustado mucho a.Blake. Hasta sonrió al reconocer que los actos de él para proteger la intimidad de Hidden Bay, habían contribuido a la presencia del pingüino en esa zona.

Como para rebatir ese argumento, oyó el sonido de los vehículos que se acercaban por el camino. Se detuvieron ante la valla del deportista. Era evidente que los esperaba, pues les abrió la verja. Los faros lanzaron sus líneas luminosas sobre la playa y los coches aparcaron en el viejo muelle.

Confusa e inquieta, Corrie movió la cámara para ajustar sus lentes a telefotos. El viejo muelle había sido catalogado, desde hacía años, como inseguro. Con sus poderosas lentes, la estructura surgió con todos sus detalles. Nuevos pilares de hormigón y planchas de madera recién pintada le revelaron la sorprendente verdad: el viejo muelle había sido arreglado.

¿Para qué? Debió costar una fortuna, sin embargo, le parecía de poca utilidad. .Estaban demasiado lejos del puerto y, si había cerrado el acceso por carretera, resultaba extraño que abriera la bahía de los barcos pequeños. ¿Sería porque él pilotaba yates? Corrie ajustó las lentes y frunció el ceño de nuevo. Los viejos letreros que decían

«peligro» todavía estaban en su sitio. Entonces, ¿por qué caminaban por el muelle los diez hombres que habían salido de los dos coches?

¿Dónde estaba Blake? ¿Tenía problemas? ¿Qué sucedía? Corrie observó y sintió alivio cuando distinguió a Blake al fondo del cobertizo para el bote. Le ordenaba a uno de los hombres que hiciera algo. El interpelado abrió de par en par las pesadas puertas del cobertizo.

Los hombres entraron en acción y, a la luz del amanecer, Corrie vio que sacaban un enorme yate del cobertizo. Lo echaron al agua. El primero que subió a bordo fue Paul Greywood. La joven lo reconoció enseguida, mientras el abogado seguía una' indicación del capitán. Aunque le daba la espalda, la joven adivinó que era Blake.

El yate proyectó una silueta alargada, que se deslizaba sobre las aguas oscuras. Cruzó la bahía, dirigiéndose a mar abierto, antes de perderse de vista. El ruido del motor y los desagradables olores que exhaló y que envenenaron el aire fresco por un momento, convencieron a Corrie de que su imaginación no había producido un barco fantasma.

Aunque sabía poco de yates, comprendió que esas amplias cubiertas, las largas y gráciles líneas y el enorme mástil estaban diseñados para competir en una carrera. Pero, ¿por qué iniciar la travesía a esa hora de la mañana? ¿Por qué ese aire de misterio?

Unos sonidos burbujeantes interrumpieron sus cavilaciones. ¡Los pingüinos! Cerca de la cueva, el macho se despedía antes de caminar hacia el agua. Corrie cogió su cámara, pero estaba desenfocada y sus dedos, torpes y lentos por el frío, tardaron varios segundos en ajustarla. Justo cuando sacó la foto, el pingüino se escondió detrás del ngaio y luego se lanzó a las olas con una alegría que contrastaba con la frustración de la joven.

Derrotada, se frotó el codo que se había golpeado contra una roca y empezó a desmantelar su equipo. No podía creer que hubiera perdido esa magnífica oportunidad. Cometió la clase de error que ni siquiera un principiante cometería. ¡Y todo por culpa de Blake!

Las gaviotas le lanzaron insultos mientras escalaba las escarpadas rocas. Se detuvo por un momento y soltó su frustración con un chillido áspero, imitando a las aves. Un par de albatros volaron hacia ella, y la joven se fió mientras la inspeccionaban con sus ojos negros. La belleza de esas aves le devolvió el buen humor.

-Si hubiera tenido mis prismáticos a mano, no habría desajustado la lente de la cámara -les explicó. Aunque sería una molestia, iría a la ciudad a comprarse otros. Saltó del acantilado a la playa de su granja; el sol bañaba la ventana de la cocina, y esperaba que su hermano

hubiera conectado la cafetera. Lo divertiría con su historia de cómo había fallado al sacarlas fotos.

Un pedazo de concha se le metió en el zapato. Se agachó para sacarlo y justo entonces vio el yate, entrando de nuevo en la bahía. Un albatros cruzó el cielo azul.

Corrie sacó su cámara del estuche y, usando una roca como trípode, la enfocó, sin permitir que la excitación la dominara. Sabía que la foto sería estupenda. Recordaba vagamente los versos de un poema dé un barco pintado de azul por la luz del sol. No tendría oportunidad de repetir la toma, la niebla marina ya se estaba borrando, disipada por un viento fuerte. Apretó el disparador justo cuando el yate se elevaba sobre las olas.

Corrie soltó una exclamación, segura de que el barco se estrellaría contra las rocas. Pero soltaron el ancla y el navío se detuvo al lado del muelle.

Oyó risas y gritos de alegría de los hombres de a bordo y ajustó la lente deprisa.

Enfocó a Blake, riéndose, con el cabello húmedo de rocío, con gotas saladas sobre la cara y una actitud exuberante. Se movió antes de que ella pudiera sacarle la foto que quería, pero Corrie continuó disparando, tratando de captar la emoción que lo invadía. Captó a otro miembro de la tripulación, Paul Greywood. Lo fotografió, lo mismo que a los otros. Los arbustos le proporcionaban un refugio perfecto, permitiéndole trabajar sin ser observada. Al terminar, se dirigió a su casa. Apenas podía esperar a revelar el carrete.

-¡Corrie... hora de comer! -la llamó Philip, entrando en el estudio-. Has estado encerrada toda la mañana. ¿Tus pingüinos posaron en el momento-adecuado?

-No los fotografié -admitió Corrie, colgando la ampliación en la que había estado trabajando.

-Consíguete presas más grandes -le aconsejó Philip, echándole una mirada a la foto-. ¿La tomaste esta mañana? ¿Desde la playa? -estudió la serie con rapidez-. ¡Mira ese yate... increíble! ¡Y el tamaño del mástil... enorme!

-Hay otra más clara en la pared -le dijo su hermana.

-Son estupendas, Corrie.

-A mí me han desilusionado. Trataba de fotografiar a Blake, pero no tuve suerte -se encogió de hombros-. Esto no tiene suficiente poder, suficiente pasión -miró la última ampliación-: ¡Eso es! ¡Poder y pasión! El poder del hombre retando a los elementos; el yate le resulta perfecto, pero se necesita una tormenta para que revele sus emociones ocultas -con los ojos brillantes cogió dos de las fotos-. ¡Mira! Puede ser

cualquier hombre, las fotos no descubren su personalidad, y un buen retrato describe al modelo. Puede ser cualquier hombre de la tripulación. No hay nada que lo señale como un deportista disciplinado, dedicado a navegar alrededor del mundo con más rapidez que sus competidores. Nada te dice que es más duro que las rocas, y sin embargo, más suave que el mar de verano...

Se interrumpió, consciente de la perceptiva mirada de Philip.

-Suena como si estuvieras enamorada de él -bromeó el joven-. Ayer, durante la comida, actuabas con fría naturalidad, como la mujer profesional... y ahora te rodeas con sus fotos. Creo que mi hermanita está loca de amor.

-¡Tonterías! Sólo admito que tiene un rostro muy interesante, con planos y ángulos especiales -protestó Corrie con vigor-. Debí quedarme con los pingüinos en lugar de distraerme con Blake y su yate. Esta foto me gusta -continuó, para llamar la atención de su hermano, que casi había acertado en sus predicciones-. Detrás de ti, en la pared.

Había colgado una docena de ampliaciones y Philip las observó.

-Desde el punto de vista técnico, todas son buenas -dictaminó-. La segunda le hubiera encantado á Misty, por romántica. Me recuerda una pintura de Monet: amanecer, luz tenue, rocío del mar y un yate plateado.

-¡Eso pensé! -sonrió Corrie, fascinada. Su hermano poseía una sensibilidad artística muy aguda-. Estoy pensando en inscribirla en la categoría romántica del concurso nacional. Ya inscribí una foto en la sección de animales y, de todos modos, tengo que ir a Dumedin hoy -vio que Philip estudiaba otra de sus creaciones.

-¡Ésa es la mejor que has tomado, Corrie! Me parece fantástica. La joven la cogió y frunció el ceño.

-Pero Blake no se distingue bien -criticó.

-¡Olvídate de él! Inscríbela en la categoría de acción. Tiene movimiento... te hace sentir que recibirás un chorro de espuma en la cara -Philip volvió a colocarla en la pared-. Es una foto sensacional de un yate en plena carrera. Mira las líneas curvas, el ángulo de la vela, la quilla cortando el agua...

Sorprendida, Corrie analizó la fotografía. Técnicamente era buena. Foco, ángulo, luz, dimensiones, se combinaban de maravilla.

-Te debe gustar -comentó Philip-. Por eso la ampliaste.

Corrie asintió y decidió no confesarle a su hermano que la ampliación le hubiera permitido ver a Blake con más claridad.

Philip buscó los impresos de inscripción en el escritorio y sacó los de las categorías románticas y de acción.

-No tienes nada que perder -afirmó.

-Mi reputación como fotógrafa de animales -se rió ella.

Al llegar a la mesa gris de la oficina de correos de Dunedin, Corrie envió sus fotos al concurso nacional. También envió un segundo sobre al despacho de Paul Greywood, con una pequeña nota de agradecimiento por haber ayudado a rescatarla. Incluyó una foto bastante reveladora del abogado, contra la vela del yate: captaba el encanto del hombre en su sonrisa, pero también su actitud de alerta.

Se tomó su tiempo para elegir unos prismáticos, pero la emocionó el poder de las lentes. El sol se ponía cuando regresó a su hogar, y se dio cuenta de que llegaría demasiado tarde para ver al pingüino volviendo a su nido. La consoló pensar que su escondite sólo le permitía sacar fotos al amanecer, pero la perspectiva de otro madrugón la hizo bostezar al meter el coche en el garaje.

Seis días después, escaló el acantilado para esconderse. La ruta que había trazado, aun en la oscuridad, le resultaba familiar y, al acomodarse en su guarida, vio que las luces del dormitorio de Blake estaban encendidas. Consultó su reloj. Blake era puntual. El yate pronto se haría a la vela. Con dedos adormilados, Corrie ajustó sus cámaras y se preparó -para esperar. Le estaba costando un trabajo inaudito poder fotografiar a esos pingüinos. Cada mañana uno de los dos se dirigía al mar. A medio camino se detenía para observar y vigilar. Pero ninguna de las tomas satisfacía a Corrie. Había un espacio que iluminaba el sol. Si el pingüino se detenía ahí, quizás sacara una buena foto. Pero el ave se paraba a unos pasos del sitio indicado. Las fotos mostraban la belleza del plumaje nupcial, pero Corrie las rechazó. Y pronto el deber de calentar el nido echaría a perder el brillo de las plumas.

El sonido de un motor la sobresaltó, y al alzar la vista vio la figura de Blake recortada sobre la luz, antes de recordar a los pingüinos. Sonrió al descubrirlos. No tenía tiempo de pensar en Blake. La hembra le arreglaba las plumas a su compañero y luego el macho hizo lo mismo. Su ternura siempre conmovía a la joven. Era el turno de la hembra de ir al mar y el macho se quedó cerca de la cueva, graznando su despedida.

Corrie no se molestó en observar el yate dirigiéndose al mar abierto, pero su presencia desconcertó .al pingüino, que se detuvo, inseguro, en la franja de luz. Corrie disparó repetidas veces mientras la hembra alzaba la cabeza, volviéndose a medias hacia ella y después, para esconder su nerviosismo, se compuso unas cuantas plumas. Todavía temerosa, el ave avanzó hacia el mar, se detuvo de nuevo y estudió el yate, que dejaba una leve estela entre las aguas. El pingüino alzó una delgada aleta y Corrie disparó de nuevo. El «saludo del

guardia» era una excelente pose. El animal la sorprendió volviéndose hacia ella, mostrando miedo e irritación. Corrie se detuvo, preguntándose si los ruiditos de su cámara habían perturbado a la hembra. Pero se dio cuenta de que el ave había visto algo entre las rocas. Trabajando sin cesar, Corrie tomó foto tras foto. El ave se quedó quieta y el mar y la arena formaban un cuadro natural perfecto. Si Corrie hubiera dirigido la sección de fotografía, no hubiera podido tener una modelo más cooperativa.

Hubo un inesperado sonido y la cubierta del escondite fue echada a un lado. Un golpe de viento heló a Corrie. Su rigidez aumentó al distinguir una forma masculina que se inclinaba y lanzaba una luz brillante sobre la cámara. Ella se tapó los ojos, pero al oír que él quitaba el carrete, se olvidó de su miedo y protestó:

-¡No, por favor! ¡El carrete no!

La película bailó, desenvolviéndose, bañada por la luz. Azorada, Corrie se quitó la capucha de la cabeza para enfrentarse a ese rufián.

-¡Gusano imbécil, descarado idiota sin cerebro! -gritó-. ¿Sabes lo que has hecho?

-¡Corrie!

-¿Blake? ¡Eres tú! -lo contempló incrédula, mientras su ira desaparecía ante ese inesperado encuentro. Recordando lo que había perdido, señaló el carrete inutilizado-. Acabas de echar a perder uno de mis proyectos, en el que invertí bastante tiempo para llevarlo a cabo.

-Me lo imagino -Blake revisó la segunda cámara.

-¿Qué haces? -preguntó-. ¡Es mi cámara!

-Reviso que no hayas tomado fotos con ésa -se la tendió y la chica se quedó azorada, mientras él examinaba el estuche.

-No tengo más carretes -le informó en tono seco-. Sólo las lentes, filtros y... ¡no tienes derecho a inspeccionar mis cosas!

-¡No me hables de derechos! -replicó Blake con dureza-. Sucede que estás en mi propiedad sin mi permiso. A esto se le llama invadir una propiedad privada. Maldición, Corrie, ¿por qué no me dijiste que eras una fotógrafo profesional?

-¡No me lo preguntes! Supusiste que mi hermano me mantenía, como a una mascota. Las mujeres también podemos desenvolvemos en la sociedad. ¡Estamos en la última década del siglo veinte! Una profesión puede ser tan importante para una mujer como para un hombre.

-No discuto tu derecho a trabajar, si sólo te dedicaras a sacar fotos. Pero esconderte, espiarme, vender tus fotos al mejor postor, como una prostituta, sin importarte que otra persona haya gastado un montón de

dinero y esfuerzo construyendo uno de los yates más rápidos que existen... eso me parece despreciable y ruin. Si tuvieras un poco de integridad, por lo menos hubieras pedido permiso para sacar tus fotos.

-Te hubieras negado -replicó Corrie.

-Hubiera aceptado, con la condición de que esperaras de cinco a seis semanas -la corrigió.

-¿Una cuarentena? ¡Hasta que estuvieras listo para revelar tu secreto!

-El yate contiene lo último en tecnología y en materiales de navegación. Nos costó meses de esfuerzo construir la quilla... No sé por qué pierdo el tiempo... eres como los demás, nada te importa excepto ganar unos cuantos asquerosos billetes.

-Y tú, ¿no participas en las carreras para ganar un premio en efectivo? Te convertiste en profesional después de los Juegos Olímpicos -le señaló Corrie.

-Necesitaba dinero. Las carreras de yates resultan caras. Pero el dinero no lo es todo. Yo no vendo a mis amigos para obtenerlo, ni tampoco a mis vecinos, ni me aprovecho de las personas famosas ni de sus actividades, reales o fingidas, como tú y tus colegas.

-¡Me acusas de una vileza! -exclamó Corrie.

-¿Y acaso cometo una injusticia? -los ojos negros de Blake se convirtieron en puñales-. ¡Somos vecinos! Creí que éramos amigos.

-Los amigos confían uno en el otro -le espetó Corrie-. Tú ni siquiera confiaste en Philip. Nos persuadiste de que cerráramos el camino para mantener alejados a los francotiradores. ¡No protegías a las aves, sino tu barquito de juguete!

-¡Barquito de juguete! -el insulto desató la ira de Blake-. ¡Es uno de los yates más grandes que existen en el mundo! ¡Y-tú lo sabías! Afirmaste que no conocías nada de yates y yo te creí. ¡Te aprovechaste de la situación para obtener fotos exclusivas! ¿No se te ocurrió que me perjudicarías?

-Desde luego que no. No me interesa...

-¡No te interesa! ¿Cómo puedes decirme eso cuanto te he sorprendido con las manos en la masa? ¡Un carrete lleno de fotos! Un escondite hecho especialmente para confundirse con las rocas. ¡Trípodes y cojines para soportar una larga sesión!

-¡Pero no a causa de tu precioso barco! -lo atajó Corrie-. Ahora me dirás que te debo la vida.

-¡Me la debes! -afirmó-. Pero ya me doy cuenta de que la gente de tu clase no tiene conciencia.

-¡Eso es injusto! -protestó.

-¿De veras? Me prometiste no volver a la bahía

Corrie se sintió cansada y derrotada.

-Está bien. Admito que debí pedirte permiso, pero no vine aquí para fotografiar tu yate -le confesó.

-No mientas, Corrie -él mantenía la voz baja, pues había recuperado el control.

-¡No miento! Soy fotógrafa de escenarios naturales. Vine por los pingüinos -observó la incredulidad de Blake-. Fotografío animales, pájaros e insectos y me pagan por eso.

-¡Vamos! No puedes ganarte la vida vendiendo esa clase de fotos.

Corrie captó un tono de esperanza en la voz de él.

-Algunos dirían lo mismo de las carreras de yates -le insinuó-. Si tienes la suerte de estar en el sitio indicado, en el momento indicado, puedes conseguir reconocimiento mundial. Pero mi carrera requiere disciplina y conocimientos, así como habilidad -se detuvo y vio que la frente de Blake se arrugaba en un gesto de admisión. Miró hacia la playa. Dos gaviotas se peleaban por un pez muerto, atrapado por un montón de algas.

-¿Pingüinos? -inquirió él-. Casi me convences.

-Allá abajo, en las rocas -señaló Corrie, mientras las cejas de Blake se alzaban.

-Ahí no pueden vivir los pequeños pingüinos azules... los hubiera oído. Son las criaturas más ruidosas que pudiste escoger. Un verdadero fotógrafo de escenarios naturales lo hubiera sabido -hizo una pausa, con los ojos entrecerrados, como dos diamantes durísimos-. Permíteme felicitarte por ser la más ingeniosa mentirosa que he tenido la desgracia de conocer.

Capítulo 5

Y afirmas que llego a conclusiones precipitadas! -Corrie miró a su alrededor, pero no había escapatoria. Blake se apoyaba en la roca y le bloqueaba la salida. La ira le dio fuerzas a Corrie para erguirse y enfrentársele-. Tu segundo nombre debería ser Cándido, no Taiaroa -explotó la chica-. Si crees que me voy a levantar antes del amanecer para tomar fotos de un pingüino azul, estás loco. Quiero fotografiar al pingüino más raro del mundo, el de ojos amarillos.

-¿Aquí? ¿En la bahía? -la voz de Blake reflejaba sus dudas-. Sé que había una colonia de esas aves en la península, hace mucho tiempo.

-Todavía la hay. Un par anida en esa cueva: Los he observado durante una semana, tratando de fotografiarlos, sin molestarlos. Esta mañana logré unas tomas magníficas, pero tú echaste a perder la película. No saqué ni una de tu yate.

-Suena posible -sentenció él despacio.

-Pero todavía no te convenzo -Corrie se sentía desesperada; luego recordó la vieja foto que Blake había llevado consigo por el mundo. Tenía las iniciales de ella en una de las esquinas-. Tú tienes uno de mis trabajos. El estudio de la Punta Taiaroa y el albatros. Mis iniciales están en una de las esquinas de la foto, lo mismo que en las de la serie que te di.

-Una C y una S entrelazadas -recordó Blake.

-C por Corrie; S por Seton.

-¿Por qué no me lo explicaste antes?

-Lo intenté. Esta semana te llamé dos veces, pero no estabas en casa. Y la opinión que te inspiran los fotógrafos no es muy alentadora.

Los labios de Blake se curvaron y la piel de alrededor de sus ojos se arrugó.

-Parece que te debo una disculpa -el agua salada le escurrió del cabello a la mejilla y se la limpió con un gesto mecánico. El sol naciente lo iluminó y Corrie vio cuán mojados estaban su pantalón y su chaqueta. Él advirtió la mirada de la chica-. Encontré tu escondite ayer. Esta mañana el yate partió sin mí. Escalé el acantilado por el lado del mar.

-Necesitas bañarte y cambiarte de ropa -Corrie observó que el yate regresaba en silencio a la bahía; sus velas eran dos flores al viento. Blake también lo contempló, como un amante estudia a la amada, incapaz de resistir su belleza.

-Debo admitir, Corrie, que escogiste una posición excelente -saludó a la tripulación agitando la mano y el navío alteró su curso-. Aunque peligrosa de alcanzar.

-Los pingüinos no me dejaron otra opción. Será mejor que vuelva a casa... quizá Philip esté preocupado -miró a Blake-. Me molesta pedir tu cooperación, pero de verdad quiero fotografiar al pingüino de ojos amarillos. Las fotos que le he sacado no son buenas.

Blake la miró y empezó a colocar la cubierta en su lugar.

-Supongo que eres una profesional -admitió-. Los pingüinos han acabado con mi mal humor y con mi orgullo. ¡Desde luego que puedes trabajar aquí con tanta frecuencia como necesitemos! Lamento lo del carrete, Corrie -recogió la película con una sonrisa avergonzada-. ¿Si te ofrezco un desayuno, me perdonarás?

-Philip enviará un escuadrón de rescate a buscarme -le dijo Corrie.

-Puedes llamarlo... explícale que estás conmigo -le tendió la mano, en señal de paz, Corrie la tomó. Ese simple contacto, mientras caminaban hacia Sea Cottage, la ayudó a comprender la burbujeante alegría que contenía el canto de la alondra-. Ahí está el teléfono -señaló Blake al entrar en el vestíbulo-. Quizá podrías preparar café mientras me baño y me cambio; después, haré el desayuno.

Corrie se alegró de que él se dirigiera al baño y no notara que los dedos le temblaban tanto que apenas podía marcar los números del teléfono. No le sirvió de mucho repetirse que debía olvidar el magnetismo que ese hombre irradiaba, cuando cada célula de su cuerpo vibraba. De algún modo logró telefonear a Philip, hacer el café y, como encontró harina, huevos y azúcar, decidió sorprender a Blake preparándole tortitas. El traje térmico y la excitación de Corrie aumentaban su temperatura, así que se desabrochó los botones y se remangó la chaqueta para sentirse más cómoda. Al dar la vuelta a la cuarta tortilla Blake apareció con un pantalón vaquero y un suéter. El aroma de su colonia anunciaba el ideal de un hombre vigoroso y lleno de vitalidad.

-¡Huele muy bien, Corrie! Tengo tanta hambre que soy peligroso -se le acercó para cortar un trozo de torta y le sonrió, contentó.

Corrie trató de que no la perturbara, pero sólo logró aumentar las arrugas que la risa marcaba alrededor de los ojos de Blake.

-Sólo tú puedes estar tan sensual con uno de esos trajes -opinó-, pero estoy seguro de que quieres quitártelo. ¿Te presto una de mis sudaderas? No creo que te puedas poner uno de mis pantalones... ¿qué tal un pantalón corto?

-Cualquier cosa es preferible a esto. El calor me provoca comezón -retiró la sartén del fuego y luego lo siguió hasta el dormitorio. Tenía los hombros tensos por el esfuerzo de parecer natural y trató de no fijarse en la cama deshecha, pero los recuerdos la asaltaban: la resonancia de la voz masculina, los vellos oscuros de su torso, la

cicatriz en su clavícula derecha... su suavidad al abrazarla para calentarla con su cuerpo.... Frenó sus pensamientos, consciente de que las pupilas oscuras la observaban.

-Primero, casi te congelas; ahora, te mueres de calor... Quizá la tercera vez tendremos suerte.

Él abrió el armario sonriendo y sacó una sudadera roja y un pantalón corto.

-Quizá sea demasiado grande. Mi hermana me la regaló para Navidad, pero se encogió en la lavadora.

Se la entregó y volvió a la cocina. En unos segundos, Corrie se desnudó y se puso la ropa. El pantalón corto se le caía, pero lo cubrió con la sudadera. Blake había olvidado darle un cinturón. Agarrándoselo con una mano, Corrie regresó a la cocina.

-¡Magnífico! ¡Qué color! ¡Qué diseño! -bromeó Blake, como si alabara una obra de arte, mientras trataba de dar la vuelta a una tortita.

Riéndose, Corrie hizo una pirueta, imitando a un payaso, luego corrió a salvar la tortita que se quemaba y que Blake no podía rescatar. Intentó quitarle la sartén, mientras sostenía el pantalón corto con la otra mano, al mismo tiempo que su anfitrión soltaba una sonora carcajada.

-¡No te preocupes, ya he visto todo antes! ¿Recuerdas? -puso una tortita en un plato, la bañó con miel y colocó una gruesa capa de mantequilla encima-. Ésta es para ti. Te la has ganado por tu espléndido espectáculo..

-Cómetela tú, Blake -le pidió.

-¿Inquieta por mi bienestar? -la luz brillaba en los ojos del deportista-. Ya he devorado un par... no resisto la tentación. Y te las recomiendo -sus dientes la deslumbraron cuando sonrió-. Si no me obedeces y comes, tendré que alimentarte como a un polluelo.,

Corrie cerró la boca con fuerza, tratando de recuperar algo de su dignidad. Tenía hambre. Blake le acarició con el pulgar la delicada línea de los labios, aumentando la presión para que los abriera. Ese contacto erótico envió un temblor a lo largo de los muslos femeninos. Ella abrió la boca y aceptó la comida, consciente de la 'proximidad de los dedos de Blake y de sus ojos, que la observaban... Tragó, apenas paladeando el sabor azucarado de la comida. Esa intimidad la perturbaba y no debía permitir que el ademán se repitiera. Tenía que recuperar el control de la situación. Una silla, al otro lado de la mesa, le dio la solución. Cogió el plato y se sentó, apartándose de Blake con un esfuerzo supremo, como si luchara contra los elementos de la naturaleza.

-¡Cobarde! -se burló él, con su voz profunda-. Iré a buscarte un cinturón.

La llenó de alivio que la dejara a solas por unos segundos, para dominar sus absurdos pensamientos y persuadirse de que había imaginado el deseo de los ojos de Blake. ¿Podía aceptarlo como un amigo más? ¿Olvidarse de su magnetismo sexual?

Incluso su voz le causaba un delicioso tormento. En especial su voz... se corrigió... porque indicaba la complejidad de ese hombre. El tono profundo la hacía sentirse frágil y vulnerable a un tiempo. Haciendo un esfuerzo, puso masa en la sartén, justo cuando Blake regresó a la cocina.

-Escogí los más pequeños anunció-. Un recuerdo del viaje de mi hermana a Disneylandia. ¿Cuál prefieres, el de cuero o el de Tribilín?

-Decididamente el de Tribilín -sonrió Corrie-. Le irá bien al colorido del pantalón corto.

-Levántate -se negó a darle el cinturón y caminó hacia la joven. Ella contuvo el aliento y trató de permanecer indiferente mientras la mano de Blake metía el cinturón por las trabillas del pantalón, mientras le acariciaba la sensible piel del vientre con el pulgar. Corrie se mojó los labios. Estaba tan cerca de él que no podía fingir que no la afectaba. Esa acción, al parecer amistosa, había sido en realidad bien planeada. Blake sabía el efecto que causaban sus manos.

Corrie intentó distraerse pensando que todavía quedaba masa para hacer otra tortita, pero tuvo que reconocer su propio deseo. Los ojos de Blake, serios y profundos, leyeron ese deseo.

-¡Corrie, Corrie, mi petrel de las tempestades!

Su voz, como una cascada de terciopelo, le acariciaba el lóbulo de la oreja. Con una dulzura casi dolorosa, Blake le cubrió los labios con los suyos, oprimiéndolos, tocándolos, ahondando en esa exquisita sensación mientras se estremecía con todo su cuerpo.

Como el río que se une al torrente, Corrie sintió que las manos de Blake la conducían a un mundo de cristal, iluminado por un arco iris, mientras se besaban. Ella lo rodeó con sus brazos; escuchaba el latido del corazón de Blake, gozando del intenso placer táctil de pasarle los dedos por el cabello todavía húmedo. Sus cuerpos se apretaban de tal modo que sintió que el cinturón de Blake se le marcaba en la piel; adivinaba la línea de botones de la camisa, y sentía sus músculos contra su cuerpo. El beso continuó, para explorar la suavidad, los tejidos tibios y volverse más osado, insistente, exigiendo reconocimiento y rendición. Cuando Blake apartó la boca, todo lo que la chica pudo murmurar fue el nombre de él.

Blake respiró contra la oreja de ella de nuevo y su aliento la

despeinó, mientras le recorría la espalda con las manos, buscando el broche del sujetador.

-Corrie, eres toda...

Ninguna catarata había tocado fondo con tanta fuerza. Abandonándose, Corrie se dejó llevar, embriagada por la pasión. En ese instante se aclararon sus pensamientos y vio las llamas de la cocina y la sartén al rojo vivo. Blake cogió la pesada tapadera y la puso sobre la sartén, extinguiendo el fuego de inmediato. Corrie apagó la cocina y luego miró al hombre que estaba a su lado.

-Gracias, Corrie, no pasará nada. Sólo debemos dejar que se enfríe. Pediré que coloquen alarmas contra incendio.., hasta este momento no me había dado cuenta de que no las habían instalado -Blake sonrió y trató de abrazarla de nuevo-. Eres una mujer apasionada, mi Corrie; deberías ponerte un letrero que diga: «Peligro... acérquese con cautela». Me hiciste arder -su voz era un dulce tormento, pero Corrie caminó hasta el otro lado de la mesa, cerca de la ventana, dejando un espacio entre ellos.

-No, Blake.

Él la miró, alzando un poco una ceja.

-Quizá sea un ingenuo, pero sé que si te beso, querrás hacer el amor conmigo.

Ella se detuvo para recobrar la energía, adivinando la respuesta aun antes de hacer la pregunta, pero esperando una diferencia.

-Una vez me. preguntaste si soportaba la verdad. ¿Puedes tú ser sincero conmigo? Para ti ... ¿sería sólo un encuentro sexual?

-¿Quieres que te jure amor eterno? Ya te lo expliqué, Corrie, tengo otras prioridades. Pero ambos somos adultos responsables, que podríamos gozar durante cierto tiempo.

-¿Cómo dos moscas copulando sobre el cristal de una ventana y zumbando para proseguir con sus vidas individuales?

-Eso es un golpe bajo, Corrie -Blake se sentó. En medio del silencio, el agua de la cafetera empezó a hervir y el vapor formó una espiral el aire-. Corrie, me gustas, admiro tu carácter, pero enamorarme es un lujo que no debo permitirme. Ni siquiera te prometo una relación permanente; tengo demasiadas responsabilidades.

Ella sintió que la invadía la desesperación.

-Entonces, ya conoces mi respuesta. Lo siento, Blake.

Miró por la ventana el movimiento eterno del mar. Le parecía irónico que al darse cuenta de que Blake era el hombre al que podría amar para siempre, lo hubiera rechazada. Pero sin amor, perdería sus valores y se convertiría en un pedazo de basura, despintado, seco, inservible. Esa verdad formaba parte de su ser, como la relación entre

el mar y la playa.

-Regresaré a casa -propuso en voz baja.

-Todavía no... estás muy pálida -le pidió él, contemplando su rostro-. Mejor siéntate y tómate una taza de café -cogió dos tazas y las llenó con el líquido aromático y oscuro.

-Gracias -Corrie oyó ese tono formal y seco-. No tomo azúcar, ni leche.

-Toma -se lo pasó teniendo cuidado de no tocarla. Esa pérdida de intimidad hería a Corrie, quien hizo un esfuerzo por hablar.

- No es muy recomendable llevar en la mochila, cuando escalo, así que me acostumbré a no tomarla.

-En las carreras de yates tampoco es fácil conseguir leche fresca -admitió Blake, acercándose a la cocina. La revisó y llevó la sartén renegrida al fregadero. Le echó agua y luego limpió los quemadores. Al terminar, sorbió su café-. ¿Cómo te iniciaste en la fotografía? -preguntó.

Una charla informal, pensó Corrie, dolida. En realidad, a él no le importaba saberlo, pero estaba demasiado conmocionada para retarlo. Resultaba más fácil contestar.

-Había un club en el colegio -le dijo-. La maestra insistió en que enviara las fotos de Roddy a una revista local. El editor quiso que le vendiera más fotos y así empecé a mandarle unas tomas de las focas de la bahía. Lo impresioné, me llamó y me contrató con un sueldo fijo. También me recomendó que enviara mis fotos a otras revistas nacionales e internacionales. Le debo mucho.

-Debes haber sido excelente -Blake parecía interesado-. ¿Por qué elegiste fotografiar animales?

-No estoy muy segura. Siento compasión por los desvalidos -le confesó.

-Debí suponerlo -sonrió Blake, con una mirada comprensiva. Corrie bebió su café caliente, para contrarrestar la respuesta sensual que la asaltó ante la sonrisa de Blake. Le pareció importante seguir hablando.

-Al principio traté de pintar. Mi padre era muy hábil con los pinceles. Solía explicarme cómo se lograba una buena perspectiva. Philip también es un magnífico crítico; a veces juzga mi trabajo de forma más objetiva que yo.

Blake puso en la mesa las tortitas que quedaban.

-Será mejor que nos las acabemos. Sírvete -agregó mantequilla y miel-. ¿Nunca fotografías a las personas?

-Casi nunca, aunque retraté a los mellizos de Misty. James y Matthew tenían tres años cuando vivían en Hidden Bay. ¡Eran irresistibles! -no se dio cuenta de que suspiraba-. Los echo mucho de

menos y a Misty también.

-¿Despertó tu compasión esa mujer desvalida?

-Sí. Tenía un marido egoísta e inmaduro. Abandonó a Misty cuando sus gemelos tenían dos años. Quizá se hubiera regenerado con el tiempo, pero una noche se emborrachó y huyó con una chica en el coche.

-Misty es un nombre poco común -comentó Blake.

-A ella le quedaba bien. Es suave, dulce, frágil, con una sensibilidad artística y poética. Cabello negro y ojos enormes, muy guapa. Los hombres se enamoran de ella en cuanto la ven -le dijo Corrie.

-Pero no sabe hacer cuentas; ni ceñirse a un presupuesto. ¿La fotografiaste?

-Sí, Misty es muy fotogénica -Corrie cogió un trozo de torta y miró a Blake-. Me gustaría fotografiarte.

-Olvídalo. Me han sacado retratos formales lo s detesto. Prefiero las fotos en acción, como las que la prensa ha publica

-¿A pesar de lo que opinas de los fotógrafos independientes? -la joven no pudo reprimir la pulla. Arrepentida, habló con más calma-. Muchas personas se sienten amenazadas por una cámara. Les causa incomodidad. Por eso prefieren retratarse en su propio ambiente y entonces la acción es más reveladora. El arte y la habilidad del fotógrafo consiste en seleccionar el ángulo, la luz y la composición de la escena, conociendo las posibilidades de su cámara -hizo un gesto-. Lo siento, por lo general no doy discursos.

-Muy interesante -comentó Blake-. Siempre es bueno hablar con alguien experto en la materia. En realidad, saboreando tortitas.

-No soy una experta fotografiando a las personas, pero me gustaría tratar de sacarte una foto grande... en el mar, quizá en una carrera. Te agradan los los retos, así que un día con viento sería lo mejor.

-De ninguna manera -se rió Blake último que necesito en medio de una tormenta es que el viento tire a un fotógrafo por la borda. Y consciente de tu afinidad con el agua, eso es lo que sucedería.

-Te prometo que permaneceré a bordeo del yate.

-Algunas promesas no pueden cumplirse. Caer al mar no es un acto voluntario. La última vez que me sucedió, casi me ahogo. El agua estaba helada.

-Aprendiste sobre la hipotermia de forma directa.

-Sí. También me atacó a bordo. Por eso opté por los trajes térmicos.

Vale la pena estar preparado cuando te diriges al Cabo de Hornos.

-¡Me lo imagino! -estuvo de acuerdo Corrie-. Siempre tengo mi

traje a mano desde que trabajé en la Antártida.

-¿A qué te enviaron? -comió otro pedazo de torta.

-A fotografiar pingüinos. Uno de los científicos que participó en el estudio era amigo mío, así que me pidió que los acompañara. Se conservan las estadísticas de las colonias de los pingüinos, su crecimiento y así sus patrones de reproducción. La ecología es sensible los cambios, cambios. de esos que los pingüinos se consideran un indicador fiable

-Volamos sobre las colonias y yo las fotografíe. Una vez hecho esto, resulta fácil contarlos -Corrie sonrió-. Inclinarte fuera, del helicóptero para sacar fotos a temperatura bajo cero, le da a la palabra «frío» un nuevo significado.

-¿Carámbanos en las pestañas?

-¿Cómo lo adivinaste? -se rió la chica.

-Noté lo largas que eran cuando te recuperabas en mi cama. Tuve mucho tiempo para estudiarte -le confesó Blake.

-¿Te preguntabas si sobreviviría?

-Estaba decidido a salvarte.

-Me gritaste -se quejó ella.

-Tenía que alcanzarte. Y estaba furioso.

-Si hubiera muerto en tu casa, habría echado a perder tu intimidad -Corrie se dio cuenta de que se relajaba y gozaba de ese intercambio de bromas. Los incidentes de la mañana, en vez de separarlos, se convertían en las bases de un puente que los unía.

-¿Por qué crees que estaba furioso? -la rápida sonrisa la deslumbró.

-Porque te preocupabas por mí -ahora era el turno de Corrie de sonreír-. La vida es importante para ti -frunció el ceño-. Me parece recordar un incidente en el que te arriesgaste mucho yendo a salvar a unos náufragos perdidos en el Pacífico.

-No fue nada. La prensa dio demasiada importancia a la noticia. Estaba cerca de la zona, eso fue todo -Blake la miró con ojos que le recordaron a un perro pastor hambriento.

-,Te apetece la última tortita? -le ofreció.

-No, gracias. Ya he comido bastante.

Mirando por la ventana, Corrie distinguió una figura alta cerca del cobertizo. Blake siguió su mirada.

-Paul -le indicó-. Me entregará. las cuentas dentro de poco.

-¿Siempre trabaja para ti?

-No, aunque a mí me encantaría. Es un buen navegante y un administrador de primera clase. Nos conocemos desde que íbamos al colegio que está al lado de la carretera. Sea Cottage siempre fue su segundo hogar. Mi padre solía hacernos pequeños botes, así que

crecimos compitiendo en carreras. Luego, construimos un «cat» juntos -observando la expresión confusa de la joven, aclaró-: Un catamarán. Era muy rápido. Le cedí parte a Paul cuando mi familia se mudó de Hidden Bay. Pero nos mantuvimos en contacto... vacaciones y cosas de ese tipo. Estudió Derecho en Auckland y allí practicamos la navegación... Por desgracia, la carrera legal no le permite pasar mucho tiempo en las carreras acuáticas… Vendrá en cualquier momento para que hablemos.

-¿Dónde está la tripulación? No oí que los coches se alejaran.

-Se entrenan en la playa. Yo hago un programa de ejercicios diferentes por mi pierna -hizo una mueca-. Si no estoy listo a tiempo no podré participar.

-¿Te dolerá mucho tomar esa decisión . -le preguntó.

-Mucho- esa sencilla respuesta encerraba una gran emoción. Pero no sería justo que el equipo perdiera por mi culpa. Además, el barquito de juguete, como tú lo llamas, es mi proyecto. El diseñador y yo trabajamos juntos, estudiando cada idea y detalle antes de dibujarlos… financiar su construcción fue una hazaña. Eso me obligó a ganar tres carreras. La última de Japón a Hawai, hubiera coronado todos mis esfuerzos.

-¿Así que si ese yate no tiene éxito perderás mucho dinero?

-El yate es un éxito. Ya hemos batido marcas de velocidad para el tamaño del barco.

-¿Por qué es tan importante que nadie lo vea? – indagó Corrie.

-Para que no lo copien. Los detalles del diseño se guardas como secretos militares. Otro diseñador podría imitar nuestras ideas y avances técnicos y quizá mejorarlos y vencernos. La financiación es más fácil si tienes posibilidades de obtener el primer lugar. La carrera en que participará el Petrel de Taiaroa significa un montón de dinero. Además, me encanta ganar -su admisión impresionó a la joven.

-¿El Petrel de Taiaroa? -repitió Corrie-. Tu nombre, el de esta tierra y el del ave de las tempestades. ¡Muy apropiado!

-Me agrada que lo apruebes. Quería llamarlo con un nombre que evocara a las grandes aves, pero no acertaba con la combinación correcta. Éste me gusta, por el posesivo... -los ojos de Blake le recordaron el apodo que le había dado a ella... ave de las tempestades. Petrel. ¿Insinuaba quería poseerla? ¿O le decía que ya tenía todo que deseaba, el magnífico yate de carreras, escondido en Hidden Bay .

Capítulo 6

Con desesperación, Corrie se dio cuenta de que Blake asumía que ella no había fotografiado el yate en ningún momento. Tendría que decirle la verdad. Un dedo helado la tocó al recordar que había inscrito varias de las fotos en el concurso nacional. Cuando las catalogaran, las mostrarían en una exposición de turismo.

-¿Más café? -le preguntó.

-No, gracias. Blake, tengo algo que...

-¡Corrie... mira!

Ella interrumpió su confesión al recibir esa orden tajante. Miró hacia donde Blake apuntaba, pero desde su posición sólo veía el cielo y el mar.

-Ven aquí. ¡Rápido!

Confundida por su insistencia, se paró junto a él, cerca de la ventana. Desde allí distinguió al albatros que en ese momento despegaba del acantilado. Contempló a Blake, sorprendida por su alegría. Viviendo en Sea Cottage, los aterrizajes y despegues de los albatros debían de ser algo cotidiano. El albatros voló, desplegando sus alas gigantes para dejarse llevar por una suave brisa. Corrie entrecerró los ojos, frunciendo el ceño. Aun desde esa distancia comprendió que la silueta del pájaro tenía un fallo, una pata volvía torpes los movimientos del ave.

-¡Logró volar! -exclamó, jubiloso-. Te felicito, compañero.

Corrie observó al animal. Un albatros adulto, con alas desplegadas que medían tres metros... con una pata herida; sin embargo, el ave ajustó sus aleteos para compensar ese obstáculo y ganar velocidad. Probando, dio una vuelta, se acercó a la cabaña y Corrie soltó una exclamación de incredulidad. ¡Su marca era la misma que la de Roddy! Ese recuerdo le humedeció los ojos.

-¿Lágrimas? -Blake le hablaba con suavidad. Le pasó un brazo por la cintura.

-¡No estoy llorando! -se pasó el dorso de la mano por la cara-. Me has cogido por sorpresa... se. parece mucho a Roddy. Tiene la misma marca, pero su cuerpo es más pequeño y no vuela igual de bien.

-Es Roddy.

Corrie sólo pudo mirar a Blake.

-No vuela tan bien porque tiene un clavo en la pata. Perdió peso porque no se ha alimentado bien. Hace casi tres meses que Jenny lo puso de nuevo en su territorio. Tuvo que aprender a caminar otra vez y ahora empieza a volar. En unos momentos más se clavará en el mar para darse un banquete.

Corrie sintió que la estudiaba con curiosidad.

-¿No sabías que Roddy estaba vivo?

-¡Roddy está vivo!, -de repente lo abrazó-. ¡Oh, Blake!

-¿Pensaste que estaba muerto? -insistió Blake, confuso-. ¿No te lo dijeron Jenny ni Philip? Yo sabía que su vida peligraba si no lograba volar, pero ahora todo saldrá bien. Confía en mí, soy un experto en piernas.

La felicidad se convirtió en un prisma de colores. Corrie reaccionó por instinto al abrazar a Blake y rozarle los labios con los suyos. La pasión que había mantenido bajo control explotó con la intensidad de un incendio en pleno bosque, después de un cálido y seco verano,

-¡Corrie! -suspiró Blake.

La chica sintió que él la abrazaba con fuerza, sosteniéndole la mirada con sus ojos oscuros, hasta que ella cerró los párpados, incapaz de seguir mirándolo. Él le cubrió la boca con un beso, mientras su lengua la invadía por derecho propio. Corrie correspondió con urgencia. Curvó su cuerpo para adaptarse al de Blake, aspirando el olor de su colonia, mezclado con el tibio aroma de ese hombre. Se entregó a ese placer sensual, gimiendo mientras él le dejaba un camino de besos a lo largo del cuello, excitando la piel debajo de su oreja. De pronto la empujó casi con enfado.

-¡Dos moscas!

Las palabras y ese acto la impresionaron, como él pretendía. Le pareció increíble que él no estuviera tan afectado como ella.

¿Con quién crees que estás jugando, Corrie? ¿Te agrada este juego de avanzar y retroceder?

Ella lo observó con los ojos muy abiertos, sintiendo como si él le hubiera sacado el aire.

-¡Maldición, sabes muy bien lo que haces!'-continuó Blake, aplastando su puño contra su otra mano. La joven se tragó una protesta... reconoció que lo había besado ella-. ¡Mírate! -rugió-. Te quedas ahí, pareciendo frágil e inocente, y tienes más atractivo sexual que todas las candidatas a mis mundo.

Una convicción fascinante consoló a Corrie. Estaba furioso porque la deseaba con intensidad. Sólo lo había detenido su propia integridad... respetaba los límites que ella le había impuesto. Desde luego, Blake era lo bastante inteligente como para reconocer la razón de su ira, pero, ¿no era típico de un hombre culpar a la mujer? Casi con pereza, Corrie se preguntó cuánto tiempo tardaría Blake en admitir sus debilidades. Recordando la comparación que él había hecho con las participantes de un concurso de belleza, casi se puso a bailar, en especial porque llevaba un traje qué no podía describirse

como seductor. ¿Acaso la amaba? ¿La veía como una persona que le importaba lo suficiente como para protegerla? Ese pensamiento la mareó.

-¡Blake!

La llamada a la puerta y el grito coincidieron. Corrie vio que Blake se pasaba la mano por el cabello en señal de frustración, pero habló con bastante naturalidad.

-Entra, Paul -señaló a Corrie-. La invasora de mi propiedad, mi vecina, Corrie Seton.

-Me agrada volver a verte, Corrie -sonrió Paul-. Tienes más color que la vez que nos conocimos.

-Me prestaron ese plumaje -sonrió la joven-. Espero que alguna vez nos encontremos cuando tenga puesta mi propia ropa.

-Se está volviendo una costumbre -se rió Paul-. ¿De qué se te acusa? ¿Cuál fue el veredicto? ¿Blake ha estado utilizando su encanto para persuadirme de que no publiques?

-Corrie fue el fotógrafo que realizó mi foto de Taiaroa. No debe preocuparnos, no nos molestará porque no somos una especie en vías de extinción -sonrió Blake-. Se dedica a fotografiar escenarios naturales. Estaba en el escondite porque dos pingüinos de ojos amarillos anidan en Hidden Bay.

-Corrie Seton... C.S. ¿Tú eres C.S., el fotógrafo? -Paul parecía incrédulo-. Te imaginaba como un hombre barbudo escalando una montaña. Me encanta conocerte oficialmente. He admirado tu trabajo durante años en el periódico local. Acabas de regresar de Australia, ¿verdad?

-¡Australia Antártida! -Blake sonaba sorprendido-. ¿A qué más podría aspirar?

-Me fascinaría conocer las Galápagos, aunque no es un lugar fácil de visitar -admitió Corrie-. Haría un estudio fotográfico desde el Ecuador hasta la región subantártica.

-Nosotros hemos estado allí -comentó Blake-. Es un viaje que no me importaría repetir.

-Lo recordaré -sonrió Corrie-. Pero espera sentado; quizá cumpla cien años antes de que pueda pagar esa expedición. A propósito, debo ir a trabajar -recogió su cámara y su traje-. ¿No te importa si sigo tomando fotos en Hideen Bay?

-Claro que no. Mientras no fotografíes el yate...

Cornee titubeó, pero Blake cogió las notas que Paul le tendía, y ella no le pareció oportuno confesarle que había participado en un concurso con las fotos del yate.

Paul la acompañó a la puerta. Corrie regresó a su casa con pasos

cansados y, apenas llegó a la granja, sacó los papeles del cajón de su escritorio para averiguar la fecha del concurso. Como temía, estaba cerca. En menos de un mes se anunciarían los nombres de los ganadores y se expondrían las fotos en los más importantes centros turísticos.

¿Eso le daría a Blake el tiempo que necesitaba? ¿Y por qué sentía pánico? Sólo los ganadores de cada sección recibirían publicidad. ¿Qué posibilidades tenía de que sus fotos triunfaran? Sacó las copias de las fotos que había seleccionado y las estudió de nuevo.

La foto del yate, cubierto de rocío, no debía preocupar a Blake, decidió. No se veían los detalles del navío, sumergido en la espuma. Podía ser un yate de carreras. cualquiera; incluso la punta de Taiaroa parecía borrosa en medio de la espuma. Más tranquila, metió las fotos en el sobre protector y luego sacó la foto de acción.

Su desaliento se intensificó al estudiarla. Philip tenía razón: contenía emoción, movimiento, luz y perspectiva, elementos clásicos para una foto perfecta.

Corrie hizo un gesto de desesperación. Los detalles de las velas y el mástil destacaban con claridad. Frunció el ceño al recordar que la había asombrado la excesiva altura del mástil. El diseño que mostraba la foto descubría lo que Blake había intentado, como tanto esfuerzo, ocultar.

Puso la foto en el cajón de su escritorio y lo cerró, como si al hacerlo la borrara de su existencia. ¿Qué posibilidades tenía de ganar? ¿Le otorgarían uno de los tres primeros lugares? Quizá. Si el juez exigía acción, esa foto la había captado.

¡Debía decírselo a Blake! Pero, ¿cómo reaccionaría? ¿Y cómo se lo explicaría? Aunque le desagradaba, sabía que tendría que enseñarle la foto para que la estudiara y decidiera si representaba o no un peligro para sus planes.

Primero, necesitaba darse un baño y cambiarse de ropa. Una hora después, reunió las fotos del yate y su escaso valor e inició el regreso a la casa de Blake. Al mirar a su alrededor, vio un coche desconocido en el garaje y se detuvo, indecisa, sin querer interrumpir a Blake si tenía Visitas. Ya era demasiado tarde para volverse, la alarma debió anunciarle que alguien había saltado la verja. Así que respiró hondo y llamó a la puerta.

Nadie le contestó. Se preguntó si debía dejar las fotos con una nota, en el buzón. Blake se enfadaría, pero después de un tiempo se daría cuenta de que ella había tomado las fotos desde los terrenos de la granja, antes de saber que él tenía un proyecto secreto. Con un suspiro, Corrie aceptó que tendría que enfrentarse a Blake si deseaba

que su relación prosiguiera. Nunca había creído en el amor a primera vista, ni siquiera a segunda vista, pero desde que conoció a ese hombre, experimentó una atracción sensual abrumadora.

En algún rincón de su mente existía la reconfortante idea de tener un matrimonio tradicional y formar un hogar, pero cuándo y con quién nunca le importó. Blake la besó y ella lo supo inmediatamente. Él la deseaba, pero no quería involucrarse a largo plazo, y lo extraño era que,, antes de ese beso, ella también hubiera afirmado, con absoluta certeza, que esa clase de responsabilidad no le interesaba. Amaba su carrera con pasión. Tenía éxito por su propio esfuerzo, pues trabajaba con disciplina y talento.

Pero, ¿si el hombre al que amaba era Blake? Sonrió al comprender que su carrera se acoplaría a la perfección con la de él. Tendrían que separarse en · algunas ocasiones, pero la mayor parte de las veces podrían coordinar sus planes. ¡Quizá lograría fotografiar esos remotos puntos del globo que él ya conocía!

Sonrió, alegre. Cuando tuvieran hijos... ¡harían tantas cosas juntos! Sea Cottage siempre sería su hogar. La esposa de Blake... el marido de Corrie... esas palabras otorgaban el derecho de amar y ser amada.

-¿La puedo ayudar en algo?

La voz del desconocido rompió sus sueños. Le llevó unos segundos sobreponerse y hablar.

-Busco a Blake -le indicó.

-No está aquí -el hombre se erguía resuelto, en guardia. Debió salir del cobertizo-. No regresará en una semana.

-¿Estará ausente una semana? -eso la impresionó, demostrándole lo absurdo de sus fantasías. Después de todo, ni siquiera conocía los planes inmediatos de Blake.

De regreso en su estudio, metió las fotos en su archivo. No podía ponerse en contacto con Blake, así que, cuanto antes se distrajera con su propio trabajo, antes lo olvidaría. Atardecía cuando sintió hambre, y consultó su reloj. Sorprendida por el paso del tiempo, ordenó sus fotos y se dirigió a la cocina, donde Philip preparaba la cena.

-Pensé que debía empezar. Has estado muy ocupada -sonrió-. ¿Tuviste éxito con los pingüinos?

Cuando le contó el episodio del carrete de fotos, Corrie rió con entusiasmo. También lo hizo al describir a Blake dando la vuelta a las tortitas, pero después se puso seria. El resto era demasiado íntimo. Debía olvidarse. Mientras veía las noticias por televisión, sus pensamientos se dispersaron y, cuando Philip le preguntó el pronóstico del tiempo, tuvo que admitir que no lo había escuchado.

-Vete a dormir. Estás cansada porque te levantas antes del

amanecer -bromeó su hermano-. ¿O desayunar con Blake te agotó?

-Estoy cansada -admitió Corrie. Recordó uno de los momentos más agradables del día-. ¡Roddy ha echado a volar! ¿Por qué no me dijiste que estaba vivo?

-¿Ha volado? ¡Estupendo! Apostamos a que tenía un noventa por ciento de Posibilidades de lograrlo. Jenny y yo discutimos si debíamos decirte que vivía, pero ninguno se animó a desilusionarte más tarde, si moría. Así que, como tú no preguntaste...

El teléfono sonó y Philip corrió a contestarlo. La joven notó la ansiedad de su hermano y su tristeza. Adivinó que había esperado oír la voz de Misty.

-¿Jenny? Sí, Corrie lo acaba de mencionar. ¿Aterrizó a salvo? Sí, le daré tu recado... ¿Blake está ausente? ¿Consultará su caso con los especialistas de Auckland...?

A Corrie le dolió que Blake le hubiera confiado a Jenny la razón de su ausencia y a ella no. Después de charlar unos minutos con su amiga, decidió preparar la comida del día siguiente. Picar zanahorias y cebollas la tranquilizó un poco y, cuando se puso a llorar, culpó a las cebollas.

Antes del amanecer llovió, lo cual significaba que Corrie podía quedarse en la cama. Apagó la alarma del despertador, suspirando. Pero a los cinco minutos se despertó y pensó en Blake. ¿Qué pasaría si a los cirujanos les preocupaba la movilidad de su pierna? Parecía que se recuperaba como era debido, pero, ¿en realidad estaba segura?

Corrie aplastó las almohadas y se tapó con la colcha hasta la barbilla. Debía sacar a Blake Hanley de su mente. No tenía intenciones de permitir que la perturbara, se recordó. Así que, ¿por qué no cumplía lo que se proponía?

A las seis se dio por vencida, se bañó y se vistió. La única manera de dejar de preocuparse por ese hombre era ponerse a trabajar en su estudio.

Quizá después de todo el editor recibiría trabajo a tiempo.

Dos días después, notó que la lluvia había cesado y se levantó para observar el cielo. Si se despejaba, quizá podría fotografiar a sus pingüinos, pero quizás el barro y la lluvia habían estropeado, el plumaje de las aves la zona del nido. Su mala suerte con los hoi-ho seguía.

En la claridad gris del alba, vio que las luces de Sea Cottage se encendían. Llegaron dos coches y poco después el yate zarpaba bajo el mando de Paul. Corrie se preguntó si Blake estaba despierto y se lo imaginó en el dormitorio.

El mar estaba picado y Corrie decidió que era mejor que Blake no

participara en la excursión. El pingüino se despidió tarde de la hembra y se tomó mucho tiempo antes de meterse al mar, pero no había suficiente luz para fotografiarlo. Pensando con nostalgia en su cama tibia, Corrie esperó a que la luz del sol atravesara las nubes.

Un graznido familiar la hizo soltar una exclamación. ¡Roddy volaba a unos metros sobre su cabeza!

-¡Roddy! -le llamó.

Distinguió una hendidura encima del ojo, entre las plumas blancas, pero el albatros la inspeccionó a su vez con interés, mientras ella le tomaba varias fotografías.

-¡Roddy! ¡Me encanta verte volar de nuevo! ¿Cómo está tu pata? -murmuró la joven.

Podía ver la extraña posición en que la colocaba, tratando de mantener la cerca de su cuerpo.

-Se pondrá bien, Roddy -le alentó en voz baja-. Tú y Blake formáis un buen par.

Sonriendo, Corrie regresó a la granja. Philip acababa de desayunar y la saludó alegre.

-¿Conseguiste una buena toma del pingüino amarillo? Pareces muy contenta.

-La luz no era suficiente hasta hace unos minutos, cuando Roddy voló sobre mí. Le tomé algunas fotos.

-Me agrada que el tiempo mejore -comentó Philip, contemplando el paisaje por la ventana-. Los tres últimos días han sido difíciles para los borregos que acaban de nacer - se levantó para ponerse la chaqueta. ¿Irás a la ciudad hoy? -le preguntó a Corrie-. Hay una carta que quiero enviar..

-Sí -asintió-. Necesitamos provisiones y fruta -titubeó. Philip parecía contento, pero a veces sus ojos expresaban dolor-. Philip, tuviste que regresar a casa sin ver a Misty. ¿Por qué no te olvidas de la granja un rato y la visitas?. Yo me encargaré de tus asuntos. Ya han nacido casi todos los borregos y, si me dices en qué prado quieres que el rebaño paste, yo los cambiaré de un lado a otro.

-Lo pensaré -la tristeza permeaba de nuevo su voz y Corrie deseó no haber dicho nada. No había alegría en el silbido de Philip al salir y encaminarse hacia los perros pastores, que lo aguardaban encadenados cerca de los árboles.

Corrie le escribió una rápida carta a su madre y luego recogió la de su hermano para llevarlas al correo. El trayecto a lo largo de la península no la tranquilizó como de costumbre. Por una vez apenas notó el movimiento del mar y se preguntó si podía hacer algo para reunir a Philip y a Misty. Cuando partió para Australia, creyó que

anunciarían su compromiso; a su regreso, recibió la inesperada sorpresa de que Misty y los gemelos se habían mudado a Christchurch, a mas de doscientos kilómetros de distancia. Philip emprendió el viaje hacia el norte, con la intención de ver a Misty y los niños, pero una llamada del hospital lo obligó a regresar a Dunedin inmediatamente.

Corrie se unió al tráfico de Anderson's Bay y luego se desvió por Princess Street. La mañana pasó con rapidez, pues se encontró con dos de sus amigas para comer, antes de volver a su casa. Mientras conducía, pensó de nuevo en Philip y Misty, que habían descubierto el amor durante los últimos tres años. Su hermano se había mostrado paciente y comprensivo, dándole a la mujer que amaba el tiempo que necesitaba para recuperar la fe.

Aparcó y bajó las bolsas de provisiones. Al meter el coche al garaje, vio que Philip cambiaba el filtro de su vehículo.

-Creo que aceptaré tu ofrecimiento -le explicó él sonriendo. - Te he escrito las instrucciones en una hoja de papel. Está encima de la mesa de la cocina.

-Me alegro muchísimo, Philip. ¿Cuándo te vas?

-Mañana -contempló sus manos llenas de aceite y sonrió ¿Quieres que cambie el filtro de tu coche de una vez?

-No, gracias, Philip -Corrie negó con la cabeza- No lo he usado mucho en los últimos dos meses, por el viaje a Australia y el par de semanas que pasé en cama...

-¡Lo que hacen algunas personas con tal de ahorrar gasolina! –se burló-. A propósito, Blake ha llamado.

-¿Ha llamado? -Corrie se detuvo en seco con el corazón latiéndole desaforado-. ¿Está bien?.

-A mí me pareció que sí -sonrió Philip-, aunque un poco desilusiona porque no te encontró en casa.

Corrie sintió que una suave tibieza la invadía al saber que Blake había pensado en ella.

-Me dio la impresión de que se sentía culpable por el carrete que echó a perder. Sugirió que construyeras un escondite del lado opuesto para que pudieras fotografiar al atardecer. Le dije que te daría su recado.

La suave tibieza se desvaneció cuando Corrie se dio cuenta de que había sido una llamada de negocios.

-Se me ocurrió -comentó-, pero al salir del mar, los pingüinos parecen como personitas adormiladas y medio ahogadas.

-Mañana tendrás un día soleado. El barómetro está subiendo.

A pesar de las predicciones de Philip, amaneció nublado. Corrie empezó a pensar que sus intentos de fotografiar a los pingüinos

estaban condenados al fracaso. La hembra se detuvo a arreglarse el plumaje en una zona iluminada por el sol. La joven contuvo el aliento, esperanzada, pero el animalito avanzó hacia el mar. La desilusión volvió a invadirla.

De pronto, el «hoi-hoi-ho» del macho hizo que su compañera se detuviera. Retrocedió y se paró bajo el rayo del sol, emitiendo un ruido inquisitivo. Corrie la fotografió mientras el ave movía la cabeza de arriba abajo y después se colocaba las plumas. Estaba a punto de agarrar la segunda cámara, cuando el pájaro se volvió hacia el mar.

Feliz, la chica regresó a la granja. Apenas podía esperar a revelar el carrete, así que, descartando el desayuno, se dedicó a trabajar. Su entusiasmo y esperanzas fueron recompensados cuando vio los negativos. ¡Todo había salido bien! La composición que había ensayado durante tanto tiempo, resultó como había calculado, con el pingüino cómo un modelo perfecto.

Satisfecha, se reclinó en el respaldo del sillón y relajó sus hombros doloridos. Apagó su equipo y se dirigió a la cocina. Al ver las maletas de Philip cerca de la puerta, se enderezó.

Llegas justo a tiempo -la saludó Philip-. ¿Por fin has fotografiado al pingüino?

-¡Por fin! -Corrie cogió dos rebanadas de pan integral y las metió al tostador-. Me muero de hambre. ¿Listo para partir?

-Sí.

Esa palabra traicionó la ansiedad de Philip. Corrie le entregó un paquete de fotos que había seleccionado.

-Quizás a Misty le interesen algunas de mis fotos de animales. Dale recuerdos míos y un beso para James y Matthew.

Philip asintió y se aclaró la garganta. Salió con la cabeza en alto, como si estuviera dispuesto a pelear con cien dragones. Corrie sintió un nudo en la garganta. Una cosa era vencer a un dragón y otra capturar el corazón y la mano de la «princesa». Se comió el pan tostado y limpió la cocina. No se había encargado de la casa porque estaba de vacaciones, pero ya no tenía excusa. Así que dedicaría ese día a arreglar su hogar.

Felicitándose por ser una perfecta ama de casa, Corrie decidió darse un premio y visitar a su amiga Jenny. Pasaban de las diez de la noche cuando cerró la puerta del garaje y oyó que el teléfono sonaba. Corrió el aparato, deseando que volviera a sonar. ¿Acaso Blake le había telefoneado? Reinó el silencio. Mientras subía las escaleras, se convenció de que la había llamado su madre, o Philip, o quizás alguien había marcado el número equivocado. No había razón para que Blake la llamara, ¿o sí?

Al amanecer, Corrie volvió a trabajar. Habiendo fotografiado a la hembra, decidió que trataría de sacar una foto parecida del macho. El sol brillaba, a pesar de un viento helado. Corrie se distrajo observando el yate y a la tripulación practicando el cambio de las velas. Tomó el tiempo de las maniobras y admiró la velocidad con que las ejecutaban. Una vez más, las . suaves llamadas del par de pingüinos la alertaron. Las aves estaban fuera de la cueva y caminaban juntas comunicándose, como una vieja pareja estudiando un difícil problema. Corrie frunció el ceño, preocupada porque quizás abandonarían el nido. No podía hacer nada para impedirlo, excepto observarlos mientras se dirigían al mar. Su partida le dio la oportunidad que había deseado desde hacía tiempo.

Sacó la cámara del trípode y la metió bajo su chaqueta, luego salió del escondite y descendió por el acantilado. Se movía con precaución, pues sus manos todavía mostraban los rasguños de su última investigación, y la necesidad de silencio era imperativa. Les echó una mirada a los pingüinos, pero seguían parados, dándole la espalda y, cuando rodeó una roca, supo que ya no podrían descubrirla.

Saltó a la arena y corrió hacia el ngaio. Se metió a la cueva y con su linterna encendida se inclinó para ver el huevo. La luz era demasiado débil para fotografiarlo, así que sacó un flash y aumentó e poder de la linterna. Tomó una foto del huevo y otra del área del nido antes de partir, usando una rama para borrar sus huellas. No se relajó hasta que escaló las rocas y volvió a ver los pingüinos. Ambos estaban parados bajo los rayos de sol, moviendo sus cabezas con nerviosismo, y ese gesto le indicó a Corrie que estaban ansiosos.

-¡La del casco!

La orden de Paul la obligó a mirar hacia el mar. El yate, en lugar de dirigirse hacia más abierto, se acercaba a rincón de los pingüinos y los gritos de los hombres llegaban con claridad, llevados por el viento matinal. Las velas de colores intimidaban todavía más a los pingüinos, que lanzaban unos chillidos agudos y quejumbrosos. Corrie estuvo tentada a lanzar una advertencia a la tripulación, pero adivinó que su grito confundiría aún más a las asustadas aves. Se quitó la chaqueta y la agitó. Un saludo de Paul le dijo que la había visto, y entonces ella alzó las dos manos con un ademán de «vete de aquí» para luego señalar a los pingüinos. La reacción fue rápida. Bajaron la vela y el yate cambió de rumbo.

Los pingüinos se quedaron contemplándolo y Corrie se dio cuenta de que había perdido la oportunidad de retratar al par. No tenía tiempo de regresar a su escondite, así que colocó la cámara sobre una roca, puso la lente de mediano alcance y tomó dos fotos con las aves

mirando al mar y una tercera con el yate al fondo. No tuvo tiempo para sacar la cuarta. La hembra corrió hacia el nido con sorprendente rapidez y el macho caminó hacia las olas.

Tres horas después, Corrie se apartaba el pelo de la frente, satisfecha. Las fotos del huevo, el nido y el par de pingüinos tenían las características que exigía. Sonriendo, cogió la foto de las dos aves observando, con aparente disgusto, el yate y sus brillantes velas. Encima de la cabeza del macho, dibujó un globo y escribió: «Presumido». A Blake le gustaría a pesar de sus instrucciones de no sacarle fotos al yate. Y debía confesarle lo del concurso. Su sonrisa desapareció.

¡Eso no le haría ninguna gracia!

Capítulo 7

Le llevó dos horas a Corrie darles una vuelta a los corderos y un poco más comprobar que no había problemas con el alumbramiento de tres más, pero, bajo el sol de primavera, ese trabajo le pareció agradable. Al regresar a su casa, recordó que no había revisado el buzón.

Al sacar un montón de cartas y facturas, oyó un leve maullido. Distraída, se detuvo para identificar ese sonido. Lo volvió a oír y, al agacharse vio a dos gatitos negros que maullaban llorosos. Un pedazo de bufanda le indicó que habían sido abandonados. Los gatitos le lamían las manos, frenéticos de. hambre y, si ella no se hubiera molestado en abrir el buzón, habrían muerto.

Furiosa por la crueldad insensata de algunas personas, Corrie cogió a los gatitos y los llevó a su casa. Tardó unos segundos en calentar un poco de leche, pero mucho más tiempo en alimentarlos y prepararles una caja con arena y una colcha para que durmieran. Revisó al par para saber si estaban enfermos. Ambas eran hembras. Luego, llamó a otro de sus amigos, un veterinario y concertó una cita para que las vacunara y esterilizara.

Tendría que regalarlos. Con su estilo de vida, no era justo que tuviera una mascota pero, una vez esterilizadas, esperaba un buen hogar para sus protegidas. .

Las acomodó en la caja y consultó su reloj. Había planeado ir al cine con sus amigos, pero cancelaría ese compromiso. No podía dejar a las gatitas solas esa primera noche, aunque también reconoció que le agradaba quedarse en casa por si Blake la llamaba.

Cuando sonó el teléfono, unos minutos después, corrió a contestarlo, con la esperanza brillando en, sus ojos. La voz de su hermano la desilusionó.

-¿Corrie? ¡No te lo vas a creer! -Philip parecía estar en el séptimo cielo-. ¡Misty se va a casar conmigo!

-¡Qué noticia tan sensacional, Philip!

-Todavía no puedo creerlo -su voz expresaba su asombro, pero Corrie oyó que Misty se reía, por allí cerca.

-¡Hola, Corrie!

-¿Misty? Me alegro mucho por ti y por Philip.

Philip volvió a coger el auricular.

-Escucha... me quedaré en Christchurch un par de días. ¿Puedes arreglártelas sola?

-¡Desde luego!. ¡Los líos que inventaré en dos días! -se rió la chica. -¿Quieres que te diga por dónde vas a empezar? ¿Cuántos bebés foca

tienes nadando en la bañera?

Le encantaba que Philip estuviera contento.

-Te prometo que no encontrarás ningún bebé foca -sonrió, esperando que su hermano no mencionara a unos gatos abandonados. Ensayó una táctica para distraerlo-. Supongo que todavía no sabes cuándo y dónde te casarás, ¿verdad?

-Nos organizaremos muy pronto. Ambos queremos qué la ceremonia sea en la granja. Además, los niños ansían regresar.

-Diles que los echo de menos y que yo también quiero que regresen. ¡Philip, de verdad estoy muy contenta!

Después de unos minutos de conversación, Corrie colgó. Con un leve desconcierto se dio cuenta de que debía buscar un lugar para vivir. Y otro estudio. Pero, ¿dónde?

Cogió el periódico y empezó a leer la sección de anuncios. Los apartamentos que se alquilaban estaban en la ciudad, y Corrie puso una cara larga. No quería vivir lejos del mar. Las propiedades que se vendían se adaptaban mejor a sus necesidades. Tres estaban en la península y una disponía de teléfono para que los interesados llamaran por la noche. Lo hizo, y unos segundos después había concertado una cita para el día siguiente.

Se pasó toda la tarde viendo propiedades, pero a todas les encontró defectos, y sólo contemplar a las ovejas alimentando a sus crías recién nacidas disipó su depresión.

Se despertó en la clara luz de la mañana y fue a la cocina a preparar el desayuno de los gatos. Mientras jugaban a sus pies, revisó la columna de casas en venta del periódico. Frunció el ceño. Empezaba a comprender por qué el pingüino de ojos amarillos tendía a desaparecer de la península. No quedaban casas vacantes en la costa.

En la mitad de su limpieza de primavera, Corrie oyó que llamaban a la puerta. Sorprendida, pues no había oído que ningún coche aparcara, bajó corriendo la escalera.

-Ya voy -gritó, tropezándose con una de las gatitas negras que se escondía en el último escalón. La recogió y abrió la puerta-. ¡Blake! -exclamó.

Sus emociones surgieron incontrolables. Quería arrojarse a sus brazos. En lugar de ello, le tendió una mano de forma convencional y se quedó inmóvil.

-¿Cómo estás, Corrie? -Blake la miró, pero acarició a la gata-. ¿Te importa que me siente? -señaló la, silla de la cocina. El paseo ha sido más largo de lo que calculé.

-¡Claro que no! Te prepararé algo de beber -Corrie llenó la tetera de agua, tratando de que sus emociones no burbujearan también. Una

vez que Blake se sentó, la gatita se acomodó en su regazo. Su hermana saltó para compartir la atención del desconocido.

-¿Qué es esto? -se rió Blake-. ¿La invasión de los gatos abandonados?

-Sólo de dos. ¿No sabes de alguien que quiera uno? Son encantadores -le aseguró Corrie.

-Ya lo veo -Blake continuó acariciándolos y luego los puso en la caja-. Le preguntaré a la tripulación mañana. Me agrada haber vuelto a casa. No me había dado cuenta de cuánto me gustaba Sea Cottage hasta que me ausenté.

-Jenny me dijo que habías ido a consultar a los especialistas -trató de mostrarse neutral.

-Una revisión rutinaria -le contestó.

-¿Los médicos están satisfechos con tu recuperación?

-Sí, pero nadie está más contento que yo. Caminar me causa un poco de dolor, pero siento que mejoro -sus ojos oscuros la estudiaron-. Parece que has estado muy ocupada.

-Has acertado. Pero me agrada tomarme un descanso y dejar de ser el ama de casa perfecta. Debes oír la última noticia -agregó-: Philip y Misty t se casan.

-¿Misty Warrender? ¿La mujer que solía alquilarme Sea Cottage? Corrie asintió.

-Mi hermano regresa esta noche, así que me puse a limpiar la casa. -¿Vivirás con ellos?

-No, no sería apropiado, una vez que se casen. He visto un par de casas que se venden, pero debo seguir buscando. No me gusta mudarme de un lado a otro, pero tendré que hacerlo mientras compro o construyo. -Hay varios apartamentos en Dunedin -le indicó Blake. -Lo sé, pero quiero quedarme cerca de Taiaroa, si puedo.

-¿No hay suficientes gatos abandonados en la ciudad? -sonrió él. -¡Ni siquiera pingüinos o gaviotas!

-¿Cuándo es la boda? -indagó.

-Todavía no han fijado la fecha.

-Podrían pasar meses.

-No cuando se trata de mi hermano... es un hombre de acción. Y ha deseado casarse con Misty desde hace mucho tiempo.

-Perdona mi falta de entusiasmo -dijo Blake, irónico-. El matrimonio no me interesa. Esa clase de compromiso está fuera de mis planes. Por lo menos en otros cinco años.

-¿Tienes bien organizado tu futuro? -Corrie sacó tazas y platos, contenta de que esa tarea le diera la oportunidad de moverse.

-Dentro de cinco años ya no estaré en mi mejor forma para

competir en las carreras de yates, así que buscaré a una dócil, obediente, responsable y guapa mujercita para casarme... -bromeó.

-¡No me haces ninguna gracia! -refunfuñó la chica.

-¿No? Pero soy sincero. Sólo juego con mis reglas. No tengo intención de embarcarme en tormentas emocionales.

Corrie sintió que la miraba como si la acariciara..¿Qué le decía? Sus ojos hablaban el lenguaje silencioso del amor, pero sus palabras le lanzaban una advertencia. Ella apartó la vista y trató de comportarse con ligereza.

-Me sorprende que te arriesgues a visitarme -afirmó-. ¿Cómo me llamaste? ¿Ave de las tempestades?.

-Exacto. Pero la distancia a tu casa, para ejercitar mi pierna, sólo era un poco mayor de lo que la fisioterapeuta me recomendó -Blake se interrumpió y sonrió, con los ojos brillantes-. ¡Está bien, lo admito! ¡Quería verte!

-¿Una aberración temporal?

-Sí. Y no sé cómo manejarla por el momento. Pienso en ti sin cesar.

Corrie dejó la tetera en la mesa y miró por la ventana antes de volverse hacia él.

-Pues yo misma no sé si reír o llorar. Me atraes más que ninguna otra persona. Hace un minuto estaba celosa de las gatas. Las acariciabas y las tenías cerca. Pero luego las metiste en la caja para que no te distrajeran.

-¿Y contigo no puedo jugar y acariciarte cuando siento ganas?

-Yo no soy un gato. Valgo más -lo atajó con firmeza.

-Tienes razón -se puso de pie, teniendo cuidado de no tocarla-. Mejor me voy, Corrie.

La joven sintió que lloraba, pero se obligó a tragarse las lágrimas mientras él cojeaba por el sendero del jardín.

-Espera... te llevaré en el coche -deseaba estar furiosa con él, en lugar de comprenderlo. Cogió las llaves, que estaban cerca de la puerta, y sacó el coche del garaje. Blake había seguido caminando y la esperaba al lado de la reja abierta. Después de que Corrie pasó y él aseguró el candado, se sentó en el asiento del acompañante.

La joven sabía que la observaba. Un rizo le rozó la mejilla y ella lo apartó, recordando que Blake le había hecho eso mismo, con una ternura especial. Deseó encontrar un comentario ingenioso que rompiera la tensión que existía entre ambos, pero le resultó imposible. La verja de Blake levantaba una barrera en el camino.

-Aquí te dejo, Blake -el alivio quebró su voz.

Él pulsó el aparato de control remoto que llevaba en el bolsillo. La vera se abrió, obediente a la señal indicada.

-Controlas qué personas se te acercan -comentó Corrie.

-Sí. Te resultará más fácil dar la vuelta dentro.

Corrie detuvo el coche ante la puerta de Sea Cottage, pero no apagó el motor.

-¿No entras? -la voz de Blake era suave y la resolución de la joven se resquebrajó-. Me deseas tanto como yo a ti -lo afirmó y ella no pudo negarlo. Caminaba por un alambre de alta tensión.

-No sé si lo puedo explicar -musitó-. Para mí significaría involucrarme completamente. Sin embargo, siento que cometo un error. No te conozco, Blake. La mayoría de las personas pasan por un periodo en que se conocen, lo mismo que a sus respectivas familias, sus intereses mutuos, las cosas que les agradan y desagradan, aprenden a comunicarse y a confiar, mientras la relación se desarrolla. Pero no ha sucedido así con nosotros. Yo tengo pánico. Te conozco lo suficiente como para saber que para ti el sexo es una breve y placentera satisfacción -lo contempló, sin bajar la vista-. No deseas amarme... ésa es una de las pocas cosas que he descubierto.

Blake le tomó una mano.

-Cuando te apodé petrel, o pájaro de las tempestades, dije más de lo que creí, Corrie. El albatros de Taiaroa tiene una sola pareja durante toda su vida. Tú quieres que te jure que te amo -se quedó sentado, callado, observando el ir y venir de las olas. Cuando se volvió para mirarla, la joven adivinó la decisión que Blake había tomado-. Corrie, no puedo permitirme amarte. El precio es demasiado alto.

Abrió la puerta y se bajó del vehículo. Cojeando, caminó hasta la puerta de la cabaña y la cerró tras él.

Corrie permaneció en el coche, paralizada por ese rechazo. Si Blake la hubiera besado...

Pero él exigía una decisión basada en la voluntad, no en la atracción sexual. ¿No debía respetarlo por su sinceridad? ¿O debía estar furiosa? ¿Acaso era sólo autoprotección? Una garantía de que, después de que hicieran el amor, Corrie no pediría o esperaría que se involucrara con ella. Su responsabilidad se limitaba a su yate y su tripulación. Corrie sintió como si aplastaran el interior de su cuerpo. ¡Debía huir!

El ruido del motor la sorprendió, y recordó que lo había dejado encendido. Dio la vuelta y regresó a su casa. Abandonó el coche ante la granja y decidió escalar la colina. Necesitaba aire fresco para aclararse la mente, y la amplitud del paisaje para poner todo en su justa perspectiva.

Contempló el océano desde la altura. Luego bajó la vista hasta Hidden Bay. Blake era como el mar, ocupaba más y más sus

pensamientos. Quería enfadarse con él, pero sólo podía ponerse furiosa consigo misma por comprenderlo.

¿Era posible amar a alguien que apenas conocía? Estudió la pregunta y decidió que había tantas respuestas como olas en el mar. El vaivén del océano le recordó las fotos del yate. Aún no le había dicho a Blake nada acerca del concurso. No se atrevía a enfrentarse a su expresión sombría. Su opinión sobre los fotógrafos no iba a mejorar en lo más mínimo.

¡Si no hubiera enviado las fotos! ¡Si no hubiera pasado la fecha de inscripción! Si... ¿Y qué tal si llamaba a la secretaria de la Asociación y le pedía que retirara sus fotos de acción y romance por razones personales? La idea le pareció sencilla, tan obvia que dudaba que pudiera llevarse a cabo. Conocía a la secretaria, pues ya había concursado en otras ocasiones, así que no importaría si le telefoneaba y le preguntaba si podía ayudarla. La secretaria era una mujer trabajadora y bien organizada que gozaría con el sermón que le echaría a Corrie; pero, después de eso, encogería sus responsables hombros y sacaría del concurso las dos fotos ofensivas.

Entusiasmada, Corrie iba a correr hacia su casa, cuando notó que un coche maniobraba por la pronunciada curva del camino, dirigiéndose a la playa de Hidden Bay. ¿Le permitiría Blake el acceso o el conductor tendría que tomar el camino de la granja y recurrir a la generosidad de ella?

La verja de Blake estaba oculta por los árboles, pero después de unos momentos, el coche, que llevaba un remolque, aparcó en el sitio de la cabaña. Una joven, con una deslumbrante mata de cabello rojizo, saltó del coche y bailoteó alrededor de Blake; luego, lo dejó en paz para contemplar el paisaje. Blake se le acercó y le pasó un brazo por los hombros.

Un miedo ardiente quemó a Corrie, quien lo catalogó como celos. No había experimentado esa emoción antes. ¿Y qué derecho tenía a espiar a Blake? Atormentada, descendió la colina, sabiendo que había mil razones por las que esa muchacha podía visitar la bahía. Pero, para cuando Corrie llegó a la granja, ya se había roto una uña, ensuciado los pantalones con manchas de hierba, y le dolía el pecho con cada respiración. La tibieza de la casa la calmó un poco y logró persuadirse de que Blake podía tener una docena de amigas que acamparan en la playa. En el estudio, sacó la copia de la participación en el concurso y comprobó el número antes de marcarlo.

-Soy Corrie Seton.

-Buenas tardes, señorita Seton. Ya veo que participa en varias secciones en el concurso de este año -la rapidez de la conversación de

la secretaria le resultó distintiva y familiar, y la joven cruzó los dedos.

-En realidad, la llamo por dos de esas inscripciones -dijo.

-Señorita Seton, sabe bien que no puedo discutir las reglas del concurso.

-Desde luego. Sólo quería que retirara dos de mis fotos, las de romance y acción -le explicó-. Me doy cuenta de que le pido un gran favor, pero tengo graves razones personales para solicitar su cooperación.

-Señorita Seton... -la catarata de palabras bañó a Corrie, pero al final la secretaria tuvo que hablar más despacio... -el juicio preliminar ya ha sido emitido. Mañana se devolverán las fotos eliminadas y el resto se enviará al presidente del jurado. Le pediré al comité que retire sus participaciones de las categorías romance y acción. No debe haber problemas, pero espero que no me pida que se las devuelva por correo inmediatamente, sino cuando termine el concurso.

-No se preocupe -dijo Corrie sin aliento-. Se lo agradezco tanto... ¡muchísimas gracias!

-Espero que sepa lo que hace -el teléfono hizo un ruidito y Corrie colgó el auricular con un suspiro de alivio. Casi contenta, subió a cambiarse para ir de compras, como había planeado.

Al regresar, observó que el coche y el remolque seguían en su sitio. Trató de decirse que no le importaba que esa chica siguiera en Sea Cottage, pero su tormentosa imaginación la surtió con vívidas impresiones.

Fue una suerte que Philip llegara a casa antes de lo previsto y que ella tuviera que concentrarse en la felicidad de su hermano. Hasta el descubrimiento de las gatitas fue causa de risa y Philip sugirió que serían buenas mascotas para Matthew y James, una opinión que Corrie, recordando que Misty había deseado que sus hijos tuvieran animalitos en Sea Cottage, aprobó con entusiasmo.

Vestida con sus abrigadoras ropas para la intemperie, Corrie preparó sus cámaras. A la luz del amanecer vio que la tripulación del yate llegaba siguiendo a la chica y a Blake ante la puerta de la casa, donde, sin duda, la muchacha había pasado la noche.

Con los ojos secos, pero el estómago tenso por la angustia, Corrie observó que la intrusa se reía y hablaba con varios de los miembros de la tripulación. Ese hecho probaba que los demás aceptaban su relación con Blake. La pareja abordó el yate y Blake permitió que la desconocida pusiera las velas en su sitio. Paul y sus compañeros guiaron al yate plateado hacia mar abierto.

Corrie sintió como si la atravesara un cuchillo, desatando una ira salvaje en su interior. ¿Cómo se atrevía Blake a proponerle que

hicieran el amor cuando estaba involucrado en una relación permanente? ¡Y ella que lo consideraba sincero!

Un indignado ruido que emitió el pingüino macho le recordó que tenía una tarea que cumplir. Casi sin pensar tomó las fotos y se quedó inmóvil hasta que el ave se hundió en el mar.

¡Blake podía tener una docena de novias! ¿No había rechazado ella la relación física que él propuso? ¿Entonces? ¿Por qué le dolía tanto esa traición?

Recogió su equipo y empezó a descender por las rocas. Su pie resbaló sobre un pedazo de alga y tuvo que saltar, haciéndose daño en el tobillo. El dolor la obligó a concentrarse y tener más cuidado, mientras se dirigía a la granja. Una vez allí, no pudo evitar mirar hacia el mar.

Después de unos momentos, se metió a la casa. Ya había visto demasiado. Tenía que decirle a Blake lo de las fotos, pero ya no le preocupaba que se publicaran, así que no había prisa. ¡No quería visitarlo mientras estaba ocupado con su huésped!

Corrie dedicó el día a trabajar en las series de Australia, sacando ampliaciones y poniéndolas en filas, para compararlas. Una de las gatas hizo una gracia sobre una foto y Corrie las encerró en la cocina.

-He preparado la cena -la interrumpió Philip-. ¿Quieres que te la lleve en una bandeja? Tienes suficientes fotos para un libro enorme.., del tipo que se muestra en una sala -añadió, contemplando la producción de su hermana-. ¿Te parece una buena idea?

-Quizá -concedió Corrie-. Aunque el texto podría ser un problema. Tienes tu diario... y las cartas que nos escribiste a Misty y a mí son fascinantes. Redactaste el texto de tus otras fotos y les gustó a tus editores. No veo dónde está la dificultad.

Corrie se puso de pie sonriendo, mientras examinaba la alfombra cubierta de fotos.

-¡Yo sí! -empezó a recogerlas, en orden-. Pero quizá tengas razón -siguió a su hermano hasta la cocina. Los gatos se frotaron contra sus piernas y Philip puso el plato de Corrie al final de la larga mesa-. Gracias, Philip, huele estupendamente -le dijo la joven.

-Mañana te toca a ti -sonrió-. Me encontré con Blake mientras paseaba por la playa, esta tarde. Ejercitaba su pierna... y estaba muy contento consigo mismo. ¡Hasta escaló la colina!

-Fue una estupidez -sentenció Corrie, visualizando con facilidad lo que pudo haber ocurrido-. Esas rocas son traicioneras. Te resbalas si pisas pedazos de algas. ¿Y si se hubiera apoyado en una pierna floja? -se detuvo, consciente de la expresión divertida de su hermano.

-Y tú saltas sobre ellas cada mañana..

-Acaba de cenar -le recordó--. Sabe muy bien.

-No cambies de tema -Philip se puso serio-. Ten cuidado cuando escales, Corrie. Si te caes, te meterás en graves problemas. Blake dijo más o menos lo mismo. A propósito, lo invité a cenar mañana.

-¡Cómo te atreviste! -la posibilidad de una reunión social aterraba a Corrie.

-Tranquilízate, tenía un compromiso. -Philip sonrió mientras se servía más patatas-. ¿Por qué te has preocupado?

-Estoy muy ocupada por el momento -contestó con severidad-. Y pronto viajaré a Fiordland -le tendió el tazón de la ensalada-. Le conté que estás comprometido.

-Sí, me felicitó, etcétera... me aseguró que es un gran partidario del matrimonio.

-¿Te dijo eso? -exclamó Corrie, con los ojos como platos-. ¡El muy hipócrita!

-¿Hipócrita?

-Del tamaño de un hipopótamo -bufó Corrie-. No tiene intenciones de casarse en los próximos cinco años.

-Eso no significa que no esté a favor del matrimonio. Sólo que planea su vida... y que nunca se ha enamorado, desde luego -la música del televisor los interrumpió-. ¡Shh! Oigamos las noticias.

Mientras Philip escuchaba, Corrie echaba chispas. Recogió los platos y empezó a amontonarlos en el fregadero, abriendo el agua y estrellando eacerolas y sartenes, hasta que Philip protestó, sin apartar la vista de la pantalla. ¿Cómo podía decir que Blake nunca había estado enamorado? ¿Cómo se atrevía a hacer esa clase de afirmaciones? Con un portazo, Corrie cerró la alacena y salió, seguida de las gatas. El aire de la noche y el olor a sal la calmaron, pero sólo se dio cuenta de que caminaba por la playa cuando los animales empezaron a maullar. Mientras se revolcaban en la arena, la joven se sentó en el banco formado por dos rocas.

-Esperaba que vinieras, Corrie.

La voz de Blake la sobresaltó. Se sentó a su lado, acariciándole el rostro con su mirada sombría.

-Te observaba -su voz parecía el sonido del mar.

Mil preguntas amargas se atoraron en la garganta de la chica. Deseó que hubiera más espacio en el banco, pero estaba atrapada por las rocas y la tibieza del cuerpo varonil, pegado al suyo.

-¡Mírame, Corrie!

Ella volvió la cabeza, luchando por mantener una fachada de indiferencia.

-¡No finjas!

Las manos de Blake le sostuvieron la cabeza y su boca le cubrió los labios. El beso los unió; Corrie le enlazó el cuello, incapaz de resistirse al profundo, sensual, táctil placer de abrazarlo y ser abrazada, acoplándose a su cuerpo. Sus labios húmedos sintieron los cálidos de Blake. El mundo del mar y la arena los sumió en un remolino de sensaciones donde todo se redujo al contacto, la tibieza y el aroma del hombre al que ella deseaba.

-¡Mi ave de las tempestades, mi alegría, mi Corrie! -la voz de Blake adquirió un sonido aterciopelado al murmurar contra el oído femenino. Le besó la delicada piel del lóbulo; luego, volvió a la boca de la joven con un gemido, mientras su deseo crecía, alimentado por la pasión que ambos sentían. Una punzada penetró en los pensamientos de Corrie, al mismo tiempo que una de las gatitas intentaba subir por su pantalón.

¿Qué estaba haciendo? Debía estar loca para besar a Blake. Lo empujó con fuerza.

-¡Basta, Blake! -estaba furioso, incómoda por el dolor que le causaban las garras del minino, pero más irritada todavía consigo misma y con Blake-. ¿Cómo pudiste?

Para su asombro, Blake pareció sorprendido.

-¡No finjas inocencia! -le reprochó-. No soy tan ingenua. ¿Qué pasa con la novia que vive en tu casa? ¿No te satisface?

Capítulo 8

Ardiendo de rabia, con los senos tensos y el cuerpo rígido, Corrie le lanzó preguntas y acusaciones como dardos envenenados. -¿Crees que una conquista fácil te hace más hombre? Esa suposición forma parte de tu mentalidad de ganar a cualquier precio. Los sentimientos y emociones carecen de valor para ti.

La expresión de Blake cambió de sorpresa a diversión. Su sonrisa la destrozaba y la joven se encogió, volviéndole la espalda con un gesto de agonía. Él le acarició los hombros y la abrazó, aprisionándola.

-¡Suéltame! -la voz de Corrie se quebró, revelando su agotamiento y su sufrimiento-. Ya conozco tu atractivo. No puedo culpar a esa mujer, que seguramente te ama. Pero pensé qué tú tenías más integridad.

-Mi hermana me quiere. Del mismo modo que tú quieres a tu hermano.

-Tu hermana? -azorada, Corrie lo miró-. Blake... lo siento -se derritió contra él-. Estaba tan herida, tan enfadada...

-Lo sé, todo está bien... -la besó con ternura-. Discúlpame por no mencionarte que me visitaría. No se me ocurrió que la verías. Pensaba tomar el avión anoche, pero quiso aprovechar la oportunidad de ver al Petrel de Taiaroa en acción.

-¿Y quedó impresionada?

-Sí, lo mismo que yo... El Petrel de Taiaroa no sólo tiene un aspecto magnífico, también navega con magnificencia; es rápido, estable, firme aun en condiciones difíciles. Lo soñé durante mucho tiempo. Tiene que ganar la carrera alrededor del mundo... porque para eso fue construido.

Corrie se quedó helada. Blake no estaba enamorado de una mujer, pero ¿acaso ese yate no lo había hechizado?

-Es un barco precioso -estuvo de acuerdo.

-¿Celosa de un barquito de juguete, mi cielo? -indagó él, mirándola.

-Creo que sí. Es muy importante para ti.

Su respuesta fue un beso apasionado que borró todas las dudas de Corrie.

-¿Mejor? -murmuró, con voz resonante y sus ojos como sombras de una.

-Mucho mejor -suspiró la joven y él dibujó una línea de su oído a la boca depositando allí un beso perfecto.

-Vete, mi ave de las tempestades, o acepta las consecuencias.

-Me voy, me voy -dijo con suavidad, pero se detuvo para aceptar

otro beso.

-Te acompañaré hasta la granja para asegurarme de que estés a salvo -le propuso.

Ella sintió un nuevo placer porque la protegía y la cuidaba. Blake cogió a las gatas y se las entregó, para luego abrazarlas a las tres. Ni por todo el oro del mundo le hubiera dicho Corrie que su paso era demasiado largo, pero al tratar de alcanzarlo, él se dio cuenta y caminó más despacio.

-Supongo que mi pierna está mejor de lo que creía -se rió-. Ten cuidado, jovencita -le acarició el hombro.

-No temas, lo tendré -sonrió Corrie, mientras una de las gatas movía una pata para tentar el brazo de Blake.

-Tengo la sensación de que yo también debo cuidarme -bromeó él.

Momentos después, las luces de la granja, como ojos luminosos, los

-Te veré mañana, mi pequeño petrel -le plantó un beso en el cabello, le acomodó éste detrás de la oreja y desapareció en la noche.

Feliz e insegura por turnos, Corrie entró en su hogar. Philip seguía oyendo las noticias locales y la joven se. maravilló de que el mundo hubiera cambiado tanto para ella y no para el resto de la humanidad. ¿Blake la afectaba de esa forma? Se estremeció de alegría. ¡Lo vería al día siguiente!

Cuándo y cómo eran interrogantes que hicieron que su corazón se desbocara.

-Corrie soy Blake. ¿Estás libre por un par de horas?

-Tengo trabajo atrasado, pero me encantará tomarme un descanso, Blake.

-Perfecto. Nos encontraremos en el muelle... trae un jersey grueso o un chubasquero y unos zapatos resistentes.

-¿Vamos a navegar?

-¿Tienes miedo?

Titubeó antes de contestarle. No tenía miedo del mar, sino de estar a solas con Blake y con sus propias emociones.

-Te veré tan pronto como pueda.

Colgó el auricular, le escribió a Philip una breve nota y subió las escaleras de dos en dos. Metió un chubasquero en una bolsa de plástico y se vistió como Blake le había indicado. También decidió llevar una cámara en un estuche de aluminio, por si acaso.

-Buenas tardes, Corrie -la saludó Blake, abriéndole la puerta del coche cuando ella aparcó ante la cabaña. Al verlo, Corrie se dio cuenta de que la mañana había sido demasiado larga-. Me alegra que hayas venido.

-¿Con o sin cámara? -sonrió la joven, preguntándose si Blake podía

oír los ruidosos latidos de su corazón.

Él le quitó la bolsa y la sopesó.

-Parece que se trata de un caso de «ámame, ama mi cámara». -¿Me dejarás llevarla? -preguntó Corrie.

-Estoy seguro de que debería negarme -respondió-. Pero hoy es el día dedicado a Corrie. Lo había olvidado, hasta que lo vi marcado en el calendario de mi escritorio.

Un arco iris de felicidad iluminó el mundo privado de Corrie. Ajustó la

correa de la cámara sobre su hombro y ambos caminaron hasta el muelle. -Espera un minuto -le pidió Blake-. Tengo que conectar la alarma. -¿Así proteges el muelle?

-Es sólo una precaución. Si alguien llega hasta aquí, no le costaría ningún trabajo subir al yate -dejó caer la bolsa en la cubierta, cogió la cámara con exagerado cuidado y le tendió la mano a la chica.

Corrie apenas se apoyó en Blake, observó el leve movimiento de agua arrullando al barco y saltó.

-¡Bienvenida a bordo! -sonrió Blake mientras encendía el motor. Luego sacó los chalecos salvavidas y le pasó uno a la chica-. ¿Crees que podrás dirigirlo?.-preguntó, izando las pesadas anclas-. Yo me encargaré de las velas.

Corrie observó el yate y después a Blake.

-Puedes hacerlo, petrel -la animó.

Sintiéndose como un albatros a punto de volar desde un acantilado, por primera vez, Corrie ajustó el motor y el navío empezó a moverse, acercándose al muelle, como si se mostrara reacio a abandonarlo. Corrigió el timón y suspiró de alivio cuando el yate respondió, dirigiéndose hacia mar abierto. Unos minutos después, Blake apagó el motor.

-Guíalo hasta la punta... con ese vientecillo, tendremos que virar para regresar al muelle.

La joven lo obedeció y las velas se hincharon con el aire. Blake ajustó la del mástil y se acomodó, contentándose con observar a Corrie. Ella se concentraba demasiado para arriesgarse a sonreír. El yate se sentía muy diferente, sin el motor encendido y la joven recordó que ignoraba todos los detalles del poder del viento como fuente de energía de un yate. Poco a 'poco empezó a gozar con esa experiencia, descubriendo la emoción de permitir que el yate absorbiera más y más viento, hasta que llegó el momento en que el navío parecía deslizarse sobre las olas. Cuando giró el timón con un poco más de fuerza, enseguida notó su error y volvió a la posición original, mientras su mano sentía la velocidad de la corriente a través

del timón.

-¿Por qué has hecho eso? -Blake la miró a los ojos.

-Sentí que estaba mal -admitió--, como si saliera de un camino por donde el yate puede avanzar con más rapidez -giró el timón de nuevo y experimentó la misma sensación y otra vez lo corrigió-. Es como un punto de equilibrio, creo, Blake.

-La habilidad de sentir la respuesta del barco es una de las características de un buen timonel. Te sorprendería saber cuántos carecen de esa sensibilidad -comentó Blake-. Corrie, te enseñaré a manejar la primera vela; luego, puedes arreglártelas por ti sola.

Poco después, con rumbo al muelle, Blake le pasó el timón de nuevo.

Al dirigirse a tierra, Corrie descubrió que había encontrado el equilibrio perfecto entre el viento, las olas y las velas. Blake se sentó a su lado, controlando la vela del mástil o ajustando de vez en cuando el timón.

-Has nacido para navegar, Corrie. Eres una gaviota marinera -la alabó.

-Me parece divertido -contestó, con los ojos brillantes-, mucho mejor que el bote. Aunque Philip jamás lo va a creer -contempló la costa-. Parece un modelo de papel maché desde aquí. Nunca había estado tan lejos; por lo general, nos quedamos cerca del puerto.

-Un ave de las tempestades no le teme al mar abierto -le recordó, riéndose-. Hay un grupo de albatros a tu derecha.

-¡Una expedición de caza!

-Roddy los acompaña -agregó Blake.

-Quiero observarlos, pero, ¿cómo detengo el barco? -se rió Corrie. -Piénsalo.

Con cautela, alteró el curso y las velas empezaron a desinflarse. La sonrisa de Blake le dijo que había hecho lo correcto, y él ajustó las velas para que pasaran frente a las aves despacio y en silencio. Le tendió los prismáticos y ella contempló a los pájaros clavándose entre las olas.

-Blake, esto es maravilloso... el yate no parece perturbar a los albatros. Nunca había visto a un grupo tan cerca.

Al fin dejaron a los pájaros gigantes atrás y el ritmo del barco adquirió un ritmo constante. Blake le enseñó cómo controlar las velas y la chica experimentó, contenta.

-Eres un buen maestro -lo felicitó.

-No usualmente -se rió-. Más bien la alumna tiene un don natural para navegar. Ahora, regresaremos a tomar el té de las cinco. ¿Crees que podrás lograrlo?

Corrie giró el timón y permitió que el viento los llevara a tierra. -¡Esto es increíble, Blake!

Él correspondió a la sonrisa de la joven, cálido y relajado.

-El clima y el viento debieron saber que ese día estaba dedicado a Corrie. -Todo está tan lleno de paz, de quietud -se maravilló ella.

Dos gaviotas chillaron sobre sus cabezas, burlándose de sus palabras, y

la chica se unió a la carcajada de Blake.

-Dirígete hacia la costa sur, Corrie -la instruyó-. Hay una pequeña entrada que podemos usar.

-¿Quieres atracar ahí? Alguien te podría ver.

-Me arriesgaré.

La suavidad de la expresión de Blake y las arrugas de su piel bronceada lrededor de sus ojos, que se marcaban al sonreír, derritieron el corazón de Corrie.

-¿Cómo aprendiste a navegar?

-Cuando era niño, pensé que siempre construiría botes, con mi padre -le confesó-. Pero en un momento dado, comprendí que él pasaba más tiempo en la fábrica que en el mar. En la universidad, empecé a estudiar biología marina. Dejé la carrera cuando había terminado las dos terceras partes... un examen coincidió con una competición de yates y decidí que mis prioridades estaban en el deporte.

-¿Tu familia aprobó el paso que diste?

-¿Bromeas? Mis padres consideraban primordial una educación universitaria. Supongo que rompí los sueños que albergaban respecto a mí. No hubiera estado tan mal ese asunto, si no me hubiera aferrado a mi decisión.

-¿Qué sucedió?

-Hubo una discusión familiar de campeonato. Terminé gritando que no

sólo ganaría esa carrera, sino también la medalla olímpica de oro.

-¿Osaría decir que te caracteriza una necesidad titánica? -vio que una sonrisa se pintaba en su cara-. ¿Cómo te ganaste la vida?

-Con dificultad. Trabajaba como diseñador de botes durante varias horas a la semana; también enseñaba aeróbic y gimnasia. Eso me benefició, pues me ayudó con mi propio programa de ejercicios. Conseguía suficiente dinero para vivir y pasaba mi tiempo libre en el agua.

-,Y tus padres?

-Hay una expresión acerca de que un problema es sólo un reto con varias soluciones. Mis padres comprendieron que podía manejar la

situación. Mi madre empezó a cronometrarme el tiempo y algunas veces sacaban su yate para competir conmigo en pruebas difíciles. A cambio, les prometí que si no me' incluían entre los candidatos para los Juegos Olímpicos, volvería a la universidad.

-¿Alguna vez te arrepentiste de tu decisión? -indagó Corrie.

-Con mucha frecuencia. Nunca tenía un centavo... los yates necesitan dinero, tanto o más que agua salada. Para intentar triunfar, debía invertir en equipo nuevo o velas de primera. Y las chicas que me gustaban se mareaban cuando las llevaba a dar una vuelta en mi barco... pasó bastante tiempo antes de que aprendiera que ellas debían dirigir la operación.

-¿Me estás insinuando algo? -sonrió ella.

-Quizá.

-A veces sonríes con malevolencia, Blake Hanley -pensó que era mejor cambiar de tema-. ¿Tu hermana fue a la universidad?

-Sí. Se licenció en Económicas y luego se asoció a mi padre. Formaron un buen equipo. Mi madre estaba muy orgullosa de su hija.

Corrie vio que una sombra atravesaba el rostro masculino. Sin decir nada, le sostuvo la mirada.

-Sí, tienes razón -suspiró-. Mi madre murió un mes después de que gané la medalla de oro. Una súbita enfermedad y...

-Lo siento -dijo Corrie, en voz baja.

-Tu perdiste a tu padre, así que supongo que sabes lo que se siente -su mano cubrió la de ella, sobre el timón. Durante largo tiempo permanecieron en silencio, dejando que el yate se dirigiera a tierra firme. Corrie fue la primera en hablar.

-Mis padres me enseñaron lo que podía ser un buen matrimonio. Eran una de las pocas parejas que se amaban de verdad. Discutían por tonterias, como por qué las focas tienen pelo en lugar de plumas. Creo que comunicarse con el otro les causaba un placer íntimo. Les encantaba estar juntos.

-¿Tu madre volvió a casarse?

-Sí. Mi padrastro es un buen hombre, pero al principio resentí su presencia. Lo consideraba una patada en el trasero. Por fortuna, mi trabajo me obliga a viajar y la naturaleza me enseñó no sólo a aceptar la muerte de mi padre, sino a recordar con alegría su vida -sonrió, próxima a las lágrimas. Una mano amiga la sostuvo y Blake le plantó un beso en la boca.

-Has sido creada por amor, para amar, Corrie. Ojalá pudiera permitirme en enamorarme de ti -le buscó los ojos-. Lo siento, Corrie -apartó la vista y, al acercarse a la entrada, cambió de lugar con ella-. Yo me encargo del resto. ¿Puedes sujetar esta cuerda?

La maniobra le dio a Corrie la oportunidad de ordenar sus emociones y, cuando saltaron a tierra, fue capaz de tomar la mano de Blake y mirarlo a los ojos sin revelar cuánto la había herido. Juntos bajaron la cesta a la playa; era un sitio precioso, como de tarjeta postal, con dos viejas casonas rodeadas de árboles y un camino igual a un cordón gris que se perdía en la maleza.

-No ha cambiado mucho -comentó Blake, mirando a su alrededor-. Paul y yo solíamos echar carreras hasta aquí.

-Debías ser muy pequeño -dijo Corrie-. ¿No tenías miedo?

-¡Siempre! Pero me gustaba ganar y, como Paul tenía el mismo problema estábamos demasiado ocupados en competir para acordarnos del miedo. Mi padre o los padres de Paul debían navegar cerca de nosotros para que se nos permitiera salir a mar abierto.

Caminaron hasta un árbol y Corrie abrió mucho los ojos al ver los alimentos que Blake había llevado. Él extendió una manta y palmeó un lugar a su lado.

-Siéntate, Corrie, no quiero que crezcas.

La risa de sus ojos lo volvía irresistible, decidió Corrie, pero por su propia seguridad debía gozar de su atractivo, sin dejar que la afectara. Con exagerado cuidado, eligió un sandwich.

-¡Fabuloso! -comió contenta y escogió otro-. Un hombre con imaginación: espárragos y mortadela.

-Soy un hombre con muchas cualidades.

-Y también modesto -sonrió ella.

Para distraer su atención, le pasó el plato de los sandwichs. Blake cogió uno y lo mordió enseñando unos dientes perfectos. Ella hizo un esfuerzo por servirse té con aparente calma, sabiendo que él gozaba al observarla. Al terminar de comer, recogieron los restos del banquete y Blake se tumbó en la manta, recordándole a una pantera. Ella sabía que esa clase de felinos es peligrosa. ¿Había llegado el momento de confesarle a Blake que había fotografiado el yate? Ordenó los hechos en su mente y tomó aliento.

-Blake, hace unos días tomé unas fotos de...

Con una mano, él cogió una pluma de gaviota y se la pasó a Corrie por la cara, haciéndole cosquillas. Por instinto ella se movió, pero él le acarició la oreja y, cuando la chica se retorció, Blake le agarró del tobillo, le quitó los calcetines y los zapatos y la atormentó hasta que ella rogó, en medio de risas, que la dejara en paz.

-Fruncías el ceño y eso no te lo puedo permitir. Tenía que hacerte cosquillas, Corrie -le murmuró, cerca de la oreja. Sujetó a la chica con fuerza. La risa de la joven desapareció cuando él la besó en la mejilla, y entonces ya no pudo sostener la mirada de los ojos oscuros. Todavía

sin aliento, esperó con temblorosa anticipación que jugara con su boca. Fue un beso largo, que empezó como una ola, despacio, con absoluta seguridad, para crecer y volverse hondo, hasta que explotó en espuma.

Corrie luchó contra esa atracción.

-¡Alguien puede venir! -protestó.

-Vuelve aquí -le ordenó él y se pasó una mano por el cabello, con un gesto de frustración-. No vendrá nadie ni en mil años -le hizo cosquillas en la oreja con sensualidad-. Quizás encuentres un par de urracas en los árboles, pero ellas no contarán nada de lo que vean.

Justo en ese momento apareció un autocar de turistas, dirigiéndose hacia ellos. Corrie observó a Blake y ambos soltaron una carcajada.

-¡Me rindo! ¡Huyamos de aquí! -él le puso los zapatos y metió los calcetines de la chica en el bosillo de su chaqueta. Recogió la cesta, cogió a Corrie de la mano y juntos corrieron hacia el muelle.

Levar anclas les llevó unos segundos y, con Blake al timón, se hicieron a la mar. Corrie puso la cesta en la cabina y, al ver la cámara, la sacó del estuche. Tenía que mantenerse alejada de Blake, y tomar fotos le daría la excusa que necesitaba. ¡Quizás hasta podría fotografiar a Blake!

La posición del yate cambió y la joven contempló al hombre al timón. Se concentraba en su tarea y ella disparó justo cuando extendía la mano para ajustar la vela. Subió a cubierta y fotografió las velas y el mástil. Fascinada por el agua, se recostó para tomar la quilla mojada por las olas.

La advertencia de Blake llegó un segundo tarde para evitar que la espuma la bañara. Blake agarró la cámara para evitar que se empapara.

-Tú lo pediste, Corrie -se rió-. El bautizo del marino.

-Lo has hecho intencionadamente -lo acusó, indignada.

-¿Quién, yo? ¿Tratas de insinuar que controlo las olas?

-¡Mírame... estoy empapada!

-Te estoy mirando -bromeó. Cambió la posición del yate de nuevo y la chica se aseguró de que el agua no volviera a mojarla-. Hay una toalla en el armario y ropa para que te cambies; aunque llegaremos a casa en unos minutos.

Sorprendida, Corrie observó el mar mientras se secaba la cara y el cabello. Blake se dirigió a la entrada de Hidden Bay. La joven decidió esperar a llegara su casa para bañarse y ponerse ropa seca.

-¿Te encargas del timón mientras arrío las velas, Corrie? -le preguntó.

Ella asintió, y le tomó otra foto, relajado y sonriente, con una

expresión que le aceleró el corazón, y guardó la cámara:

Una vez en el muelle, Blake remolcó el yate con el coche para meterlo al cobertizo.

-Gracias por esta maravillosa tarde, Blake -Corrie sonrió-. Creo que podría navegar contigo toda la vida.

Vio que la expresión de él se ensombrecía, y se sintió herida. Su felicidad se evaporó. ¿Cómo pudo olvidarse? Su imaginación le decía que él la amaba, pero sólo la engañó su propia sensualidad. Con el corazón dolorido, se inclinó a recoger su cámara y su bolsa y caminó, con los hombros caídos, hacia su coche. Sin una palabra, Blake la dejó partir.

En la granja, Corrie se bañó y se cambió de ropa. No queriendo que sus emociones la dominaran, se encerró en el estudio para trabajar. Después de revelar el carrete de ese día, estudió los negativos con ojos críticos.

El primero era del pingüino amarillo con una- expresión inquisitiva que le encantó. Casi le sorprendió ver el negativo. Estaba tan celosa que tomó la foto sin pensar en lo que hacía ni importarle si echaba a perder la foto que le había costado tantos amaneceres conseguir. Entonces se prometió que nunca más se sentiría celosa.

La secuencia del mar era experimental y decidió imprimirla para evaluarla mejor. La última foto era de Blake. Consciente de la cámara, él había sonreído. El resultado le pareció peor que las fotos que toman los turistas en vacaciones. El fondo era una red de -cuerdas de las velas y riales del barandal. Pero la expresión de Blake continuó intrigándola. Curiosa, decidió añadirla a las que planeaba imprimir.

Dos horas después estudiaba la foto de nuevo. La enmarcó, satisfecha. Le llevó mucho tiempo, pero al fin quitó el fondo de cuerdas y rieles y... ¡el resultado valía el esfuerzo! Blake le sonreía, con una sonrisa llena de ternura, tibieza y buen humor, dedicados sólo a ella.

¡Un hombre enamorado!

¿No le había mostrado la misma ternura cuando se rió con ella al acercarse el autocar de turistas? ¿O cuando le hizo cosquillas hasta someterla? ¿O trataba ella de convertir en realidad lo que era fantasía?

Consciente de que. tenía hambre, fue a la cocina a preparar pasta y verduras. Una tarea prosaica, pero Philip llegaría tarde a casa y le gustaría encontrar la mesa puesta.

Los indignados maullidos de las gatitas le indicaron que debía alimentarlas.

-Lo haré en un minuto -prometió, terminando de poner la mesa.

El volumen de los maullidos de las gatas crecía a pasos agigantados y sólo se detuvo cuando la joven les dio de comer segundos antes de que su hermano llegara.

-¡Tuviste un buen día! -sonrió Philip-. ¡Te olvidaste del correo! -Y recibiste una carta de Misty.

-Sí. Los niños te mandan unos dibujos. Misty dice que uno es un albatros y el otro un pingüino. ¡Pintura abstracta!

Corrie examinó las hojas que su hermano sacó del bolsillo.

-Éste es Roddy, lo reconocería en cualquier parte -se rió, contemplando el dibujo del niño-. ¿Ves el anillo rojo de identificación en su pata?

-¿Así lo llamas? A mí me parece una manzana. ¿Licencia artística? A propósito, creo que iré a Christchurch mañana -agregó Philip-. ¿Puedes defender el fuerte otro par de días?

-Desde luego. La semana que viene viajaré a Fiordland. Estaré ausente diez días.

-Por eso decidí irme mañana -le explicó-. Fijamos la fecha de la boda para el siete del próximo mes.

-¡El siete! -exclamó Corrie-. Tres días después de que regrese de Fiordland.

-Exacto. Revisé tu calendario antes de consultar al sacerdote y a la casa de banquetes y darle diferentes opciones a Misty. -¡Pero, no has hecho nada!

-¡Que no te entre el pánico! Escribimos una pequeña lista de invitados y Misty ya terminó de enviarles las invitaciones de la boda. El sacerdote aceptó la fecha que fijamos y preparó la licencia de matrimonio, y la casa de banquetes... ¡se comprometió a servirnos un festín en un santiamén!

Corrie empezó a reírse.

-¡Debí adivinarlo! Tendré suerte si puedo comprarme un vestido para la ceremonia.

-Creo que primero debes leer esta carta -dijo Philip. Ella cogió el sobre.

-¿Es la de Misty? -leyó la carta con rapidez, reconociendo la letra artística de su futura cuñada-. Quiere que sea su dama de honor... ¡estupendo! Espera que diga que sí, porque ya vio el vestido perfecto para mí... crema, con forro verde. Confiaré en su buen gusto.

-Yo también -comentó Philip, riéndose. Luego se puso serio-. Misty tenía que aprender a confiar en sí misma, por eso se fue de Taiaroa. Le prometí darle tiempo para probarse que podía desenvolverse sola. Yo sabía que lo lograría, pero la espera fue larga. Me hubiera casado con ella ayer, si lo hubiéramos organizado a .tiempo.

Corrie lo abrazó, feliz.

-Me encanta que todo haya salido bien. Os merecéis el uno al otro y a los niños -se acercó al teléfono-. La llamaré para decirle que acepto. Tú me puedes traer el vestido a tu vuelta. Después, telefonearé a un agente inmobiliario para pedirle que me busque una casa.

Sólo cuando se acostó en su cama, Corrie pudo sacar la foto de Blake. Los ojos oscuros y llenos de amor, le sostuvieron la mirada. «Se trata de un truco de la cámara», se advirtió ella, pero sólo por una noche fingiría que él la amaba. Después de todo, ¿no lo amaba ella?

Capítulo 9

Aceptas, Misty, a este hombre como tu esposo... para amarlo, honrarlo y respetarlo?

Las palabras tradicionales adquirieron una solemnidad dramática con el fondo de la resaca del mar. Corrie miró a su hermano y el amor que reflejaban sus ojos al mirar a su novia sólo era comparable a la expresión soñadora de Misty. Su amor había crecido, fortaleciéndose con los pequeños cambios cotidianos, y ahora se mostraba orgulloso, floreciendo como las azucenas del ramo de Misty.

-Os declaro marido y mujer...

Sintiendo que alguien la observaba, Corrie se volvió para ver a Blake sentado en las rocas. Él había escogido bien el sitio para contemplar la boda, pues los arbustos impedían que los invitados lo descubrieran. Su sonrisa aceleró el ritmo del corazón femenino.

-Puede besar a la novia.

Blake levantó la mano, se la llevó a los labios y le envió un beso a Corle. Desde la mañana en que navegaron no lo había visto, y el dolor de su alma aumentó por la desconfianza. Había esperado que la llamara o la visitara, y su sufrimiento había crecido con cada hora que pasaba, a pesar de la serie de actividades que efectuó antes de partir hacia Fiordland.

Sin embargo, él le sonreía con tanto amor como en la foto que ella había tomado el día de la excursión.

-¿Corrie, Corrie? -el susurro del niñito que estaba de pie a su lado la distrajo-. Ahí está Roddy -le señaló.

-¡Shh! -su gemelo lo calló con actitud digna-. Mamá y papá... -se detuvo y sonrió ante el título que se volvía oficial en ese momento-: Mamá y papá están firmando el libro.

Misty y Philip se volvieron para abrazar a los gemelos. Corrie le entregó el ramo y besó a los novios. Cuando miró de nuevo hacia las rocas, Blake caminaba hacia Hidden Bay. La ceremonia había terminado.

Entre risas y alegría, se hicieron las fotos y la recepción transcurrió en una niebla de felicidad. Por la tarde, los novios partieron en un coche con un letrero de «recién casados» y una hilera de latas. Caía la noche cuando Corrie, su madre y su padrastro despidieron a los últimos invitados.

-¡Todo salió bien! -suspiró su madre-. Pensé que los gemelos jamás se dormirían.

-Esos dos son más activos que las pulgas que pican a un perro -comentó el padrastro de Corrie, con un bostezo-. Es agotador

convertirse en abuelo en unos segundos.

-¡Qué lástima que no puedas quedarte en casa y ayudarme con ellos! -exclamó su esposa.

-Cierto, pero nuestro negocio necesita que una persona responsable esté al frente. Y preferiblemente dos -su sonrisa reflejó su amor-. ¿Todos listos para meterse a la cama? Apagaré las luces.

Corrie había planeado pasear por la playa, pero los siguió escaleras arriba. Estaba cansada porque las emociones de ese día habían cubierto una gama desde la realidad hasta la desesperación. En su dormitorio, se acercó a la ventana para cerrarla, pero la llamada de un albatros en peligro la sorprendió. Escuchó, mientras llamaba de nuevo, cerca del cerezo del jardín.

¡Blake se encontraba apoyado en ese árbol! Formó una bocina con las manos y lanzó la llamada de albatros, suave, aunque más distante. El sonido era casi una perfecta imitación del graznido del animal. Le hizo señas a Corrie de que bajara y, después de un momento de indecisión, ella cogió su chaqueta, bajó la escalera y salió al jardín, con pasos lentos, arrepintiéndose de ese acto.

-Sabía que no podrías resistirte a ayudar a un albatros en peligro, Corrie -su voz le pareció más sensual que el recuerdo que ella repetía en su mente.

-Achácalo a la curiosidad -replicó-. Me pregunto para qué te has molestado.

-¡No me merezco eso!

-¿Te sientes menospreciado? -Corrie se puso la chaqueta y se bajó las mangas-. Me pregunto por qué. ¿Podría ser porque me regalaste una de las mañanas más increíbles de mi vida y luego ni siquiera te molestaste en telefonearme?

-Nunca me dijiste que te ibas lejos de la civilización -repuso.

-Se trata de una visita de rutina. Me quedé en casa tres días enteros antes de iniciar el viaje. ¿Sabes cuánto tiempo encierran esos tres días?

-Conté cada minuto. Te deseo. Pensé que si guardaba las distancias y me mantenía ocupado... no dio resultado. Cuando admití mi derrota y te llamé, Philip me informó que habías partido una hora antes. ¡Para ir al valle Takahe! -Blake se inclinó y la tomó del brazo-. En las montañas Murchison, en mitad del desierto. Aislamiento total, sin teléfono, ni carreteras. ¿Cómo pudiste hacer eso? ¿No te das cuenta del riesgo de estar allí... sola?

-No hay leones, ni tigres, ni víboras en la maleza de Nueva Zelanda. Por desgracia para los fotógrafos, las aves poco comunes no viven cerca de los hoteles.

-No te pases de lista, Corrie, no estoy de humor para soportarlo. He vivido un infierno preguntándome si te volvería a ver viva. Según la oficina meteorológica, Fiordland se inundó con tormentas con truenos y relámpagos... ¡y tú estabas allí, acampando!

-Tu preocupación me conmueve -Corrie se encogió de hombros-. Hasta creí que irías a saludarme cuando llegara a casa. ¡Ni siquiera me llamaste!

-¿Eso es lo que piensas? Debías llegar el lunes a las seis de la tarde. Te telefoneé cada media hora, hasta que Philip se hartó de tal manera que prometió llamarme tan pronto como llegaras. Me pasé la noche preguntándome dónde demonios estabas. ¡Bien podías haberte perdido desde hacía una semana! Me perseguía la posibilidad de que quizá te hubieras despeñado y roto algo.

Corrie lo miró y una leve lucecita de esperanzó empezó a brillar. No significaba más que preocupación, se advirtió, pero hasta esa emoción debía apreciarse, ¿verdad?

-Corrie, cuando no llegaste a las seis de la mañana del día siguiente, vine a exigirle a Philip qué organizara un grupo de auxilio para buscarte -le dijo Blake.

-¡No! -los ojos de Corrie brillaban de alegría-. Philip debió adorarte.

-Yo apenas había dormido en ocho noches seguidas y él roncaba como un puerco satisfecho.

Corrie no pudo reprimir una risita.

-¡Pobre Philip!

-¿Pobre Philip? ¿No querrás decir pobre Blake? Sólo entonces me explicó que usabas la radio para comunicarte con el cuartel general con frecuencia y que si no llamabas, se pondrían en contacto con él inmediatamente. Sólo entonces me dijo que habías tomado un curso especializado de radio. Y sólo entonces descubrí que, si me provocan demasiado, pierdo la paciencia y exploto.

-Me apena que te hayas alarmado tanto -la disculpa de Corrie estaba ribeteada con risas. Al fin, decidió agregar-: Antes de salir del valle debo cruzar un arroyuelo. Con la lluvia se convirtió en' un torrente, así que tuve que esperar tres días antes de poder cruzarlo sin peligro... sucede con frecuencia en las montañas.. Al fin usé la radio para que me recogieran con un helicóptero. ¿No te lo dijo Philip?

-Sí -su sonrisa enseñó el brillo de sus dientes blancos-. Posee un imperioso deseo de vivir. Pero todo lo que agregó fue que parecías exhausta y que querías dormir.

-Estaba agotada y pensé que regresar por carretera sería demasiado. para mis pocas fuerzas. As¡ que me acosté y tomé el avión

al día siguiente. Llegué a Dunedin a tiempo para tomarme una taza de té con Misty y los niños. Uno de los guardias forestales traerá mi coche a la granja.

-Llamé por la tarde y Philip me dijo que estabas en la ciudad -añadió Blake-. Luego tuvimos que asistir a la ceremonia nupcial con la familia. Philip sugirió que te hablara en la boda.

-Pero tú te contentaste con observarme desde las rocas. Después, no te molestaste en acercarte -protestó Corrie.

-Philip me enseñó la lista de invitados, a algunos los conocía bien. Pero quería verte a solas.

-¿Querías verme? -se comportaba como las gatitas, hambrienta de amor.

-¿Tú qué crees? ¿Tienes idea de lo hermosa que estás con ese vestido? Como espuma de mar, tan delicada que podrías volar al espacio -su sonrisa burlándose de sí mismo por ese lirismo, fue tierna-. Ya deberías estar desmayada en mis brazos, con esas palabras.

-Nunca me desmayo -dijo ella, sin aliento-. Quizá si me besas.

Apenas le tocó él los labios, Corrie le enlazó el cuello y sintió la solidez del torso masculino al apretarse contra la tibieza de ese cuerpo. Escuchaba los veloces latidos del corazón de Blake. Él le acarició la oreja con la boca y la joven tembló de placer, con el aliento de Blake sobre la nuca. Él aprovechó el momento para conquistar los labios de Corrie con breves caricias, mientras sus manos se deslizaban por la piel de la chica, exigió más de ella, su boca ahondó la pasión y Corrie se derritió contra él, incapaz de resistirse a esa magia sensual. Hasta que se dio cuenta de lo que hacía. Lo empujó, alterada, pero él la atrajo de nuevo al nido de su cuerpo.

-¿Por qué, Corrie? -preguntó en voz baja, contra su cabello.

Ella tuvo que reunir todo su valor para contestar.

-Por favor, Blake, no finjas. No podría soportarlo.

-No finjo. Jamás le he mentido á nadie y no pienso empezar con la mujer que amo, mi ave de las tempestades -la besó de nuevo, con movimientos decisivos y fuertes, su boca convertida en una canción de amor contra la de ella-. ¡Te amo, Corrie! -le dedicaba ese amor, con voz lenta y profunda, y la mirada oscura fija-. Cuando te ausentaste tuve que admitir cuánto significabas para mí. Admití que te deseaba, te necesitaba, te admiraba y, durante muchos días, hasta acepté que estaba un poquito enamorado de ti... -se detuvo para plantarle unos besos sobre el cabello-. Hoy, en la playa, en la boda, capté toda la verdad. Cuando te vi, supe que te amaba. Mientras meditaba esa idea, me miraste y comprendí que eras la mujer con quien tenía que casarme -sus dedos trazaron el contorno de la cara de Corrie y le

sonrió con -infinita ternura-. Corrie, la verdad me sorprendió. Tú sabes lo que siento respecto al matrimonio, o debería decir, lo que sentía.

Ella se. estremeció; deseaba creerle, pero su aislamiento forzoso le había dado tiempo de pensar.

-Probablemente, todo lo que me confiesas, tu supuesto amor por mí, sólo sea la fiebre del momento, Blake, el romanticismo de la situación -opinó en voz baja.

-También lo he pensado. Pero he estado en otras bodas y rara vez sentí algo más que un leve cinismo por las damas de honor. Créeme, no hay nada leve en los apasionados sentimientos que me provocas -la besó y su pasión se desbordó apenas se encontraron sus labios-. Me deslumbraste cuando nos conocimos y todavía no me he recuperado de la sorpresa -acarició la cabeza de la joven, acomodándole los rizos-. Estoy convencido de que debo culpar de ese impacto a mi vida monástica y que, si paso algunas noches contigo, la fiebre cederá.

Ese pensamiento ya se le había ocurrido a Corrie.

-Es posible -aceptó.

-No creas que te puedes escapar tan fácilmente, mi amor -le dijo Blake-. Quiero estar contigo dentro de veinte o treinta años. Para entonces, quizás empiece a entenderte; hasta puede que descubra por qué me fascinas -le besó un rizo-. Pero, al igual que nuestros amigos los albatros, soy tuyo de por vida.

La volvió para verle la cara a la luz de la luna. Corrie lo miró con sus grandes ojos, sabiendo que podía confiar en él. Leyó el mensaje amoroso en sus oscuras pupilas, en sus caricias, en la sinceridad con que había admitido la verdad. ¡La amaba!

-En la boda estabas al lado de los gemelos -continuó Blake-. Entonces capté que serías una madre afectuosa y... me indignó que el testigo estuviera a tu lado. Pienso ser yo el padre de tus hijos -le plantó un beso rápido, posesivo-. ¡Nunca había planeado formar una familia! En ese momento supe que mi rumbo estaba marcado.

¿Puedo opinar algo? -Corrie lo miró con los ojos brillantes de dicha.

-Puedes afirmar que me adoras.

-Blake, te adoro -después se inclinó hacia él para besarlo, con sus dedos tibios rozando la dura línea de su mandíbula, hasta llegar a su boca. Sintió la rápida respuesta, la alegría que surgía en Blake al sentir que su boca anidaba en la de él.

-Corrie, mi amor...

La besó con una exigencia triunfal, una pasión gloriosa, obligándola a girar en una. nube de sensaciones, hasta que la noche pareció envolverla y flotó en el éxtasis.

-Corrie, mi pajarito, mi petrel...

Ella abrió los ojos. Blake la abrazaba, con una expresión de tierna determinación.

-Debo irme, cariño. Pasa de la medianoche y debes estar cansada. Pero tenemos todo el tiempo del mundo por delante -le tomó la mano y le besó el dorso, caminando con Corrie hasta la puerta.

-Buenas noches, Blake -le acarició la mejilla-. Casi tengo miedo de

dejarte. Me asusta despertarme por la mañana y descubrir que todo ha sido un sueño.

Sintió que la besaba para tranquilizarla.

-Corrie, te amaré mientras haya viento en las nubes, agua en el mar y un sol en el firmamento.

Los ruidos de la familia desayunando despertaron a Corrie. Se volvió, decidida a recuperar el sueño perdido, cuando recordó el milagro.

¡Blake la amaba! Un rayo de luz se estrelló contra el cristal de la ventana, rompiéndose en un arco iris. El sol brillaba en el cielo... ¡Blake la amaba!

Se bañó, se vistió y corrió al bajar por la escalera con un humor de ansiosa felicidad. Un coro de saludos la recibió.

-Corrie... buenos días, pequeña. Tienes un aspecto estupendo después de dormir -su madre la besó.

-¡Felicidades, Corrie!

La joven miró confusa a su padrastro, antes de darse cuenta de que él le enseñaba el periódico matutino.

-¡Ganaste, cariño! -le sonrió su madre-. ¡Qué foto tan soberbia! Su padre se puso las gafas y empezó a leer.

-«Los premios nacionales de fotografía fueron anunciados en Auckland anoche. La fotógrafa de escenarios naturales de Dunedin, la señorita Corrie Seton, que participó en tres categorías, obtuvo cuatro medallas de oro, ganando en la sección, romance y naturaleza y... -hizo una pausa para lograr un efecto dramático-... también obtuvo el premio especial del jurado por su estudio de un yate de carreras».

-Corrie, escucha esto -su madre leyó por encima del hombro de su marido-: «El presidente del jurado comentó que las fotos tienen una composición artística, muestran excelente luz natural y técnicas maestras. La señorita Seton, dijo el juez, demostró que sus habilidades cubren toda la visión de la cámara».

Corrie sólo pudo mirar horrorizada. ¡Su foto del yate de carreras había sido impresa en la primera página del periódico local a todo color!

-En la sección central han publicado las otras dos -anunció su

madre, orgullosa-. ¿Ves el artículo? «¡Enhorabuena, C.S.! Nuestra fotógrafa de

escenarios naturales, Corrie Seton, no sólo ha sido reconocida como...» Corrie, ¿te sientes bien? Estás pálida.

-¡La sorpresa la ha impresionado! Siéntate -su padrastro le ofreció una silla y le sirvió una taza de té-. ¿Cuándo viste el nuevo yate de Blake Hanley, Corrie?

-¿Cómo sabes que es de Blake? -chilló.

-Pues, tiene que ser, ¿no? No distingo bien las caras, pero apuesto que ése es Paul Greywood. Llevaba la camiseta de rugby, con el número siete, y todos saben que es el mejor amigo de Blake... los dos solían navegar en Hidden Bay. Es un marino de primera. Este otro, el navegante con la cabeza inclinada, ha acompañado a Blake durante años. Lo reconocería en cualquier parte. Y estoy casi seguro de que Blake está cerca del timón, medio escondido por el mástil -sus dedos señalaban las figuras-. Además, el periódico coincide conmigo -leyó en voz alta-. «Yate misterioso, tema de la foto ganadora. Esta nave ha provocado inmediatas especulaciones. Se sabe que la señorita Seton acaba de regresar de la solitaria costa del golfo de Carpentaria, en Australia. Cuando tratamos de ponernos en contacto con ella, en Taiaroa, no pudimos hacerlo. ¿Se trata de un navío que competirá en la carrera alrededor del mundo? ¿O pertenece a Blake Hanley? Creemos que las dos posibilidades. Un miembro de la tripulación, que apenas se distingue, usa una camisa de rugby, de Otago. Lo que intentamos ahora es encontrar ese yate».

Corrie se sentó, atontada. Si su padrastro podía sacar conclusiones con tanta facilidad... Sus pensamientos se desbocaban.

Su padrastro miró a Corrie, con súbita inspiración, y le dio un manotazo a la segunda página del diario.

-¡Lo guarda allá afuera! Aquí está la neblina matutina de la punta. ¡Lo tiene en Hidden Bay! Tengo razón, ¿verdad? -insistió-. Pero, juraste guardar el secreto.

-Si hubiera jurado guardar el secreto, no habría enviado las fotos -intervino su madre y luego se volvió hacia su marido-. ¿No dijiste que querías salir temprano? Si vas a llevar cosas al coche, quizá los gemelos te puedan ayudar -su madre sonrió y besó a su esposo, mientras éste doblaba el periódico de mala gana y salía de la habitación seguido de sus ansiosos ayudantes-. Corrie, tomate el té y come algo: Hay un montón de recados que me han dado para ti, para felicitarte. El teléfono ha sonado todo el tiempo. Alguien lo desconectó anoche, por eso nadie pudo ponerse en contacto contigo. Lo cual fue mejor, a juzgar por las llamadas. Hay varios mensajes del

departamento deportivo del periódico, de la radio y la televisión. Uno de Paul Greywood... insistía en hablar contigo. Tuve la impresión de que no telefoneó para felicitarte.

-Yo tampoco lo haría -afirmó Corrie, triste-. Pensé que habían sacado mis fotos del concurso. Llamé por teléfono a la secretaria y le expliqué que no deseaba participar, cuando comprendí la importancia del proyecto de Blake.

-¿Quieres pasar unos días con nosotros en Christchurch? ¿O que me quede contigo?

-No, gracias, mamá. Cometí un error y debo enfrentarme a las consecuencias. Además, me han dejado a cargo de los gemelos. ¿Puedes cuidarlos mientras hablo con Blake?

Diez minutos después, Corrie se acercó a Blake, que cortaba leña y la continua e incansable acción del hacha y los hombros encogió el corazón de la joven. Recordó que su padre cortaba leña cuando se enfadaba. Le pareció que tardaba mucho tiempo en cruzar la arena; cada golpe acompañaba sus pasos. Cuando estuvo al lado de Blake, se detuvo y él bajó el hacha ,con exagerada precaución.

-Blake, lo lamento -dijo en voz baja.

-¿Tú, lo lamentas? Has ganado, ¿no? ¡Todo ese prestigio, todo el dinero del premio! Espero que pienses que vale la pena.

Corrie había observado antes animales heridos, atrapados, con una mirada de sufrimiento, angustia y odio. Pero cuando Blake la miró, ella sintió que le examinaba el alma.

Él se inclinó, recogió un trozo de madera y lo echó sobre el montón. Cuando se enderezo, se controlaba de nuevo, con los ojos sombríos. -Vete, Corrie -le pidió, seco.

-He venido a verte porque sé lo que estás pensando. Blake, yo te amo.

-¿Me amas? -su risa sonó amarga-. Corrie, tus actos me demuestran tus verdaderos sentimientos, tus verdaderos valores -empezó a caminar hacia la cabaña, pero Corrie le cerró el paso.

-Por la menos escucha mi explicación -le rogó-. Traté de decirte una docena de veces que ya había fotografiado al Petrel de Taiaroa el primer día que lo vi. No creí que se tratara de un secreto... sólo vi un yate bonito y no se me pasó por la cabeza pedirte permiso para entrar en el concurso... -le hablaba a una puerta cerrada.

Blake había salido de su vida.

Por un momento, Corrie se volvió a contemplar el mar tratando de olvidar la angustia de los ojos oscuros; sabía que él experimentaba un dolor que no lograba dominar. Si no la hubiera amado, la traición lo habría enfurecido, pero no le habría dolido tanto. Como un animal

herido, él se arrastraba hasta su madriguera para ocultarse.

Su madre la esperaba en la playa, cuando Corrie regresó a la granja.

-¿No te escuchó? -le preguntó-. Dale tiempo. Quizá lo acaba de descubrir. Y, si no quiere oírte, escríbele.

Corrie sólo pudo asentir. La llegada de los gemelos, riéndose y gritando mientras perseguían a las gatitas, la obligó a esconder sus emociones. Quince minutos después se encontraba en la puerta de la granja, con un mellizo a cada lado, para despedirse de su madre.

El teléfono sonó y los niños corrieron a contestarlo, pero cuando le tendieron el auricular, le informaron que la llamaban de Nueva York.

-¿Señorita Setón? La llamamos del Mundo del Yate. Nos enviaron un fax. ¡Felicitaciones! Parece que Hanley construyó un triunfador. Nos gustaría contratarla para que nos enviara una serie de fotos de ese yate.

La trampa estaba puesta. Tanto si lo confirmaba como. si lo negaba, se metería en problemas.

Contestó con eficiencia de secretaria perfecta.

-Lo siento, no lo puedo ayudar en ese momento. Si le escribe a la señorita Seton con su petición y sus condiciones, quizá reciba una carta suya cuando regrese de Fiordland.

Colgó el teléfono con rapidez y luego lo alzó. Sólo la desesperación de los gemelos, le recordó que esperaban una llamada, así que volvió a ponerlo en su sitio.

-De acuerdo. Limpiemos la cocina y luego bajaremos a la playa -propuso.

Apenas se alejó un paso del teléfono, cuando volvió a sonar. La charla de los niños la tranquilizó y luego fue su turno de hablar con Misty y Philip; la felicidad de los recién casados contrastaba con su tristeza. Cuando terminaron, Corrie desconectó el teléfono.

-Corrie, ¿podemos hacer un día de campo en la playa? -preguntó uno de los gemelos.

-Tienes montones de comida -añadió el segundo. -Buena idea -sonrió ella.

Cogieron embutido y pollos, mientras los empleados de la casa de banquetes quitaban la marquesina que habían puesto para la boda. Los niños se olvidaron del día de campo y las gatas para observar con interés cómo desmantelaban la enorme tienda y la metían a una camioneta con el resto del equipo.

-Nos despedimos de estos señores en la verja -sugirió Corrie después de un momento. Los niños abrieron la verja, y fue entonces cuando la joven se dio cuenta de que, si los reporteros llegaban a la

granja y no la encontraban, la buscarían en la playa. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a la prensa, pero necesitaba más tiempo.

-¿Qué os parece si mejor comemos en el bote? -les preguntó a los niños. Dos caritas fascinadas fueron la respuesta.

-¡Traeré las llaves!

-Yo llegaré antes que tú.

Media hora después, Corrie encendía el motor y se deslizaba sobre el agua; los niños pescaban algas hasta que llegaron al final del promontorio. -Apaga el motor -le ordenó a uno.

Dejó caer el ancla y los niños sacaron sus aparejos de pesca, que no habían tocado desde su última expedición con Philip. Parloteaban como gorriones al poner el cebo en los anzuelos, quejándose porque no se les permitió escabar la tierra para encontrar gusanos más gordos. El mar hacía que el bote se balanceara con suavidad. Mientras observaba a los niños lanzar el anzuelo al agua, una y otra vez, Corrie decidió que no debía preocuparse por la posibilidad de que atraparan un pez.

Antes de salir de la casa, había puesto el correo y los recados. en una bolsa. Los recados eran casi todos de felicitación y en otros prometían volver a llamar más tarde. Había, ademas, uno de Paul Greywood y tres de agencias de publicidad. Tendría que contestar la llamada de Paul; el resto debería esperar. Por último, abrió un enorme sobre, con el logotipo de la Sociedad de Fotógrafos. Lo abrió y leyó la carta:

Querida señorita Seton:

En la última junta de la Sociedad recibimos su petición de retirar sus fotos de las categorías de romance y acción.

Uno de los miembros del comité sugirió que, como el prestigio y el dinero que traen consigo los premios es considerable, quizá esa petición había sido hecha sin meditarse. El presidente me pidió, por lo tanto, que le rogara que verificara su petición por escrito.

Esto deberá hacerse a vuelta de correo o por fax para que el trámite se lleve a cabo dentro de nuestra fecha límite.

La firma de la secretaria le resultó familiar. Corrie suspiró. El sello mostraba que había sido enviado mucho antes de que se fuera a Fiordland. Si no hubiera estado ausente... si se lo hubiera advertido a Blake... ¡si no hubiera ganado! No podía aceptar el dinero del premio. Un cormorán voló cerca del agua mientras ella cavilaba qué hacer. El centro ecológico fue la respuesta obvia.

-Dos personas caminan por la playa -comentó uno de, los niños, mirando por los prismáticos.

-¿Tenemos que regresar? Sólo hemos estado un ratito aquí.

-Todavía no. No, habéis pescado nada para la cena. Déjame ver, luego comeremos -Corrie cogió los prismáticos y los enfocó sobre las figuras de la playa. Reconoció al editor deportivo y a uno de los fotógrafos del diario local. Habían descartado el teléfono e iniciaban el asalto a pie.

Agradeció que sus prismáticos tuvieran tanta potencia. Sin una lente especial, esos hombres no sabrían quién estaba pescando. Para asegurarse aún más, se caló el sombrero de pescador de su hermano, ante el deleite de los niños, que estaban convencidos de que payaseaba para divertirlos. Titubeó cuando observó que otra pareja llegaba a la granja. Dejaron allí su equipo, bajaron a la playa y se reunieron con los otros dos. Parecía que discutían pero, cuando llegó un grupo con cámaras de televisión, Corrie empezó a sentirse atrapada.

-¡Tengo hambre! -se quejó James.

-¡Creo que hoy no hay peces en el mar! -afirmó Matthew mientras recogía unas algas-. ¡Casi siempre pescamos montones!

-No importa. Lo intentaremos después. Limpiaos las manos y comamos -propuso Corre.

La tranquilizó que después de la comida los dos niños se tumbaran sobre los asientos de goma espuma y, todavía agarrando sus cañas, se durmieran. Ella los protegió con una toalla, para que no les diera el sol demasiado, y leyó el resto de su correspondencia. De vez en cuando observaba que el grupo de personas que se movía de la playa a la granja. Aparte de comprobar que unos llegaban y otros se iban, tomó notas de la correspondencia recibida en el dorso de las cartas. Los niños continuaron durmiendo y ella empezó a preocuparse. ¿Esos intrusos todavía la estarían esperando cuando regresara a su casa?

La aparición de un pequeño yate sólo le llamó la atención cuando se dio cuenta de que chocaría contra su bote. Cogió los prismáticos y examinó el casco del barco, relajándose al comprender que no era el de Blake. Un segundo después fruncía el ceño. Era Paul Greywood y no parecía haber salido a dar una agradable vuelta vespertina. En unos minutos se colocó a su lado.

-No contestaste a mi recado, Corrie.

-No he contestado ninguno, todavía. Al entender cuán importante era para Blake que no se publicaran las fotos, pedí que las retiraran del concurso. Creí que lo habían hecho -se le quebró la voz-. Blake está tan dolido... -se limpió las lágrimas que brotaban de algún lado-. Lo siento -se sonó la nariz y apartó la vista, para recobrar el control.

-Yo estaba preparado para descuartizarte, pero te muestras tan

alterada como Blake -suspiró Paul-. Quizá debí advertírselo cuando recibí la foto que me enviaste, pero temí destruir el inicio de una relación entre vosotros. Sin embargo, traté de ponerme en contacto contigo..Philip me dijo que te habías ido a Fiordland y que no podía telefonearte.

-Recibí esta carta esta mañana, debió llegar antes de que saliera para Fiordland, pero... -le tendió la carta de la secretaria y Paul la leyó con rapidez.

-Me gustaría enseñársela a Blake.

-Si crees que puede ayudarte en algo, llévatela. Donaré el dinero del premio al centro ecológico de Taiaroa -la confió Corrie.

-Muy generoso de tu parte.

-No puedo quedármelo; sería como los treinta denarios de plata.

-Las probabilidades están en tu contra -le advirtió Paul-. Justo antes de los Juegos Olímpicos, Blake se interesaba por una joven fotógrafa; ella le tomó fotos cuando estaba en una fiesta con sus amigos y luego las vendió por una fortuna.

Corrie se sintió enferma.

-Me lo imaginó. ¿No hay nada que pueda hacer para arreglar el daño? -indagó.

-Si evitas confirmar las especulaciones durante dos días, nos aprovecharemos de la publicidad que esto provoque y anunciaremos al tercero que Blake se hará a la mar en el Petrel... no tenemos la menor oportunidad de mantener el secreto por más tiempo.

-No puedo evitar regresar a casa -le dijo Corrie-. Debo hacerme cargo de los gemelos, cuidar el rebaño, alimentar a los perros y permitirles que corran un rato. Pero trataré de ayudarte.

-¿Crees que conseguirás ocultar que Blake vive en Hidden Bay? -inquirió Paul.

-No se lo diré a nadie. ¿Cómo supiste dónde encontrarme?

-Blake te vio desde lo alto de la colina. Me explicó que vigilaban la granja. Mejor me voy antes de que alguien sospeche de mis intenciones.

Paul movió las velas y el yate se alejó, dejando a Corrie a solas con sus pensamientos y los gemelos dormidos. La excitación de los días anteriores debió ser demasiado para ellos, pues continuaron durmiendo otra media hora. La mayoría de los periodistas se rindió, dejando a un trío de guardia. De mala gana, Corrie dirigió el bote hacia la granja.

Al acercarse a la playa vio al fotógrafo y, sintiéndose como una presa, lo saludó. Conocía a los tres, al fotógrafo, un reportero joven y un periodista de la radio, especializado en las últimas noticias.

-¡Felicidades, Corrie! -gritaron.

-¡Gracias! Me agrada que hayáis venido a felicitarme. -¿Qué nos puedes decir acerca del yate?

-Ayudadme a atracar y os daré todos los detalles que conozco, pero no sé mucho. No estoy dispuesta a revelar mis secretos de fotógrafo.

La rapidez con que se encargaron del bote le confirmó a Corrie que hablaban en serio. No la dejarían en paz.

-¿A qué velocidad puede navegar? -preguntó un reportero.

-Depende del mar, las corrientes y, desde luego, el viento.

-Pero, ¿a qué velocidad?

-No sé, nunca le tomé el tiempo.

Sus risas y los lápices que volaban sobre el papel, la tranquilizaron. -¿Quién lo diseñó?

Corrie dio el nombre de un conocido diseñador de Auckland que había participado en la creación del yate.

-¿Dónde tomaste la foto?

-Tomo fotos en todas partes del mundo -replicó-. Si te refieres a la del yate, la primera vez la tomé en Picton.

-Es lógico, hay un sinfín de bahías donde se puede esconder un yate.

-¿Cómo se llama la bahía? -intervino el periodista de la radio.

-Lo siento, no tengo la menor idea -dijo Corrie-. Llegamos por avión, porque no había carretera. Es un sitio maravilloso, los arbustos cubrían las colinas casi hasta la playa, ocultando casi por completo la casa y el cobertizo, que se mezclaba con los árboles.

-¿Te invitaron a ese sitio? -insistió el reportero. -Sí, desde luego.

-¿Conoces algunas de las dimensiones? ¿La eslora? ¿Las velas?

-Lo siento, no soy una experta en la materia. Es una nave brillante, con una gran estabilidad... una característica importante para pescar -Corrie sonrió.

-¿Pescar? -el reportero lanzó un suspiro de desesperación-. ¿Qué opinas de Blake Hanley?

-¡Nada! Estoy dispuesta a hablar de mi trabajo, pero no a discutir el de otros -sentenció Corrie, con firmeza.

-¿Es el yate de Hanley? ¿El de la foto del premio?

Un tirón, un ansioso ruego y las piernas cruzadas de uno de los niños, ayudaron a Corrie a sonreír.

-Disculpadme, pero ya veis que debo atender una llamada de urgencia.

Corrió con los niños hasta la casa. Notó que el trío se dirigía a la verja y se preguntó si se habrían dado cuenta de que les habló del bote de su hermano. Con los niños, las gatas y sentimientos de culpa a sus

talones, se apresuró a hacer sus tareas, y luego conectó el teléfono. Después de una docena de llamadas, decidió que, cuanto menos dijera, sería mejor. Los gritos excitados de los niños de que salía por la televisión, la desesperaron. Una película que le tomaron cuando fue nombrada entre los diez principales fotógrafos de escenarios naturales la mostraba caminando por la playa de la granja, entusiasta y contenta. El cortometraje enseñaba sus medallas de oro y el comentario terminó con la foto del yate, señalando varias características: posición, tamaño, altura, diseño del mástil, amplitud de la cubierta y corte de las velas. Opinó que lo más probable era que perteneciera a Blake Hanley y, con una sonrisa, lo retó a que, dondequiera que estuviera, mostrara su yate al público.

Corrie, con la boca seca, se encogió. Ese reportero, al ver la película de ella caminando por la playa, empezaría a revisar el área. Si descubría que la niñez de Blake había transcurrido en la península Otago, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que llegara a Hidden Bay? ¿Cuánto daño más le haría al hombre que ella amaba? ¿Acaso Blake se preguntaba lo mismo?

Capítulo 10

Cuando los niños estuvieron listos para meterse a la cama, las constantes llamadas telefónicas persuadieron a Corrie de que debía salir de la casa al amanecer. Les sugirió a los chicos ir a la ciudad para que nadaran en la piscina cubierta y luego fueran al cine. Los besó y les prometió mirar al periódico para consultar la cartelera.

Al bajar la escalera, recordó que su coche todavía estaba en Milford Sound. El timbre del teléfono pareció burlarse de ella. Una voz optimista le ofreció dinero por más tomas del yate. La cantidad aumentaba con las especulaciones. Corrie caminó despacio hasta su estudio y sacó las fotos del yate. Con las de Blake y la tripulación en las manos, telefoneó a Paul Greywood. Un contestador automático le informó que Paul no estaba disponible en ese momento y que respondería a su recado cuando le fuera posible. La joven rechinó los dientes y deseó tener una máquina similar, luego se agachó y desconectó el teléfono, diciendo que necesitaba un poco de paz.

Al amanecer, empacó lo que necesitaría para pasar el día, lo metió en la camioneta y fue a despertar a los niños. Juntos arreglaron la casa y luego se. subieron al vehículo.

-Mira Corrie, hay un camión de la televisión en nuestro camino. -No es de la tele... ¡Sí, sí es! Y se ha parado junto a la verja.

-Quizá sólo quiere dar la vuelta -sugirió Corrie y pisó el acelerador. Por el espejo retrovisor, vio que «el camión se detenía ante la granja, pero ella continuó avanzando hasta llegar a la carretera.

-Desayunaremos en la ciudad -sonrió, observando las caritas asombradas de los niños.

-¿Podemos pedir tortitas?

-¿Con mantequilla y miel?

Corrie logró asentir. El nudo que le cerraba la garganta se deshizo a medida que cruzaba la península. Los niños, sin adivinar el dolor que le habían causado, continuaron charlando, identificando las distintas colinas como a viejos amigos.

Ya en la ciudad, Corrie se detuvo en la oficina legal donde trabajaba Paul Greywood; la puerta abierta la alentó a pasar. En el vestíbulo miró a su alrededor, indecisa.

-¿Señorita Seton? ¿Busca al señor Greywood? Está en su despacho. Veré si puede recibirla -sonrió la recepcionista.

Una caja de juguetes atrajo a los gemelos y la recepcionista prometió cuidarlos, al mismo tiempo que conducía a Corrie aun cuarto bien iluminado. Dos hombres estaban sentados al lado de la ventana y el corazón de la chica dejó de latir por un segundo.

-Buenos días, Corrie -Paul le indicó una silla, pero Blake permaneció callado; su leve inclinación de cabeza y su implacable mirada revelaron su hostilidad.

-No, he traído a los gemelos. Te entrego los negativos de las fotos de Blake, la tripulación y el yate. A juzgar por las ofertas que he recibido, tienen cierto valor.

-¿Cedes tus derechos sobre ellas? -Blake avanzó y cogió las fotos, teniendo cuidado de no tocarla.

-Sí.

-Paul, ¿puedes consignar esa afirmación por escrito? -preguntó Blake y Paul asintió y salió de la habitación. Blake sacó las fotos y las extendió sobre el escritorio. Corrie se sintió melancólica mientras él las estudiaba. Un músculo saltó en la mejilla del deportista al contemplar su propio retrato, pero no dijo nada y siguió observando los otros negativos.

-He redactado el documento cediendo tus derechos para que lo firmes, Corrie -anunció Paul, entrando al despacho.

Un empleado atestiguó la firma y luego salió, prometiendo regresar con varias fotocopias.

-Esa es la mejor foto que he visto de ti, Blake -comentó Paul, estudiando las que estaban sobre el escritorio-. Corrie, eres un genio con la cámara -sonrió-. ¿Te ha mencionado Blake que oímos el par de comentarios que hiciste de un lugar en Sounds para la radio local? ¡Parecías tan sincera!

-Corrie posee el don de la sinceridad -manifestó Blake, irónico.

Fue como recibir una bofetada. Corrie soltó una exclamación de dolor y, no deseando que Blake viera que la había herido, salió de la habitación.

-¿Vamos a por las tortitas ahora? -James abandono los juguetes.

-¡Tortitas, tortitas, tortitas! -cantaron los niños, dando una paso por cada sílaba, recordándole una mañana feliz a Corrie. Ver a Blake le había impresionado. Le desgarró la expresión de sus ojos oscuros. Se mantenía controlado, callado, autoritario, pero la suavidad, el buen humor y la tibieza se habían borrado por completo, dejándolo tan duro y peligroso como las rocas de Hidden Bay.

Durante ese largo día, los sentimientos de Corrie fueron rescatados por el afecto y las necesidades de los gemelos. Al caer la noche, volvió a la granja, mientras los gemelos dormían. Recordando que era la hora de las noticias locales, encendió la radio con poco volumen, pero la voz de Blake la hizo prestar atención.

-... así que mañana, a mediodía, llevaremos el Petrel de Taiaroa del muelle Otago a la ciudad.

. -¿Es el yate que Corrie Seton fotografió para ganar una medalla de oro?

-Lo sabrá mañana, a mediodía.

El comentarista dijo que la entrevista había sido grabada en una conferencia de prensa y continuó con otra noticia. Corrie bajó los hombros y se relajó, agradeciendo que los reporteros no la esperaran a la entrada de su granja. Quince minutos más tarde, llevaba al primero de los gemelos a su cuarto y luego al segundo.

Una corriente de aire la estremeció, y fue a su estudio para cerrar la ventana. Cientos de fotos estaban amontonadas en el suelo y su mesa de trabajo. Azorada, Corrie miró a su alrededor. El archivador donde guardaba sus fotografías había sido arrancado de la pared y su contenido vaciado

con violencia. Parecía como si cientos de fotos hubieran sido revisadas con rapidez, para luego descartarlas.,

Pasmada, recogió una aislada, arrugada. Mostraba a Roddy herido y ella la alisó con las manos, tratando de comprender. La foto estaba destrozada. ¡Sus negativos! El segundo archivador parecía intacto. Los negativos estaban colocados por orden cronológico, con fechas pegadas en el interior de los cajones y un número que compaginaba con el tema del catálogo. La noche, anterior había añadido una serie numerada en color rojo, y cerró el catálogo, poniendo una regla en la misma página. El catálogo había sido abierto y ella adivinó que el texto fue leído. Abrió el último cajón y la carpeta vacía marcaba «Yate. C/-P, Greywood, Abogado», se encontraba una fracción más arriba que el resto, como si alguien la hubiera sacado y revisado que no contuviera nada, antes de colocarla de nuevo en su sitio.

Aturdida, caminó hasta la cocina y marcó el número de Paul Greywood. Éste contestó casi de inmediato.

-Paul, soy Corrie Seton. Lo siento, quizá te causaré problemas. Mi estudio... -se ahogó y tuvo que respirar hondo para continuar-: mi estudio ha sido registrado y todas las fotos tiradas por todos lados. Me llevará días revisar si faltan algunas, pero creo que alguien quena robar las fotos del yate.

-¿Tú estás bien, Corrie? -preguntó, preocupado.

-Sí, acabo de llegar a casa. Llamaré a la policía.

-Yo lo haré. Sin embargo, tardará cierto tiempo en llegar a tu casa.

-Paul, el ladrón sabe que tú tienes la serie del yate. Lo escribí en el archivador de los negativos y encontré el catálogo abierto, sobre el archivador. Sólo revisaron la carpeta del yate, probablemente para asegurarse de que no contenía el carrete. Si ellos...

-No te preocupes, Corrie, las fotos fueron enviadas a un par de

estudios -dijo Paul-. Las imprimen en este momento. Blake escogió tres para que un agente negocie una exclusiva con la prensa.

-¡Qué alivio! Pero si el ladrón entra en tu despacho esta noche...

-Me gustaría que lo hiciera, tengo a la mitad de -la tripulación allí. En serio, Corrie, ten cuidado. Llamaré a la policía ahora mismo. Buenas noches.

Corrie colgó el auricular y, consciente de su soledad, cerró la puerta de la cocina, revisó las ventanas y aseguró las puertas; entonces la asaltó un pensamiento aterrador y fue a ver que Matthew y James estuvieran a salvo. Soltó un ruidoso suspiro de alivio al contemplarlos dormidos.

El sonido de un coche la hizo correr a la ventana y su mente le reprochó no haber cerrado la reja del camino. No reconoció el coche, pero cuando se detuvo, distinguió inmediatamente la figura de Blake. Su instinto le gritaba que corriera escalera abajo y se echara en sus brazos, llorando y gemiendo, para admitir que era una frágil mujer que necesitaba consuelo. Pero al llegar al rellano de la escalera, ya había recordado la actitud de ese hombre y respiró hondo varias veces para mostrarse controlada, a la altura de la situación.

-Buenas noches, Corrie -sus ojos negros la inspeccionaron-. Paul me ha llamado. La policía viene en camino, pero pensé que debía revisar este lugar.

-Gracias.

Corrie lo observó examinar la casa, los armarios, por debajo de las camas, detrás de las cortinas, para comprobar que no había escondites.

-Rompió el cerrojo y se introdujo por aquí -Blake señaló la ventana del estudio.

-Creí que había dejado todo asegurado -dijo Corrie-. Traeré alambre para sujetarla, por esta noche.

-No toques nada hasta que llegue la policía -le aconsejó.

Ella asintió, dolida por la frialdad de su voz. Después de poner el alambre y unas pinzas en la mesa de la cocina, preparó té, un acto automático. Blake salió un momento, pero regresó con un colchón inflable.

-Me quedaré aquí esta noche -anunció-. Tú y los niños sois demasiado vulnerables.

-De verdad, no hay necesidad. Soy capaz de...

-No -dijo con resolución, y Corrie cedió-. Corrie, otros podrían intentarlo, pensando que es fácil robar las fotos. La combinación de tu habilidad fotográfica y el misterio del yate han creado una demanda lucrativa. Un agente negoció un trato por valor de ocho mil dólares en

Europa y Japón y el mismo trato en Estados Unidos valdría casi el doble -apretó los dientes-. Suficiente para tentar a uno o dos ladrones el ruido del colchón al caer cerca de la. pared de la cocina tranquilizó a la joven-. Te interesará saber que el agente que yo elegí te dará la mitad de las ganancias. La otra mitad se repartirá entre el centro ecológico y la estación de investigaciones marinas.

El corazón de Corrie se expandió al saber que Blake no había conservado ese dinero para sí.

-Gracias -murmuró.

-Pensé que era lo justo. El contrato se te enviará en un mes, a través de Paul.

Ella asintió, incapaz de estar o no de acuerdo, herida por el tono indiferente de Blake. Un pensamiento la inquietó.

-¿No sería más probable que el ladrón se interesara en tu yate? ¿No deberías- vigilarlo?

-No saben dónde está -le recordó-. Pero tres de los miembros de la tripulación lo cuidarán esta noche, aunque el yate está protegido por un sistema electrónico. No creo que peligre. Si me equivoco, puedo volver a construirlo. Pero no se pueden construir niños pequeños.

Esas brutales palabras la hicieron encogerse.

-Corrie, llamaré a la emisora de radio para contarles lo que ha pasado. Les diré que ya has vendido las fotos y que se están imprimiendo. Eso debe impedir nuevos intentos de robo.

-Pero todos sabrán que tu yate fue el modelo de mi foto -lo previno.

-Ya no lo considero una prioridad -levantó el auricular. La policía llegó cuando Blake hablaba por teléfono, y Corrie los llevó al estudio. Los dejó mientras se sentaba al lado de los niños, reconfortada por su cercanía.

El eco de risas masculinas le indicó que los policías se iban. Blake cerraba la puerta cuando ella bajó por la escalera.

-Acuéstate, Corrie, estás exhausta.

No trató de negar esa afirmación.

-Descansa tranquila, la policía patrullará la carretera hasta mañana a mediodía.

La joven titubeó, quería agradecerle su preocupación, pero temía que al expresarlo no controlara las lágrimas... no estaba de humor para decir discursos educados.

-Entonces, buenas noches -se volvió y subió por la escalera, consciente de la mirada sombría de Blake.

El sol sobre su cara la despertó. Por un momento, Corrie permaneció inmóvil, hasta que recordó las palabras de amor de Blake.

Su mirada se posó en el reloj, al lado de la cama, y se sentó inmediatamente, consciente de que los niños no hacían ruido, en el dormitorio. El olor a comida quemada y el sonido de sus voces, seguido por el tono profundo de la de Blake, la tranquilizaron, pero no se sentía con ganas de levantarse y enfrentarse a él.

-¡Sorpresa! !Desayuno en la cama!

-Somos nosotros, Corrie. Encontramos.a Blake. Vive en Sea Cottage. Blake le tendió la bandeja.

-Toda tuya, los niños ya han desayunado -su voz era la de un autómata.

-Gracias -le heló la frialdad de sus ojos negros.

-Regresaré a mi casa. Tengo varias cosas importantes que hacer. Te he anotado el número de mi teléfono en la libreta de la cocina por si me necesitas -terminó, seco.

Corrie sintió que la evaluaba y fue consciente de su camisón de color melocotón, con encajes blancos.

-Melocotón y crema -comentó él-. Lástima que hubiera un gusano dentro. Adiós.

Bajó por la escalera y Corrie oyó que la puerta se cerraba. Los niños inspeccionaron el plato de fruta y le pidieron que les enseñara el gusano.

-Hoy llegan papá y mamá a casa. Ya llevan casados una semana

-anunció James, triunfante-. ¿A qué hora crees que llegarán, Corrie?

-A las cinco -sonrió-. Dentro de dos o tres horas.

-¿Podemos visitar a Blake? -indagó Matthew mientras echaba una bolsa de conchas a la cesta de día de campo.

-Cuando os acompañen vuestros padres -respondió Corrie. Bajaron a la playa y escogieron el lugar para acampar-. Leeré la sección de los anuncios de casas en venta -les indicó-. ¿Por qué no construís un acueducto?

-¿Un acue... qué?

Riéndose, les dibujó uno en el periódico. Su sonrisa desapareció cuando los niños quitaron la página, y en la siguiente aparecieron todavía más fotos de Blake y los miembros de la tripulación. Parecía que los diarios, la radio y la televisión, sólo estuvieran interesados en la legendaria determinación de Blake de construir el yate más veloz del mundo. Revisó los anuncios y marcó dos, sin prestar demasiada atención.

Un cangrejo, oculto entre las rocas, le mordió un dedo. Con un chillido de dolor, la joven corrió al mar a mojarse la ardorosa herida.

Matthew se acercó y ella le enseñó el dedo inflamado. Luego, miró

a través de la playa buscando al otro gemelo.

-¿Dónde está James? -indagó.

-Fue a buscar un palito para su acue... ducto -Matthew pronunció la palabra con precaución, saboreándola.

-¡No! -exclamó Corrie, siguiendo la dirección que señalaba el brazo del niño-. ¡Está escalando las rocas!

Empezó a correr, sabiendo que James se aproximaba al peligro, al peñasco erosionado por el mar, persiguiendo su objetivo, un montón de varas desteñidas, como huesos blanqueados por el sol.

-¡James, detente! -le gritó.

No la oyó, y la joven observó cómo saltaba de la roca negra a tierra, cerca de la arenisca roja, y empezaba a caminar hacia su meta.

-¡Deténte! ¡Deténte!

Sus gritos frenéticos lo hicieron volverse, sorprendido.

-No te preocupes, Corrie, regresaré en un...

Sus gorjeos de pájaro terminaron en un chillido. Una parte de la roca por la que caminaba se rompió y cayó al mar. Corrió vio que el niño, con la cara blanca como el papel, trataba de regresar.

-¡Quédate quieto, no te muevas! ¡Ya voy, James! -esperaba que su grito transmitiera más confianza de la que sentía, mientras le ordenaba al gemelo que la seguía-. Matthew, vuelve a casa. Llama a Blake, su número de teléfono está en la libreta de la cocina... si no está allí llama a Jenny,, del centro ecológico. Diles que traigan cuerdas y equipo de rescate. ¡Apresúrate!

Mientras el niño la obedecía, ella ya corría, empezando a escalar la roca negra, hasta que estuvo al mismo nivel que el niño. Un abismo de unos metros los separaba, aplastando la esperanza de Corrie de poder alcanzar a la criatura.

-James, te sacaremos de ahí muy pronto. La roca roja se desmorona , como migajas de pan, así que es muy importante que no te muevas.

-Tengo miedo, Corrie.

Ella no añadió que sentía pánico de que le pasara algo a él.

-Me quitaré el suéter y la camisa .y los ataré -su sonrisa trató de animar al niño-, luego los pantalones, hasta que tenga una cuerda... ¿ves? -desgarró su camisa y sus pantalones en una roca puntiaguda y repitió el proceso varias veces antes de hacer una soga. Agregó su cinturón al final.

-Ven y ayúdame, Corrie -el intrépido aventurero tenía los ojos llenos de pavor.

-Primero tienes que atarte esta cuerda alrededor del cuerpo -el peso de la joven podía desencadenar una avalancha, lanzándolo al

mar-. Te la arrojaré, pero no quiero que te muevas para cogerla. Trataré de lanzarlo lo más cerca de ti que pueda, así que finge que eres una estatua y quédate muy, muy quieto, hasta que la cuerda caiga cerca de tus manos. Quizá tenga que hacer varios intentos, ¿de acuerdo? -rezó en silencio y luego revisó los nudos-. Cuando la agarres, quiero que pongas el cinturón alrededor de tu cuerpo. Recuerda, no muevas los pies.

-Lo recordaré -prometió James.

Le costó dos intentos lograr que el chico se atara el cinturón como le había indicado. James tenía las rodillas rígidas, y Corrie trató de no mirar al mar, que se abría entre ellos, y la espuma sucia que se formaba en la base de las rocas.

-Matthew ya debe haber llegado a la granja -lo alentó.

-Mis piernas se están cansando, Corrie, y tu piel tiene manchas azules y anaranjadas.

-Blake diría que parezco un pollo medio congelado -vio la sonrisa nerviosa de James mientras caminaba hacia el punto donde las dos rocas se unían pero le faltó cuerda. Sacrificando su sujetador, Corrie ató la cuerda de tela alrededor de la roca.

Cruzó los brazos, tratando de mantener el calor de su cuerpo; echaba de menos su ropa a pesar del sol primaveral. -

-Escucha, James -le pidió-. Ya tenemos la cuerda de rescate en su lugar; si oímos ruidos de algo que se rompe, quiero que corras tan pronto como puedas y que saltes hacia mí. Si yo no te cojo, la cuerda te sostendrá y yo tiraré de ella. A este lado está resbaladizo -le advirtió-, así que me quedaré detrás de este promontorio. Blake llegará pronto con su equipo de salvamento, pero... -no quiso pensar cuántos minutos más le llevaría a alguien reunirse con ellos. Temblando, contempló el abismo que se abría a varios metros del mar. ¿Y si James se tropezaba antes de saltar? Descartó esa posibilidad. ¡Él no había pensado en el peligro que corría al escalar el acantilado para conseguir esos malditos palos!

-Corrie, adivina qué. Tu viejo estuche de los prismáticos está colgando de esa piedra. Ojalá pudiera...

Lo vio inclinarse, cambiando el peso de su cuerpo, sin reflexionar. Se oyó un crujido tenebroso y pedacitos de arenisca empezaron a desprenderse. ¡El tiempo se había terminado!

-¡Corre, James! ¡Salta hacia mí! -gritó.

Cuando empezó a correr, la roca gruñó. El niño saltó y Corrie abrió los brazos para recibirlo. Ambos aterrizaron con violencia contra el suelo. A sus espaldas, el arco de arenisca se estrelló contra el mar, lanzando miles de litros de agua hacia el cielo. Mientras Corrie

luchaba por ponerse de pie, el agua los bañó y sintió que ella y el niño resbalaban, llevados por la corriente, deslizándose por la superficie hasta que el pequeño montículo les proporcionó un punto de apoyó y la cuerda improvisada detuvo la caída.

-¡Corrie!

Helada, empapada, se limpió el agua salada de los ojos.

-No nos pasará nada, James -le aseguró, apartándole el pelo de la frente-. Movámonos despacio. Nosotros... ¡Blaké! -suspiró.

-Tranquila, Corrie. Yo me encargo del niño. Volveré a por ti en un momento -Blake puso al niño sobre su hombro y con unos cuantos movimientos lo depositó en la playa.

Corrie, reacia a ponerse de pie, deshizo con sus dedos llenos de rasguños el último nudo para recuperar su sujetador. Muerta de frío, sostuvo la prenda mojada contra su cuerpo.

-¿Otra vez entregaste tu camisa a los pobres? -la sonrisa de Blake la deslumbró con su luminosidad. Él se quitó el suéter de un tirón. Le puso la tibia prenda a Corrie y ella suspiró de alivio mientras Blake la abrazaba. Sabía que sólo la calentaba, como antes, pero por el momento eso la satisfizo. Le pareció suficiente estar en sus brazos, sentir que su fuerza la protegía y se acurrucó contra él.

-Ya estoy bien -le costó un enorme esfuerzo separarse de él, pero recordaba demasiadas desilusiones. De pronto, exclamó-: ¡Los gemelos!

Él señaló la playa. Los niños llevaban la cesta del día de campo a la casa.

-Están bien, Corrie. Ahora, lo que necesitas es un baño caliente -sus labios se curvaron en una sonrisa-. Y no diré ni una palabra acerca de un pollo congelado. Déjame ayudarte.

-No, puedo sola -su cuerpo temblaba, pero saber que Blake la seguía la obligó a llegar a la casa sin flaquear. Al entrar, él le ordenó:

-Date un baño y ponte ropa limpia. Yo me encargo de los niños. Corrie abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla.

La ducha tibia sobre su piel la reconfortó y, después de un tiempo, salió envuelta en toallas.

-¡Corrie! -los niños y los gatos la rodearon, sumergiéndola en su cariño-. Siento mucho haberme subido a las rocas -musitó James, recién bañado y peinado-. Y te prometo no volver a hacerlo a menos que me acompañen papá, mamá, tú o Blake.

-Me parece una buena disculpa, James -sonrió Corrie.

-Blake dice que no tiene objeto disculparme si no tratas de corregirte. -Tiene razón -replicó Corrie, con los ojos tristes-. Pero a veces ni si quiera tienes oportunidad de disculparte. Está bien,

soldados... Matthew, es tu turno de bañarte. James, ordenarás tu armario. Te espero en veinte minutos aquí abajo para inspeccionar tu dormitorio. ¡Moveos! ,

Corrie fue abandonada mientras los gemelos obedecían las órdenes; las gatas corrieron hacia la cocina. Ella también sintió la necesidad de escapar.

-Encenderé el horno -murmuró.

-Todo está en orden. Pelé las verduras, puse la mesa y guardé la cesta del día de campo -le dijo Blake.

-Gracias por tu ayuda -repuso la joven.

-Corrie, debemos hablar, no hacer discursitos educados.

-Yo té de hacerlo y tú cerraste la puerta -replicó, sin mirarlo a los ojos-. Sabía que estabas herido y quise ayudarte, pero no me amabas lo suficiente para permitírmelo. No tiene sentido añadir nada más, ¿verdad?

-Corrie, mírame.

Reacia, se volvió. La oscuridad de los ojos masculinos brillaba como una llama. Un temblor le estremeció la piel y Blake se le acercó.

-Corrie, amor, lo siento. Cometiste un error, pero trataste de rectificarlo y yo lo convertí en una traición de amor.

Corrie sintió que él le acariciaba, y su voz debilitó la decisión que había tomado.

-Perdóname por no oír tu explicación. Deseaba odiarte para sufrir menos. Paul trató e explicármelo, pero me negué a discutir ese asunto.

Cuando cediste tus derechos sobre las fotos, comprendí que no era justo, aunque no lo admití. El robo me hizo darme cuenta del peligro potencial en que te había puesto, cuando lo hacía, tu rostro, pálido y angustiado me atormentaba. Quería subir esa escalera y hacer el amor contigo, pero estaba demasiado .ocupado lamiéndome las heridas para entender que algunas ya habían cicatrizado -le plantó un beso en el cabello-. Esta tarde, cuando vi que el agua te cubría y pensé que te había perdido...

Corrie escuchó que la emoción le ahogaba la voz. Incapaz de resistirse, lo consoló, descubriendo la profundidad de su amor. Sintió que él la rodeaba con sus brazos, y su gemido le dijo que su tensión desaparecería y que se refugiaba en ella. Él le acarició las delicadas orejas, enredando el cabello en sus dedos.

-Cariño, te amo. No merezco tu comprensión, ni tu perdón, pero los necesito. Sin ti, sólo existo -trató de sonreír-. ¡Eso suena cursi!-se encogió de hombros-. Pero es verdad. Lo intenté; sin embargo, no puedo destruir el amor que te tengo. Nunca creí que el amor fuera tan fuerte. Si me lo pides, no participaré en la carrera, no volveré al mar...

Corrie se le acercó y le rozó los labios con los suyos. Con una incrédula esperanza brillando en sus pupilas, él la besó con tanta ternura y ansiedad que ella comprendió su dolor.

-Blake, el albatros cruza los océanos, algunas veces con su pareja y otras solo -le dijo, con voz suave-. No podría vivir como los gorriones, en la ciudad, ni como el halcón en las montañas. No quiero cambiarte, ni apresarte. Te amo.

-Cariño, no me asombra haberme enamorado de ti -la besó con tierna alegría, ahondando en su pasión, ahora que se habían disipado las sombras de los días anteriores-. Me das mi libertad y quiero corresponder en la misma forma, Corrie. Eres una artista y no serías feliz a menos que continuaras con tu carrera, mi pequeña ave de las tempestades -se inclinó para tocarle la boca, soltando mil pájaros que volaron en el cielo de las emociones de Corrie-. Cuando nos separemos, te llevaré en el corazón -sonrió-. Contigo, me convierto en un romántico.

-Contigo, estoy completa -repuso ella, apoyándose en Blake.

Su beso fue largo y apasionado; luego, Corrie se detuvo porque presintió que alguien los observaba. Dos caritas limpias y dos gatitas los estudiaban.

-Se besan como papá y mamá -opinó James.

-¿Y también se van a casar? -preguntó Matthew.

-Desde luego -afirmó Blake y esperó a que Corrie asintiera, con una sonrisa bailándole en los ojos-. Y pasaremos nuestra luna de miel en las islas Campbell, Fidji, Pitearin y las Galápagos.

-¡Oh, Blake, mi sueño dorado! -Corrie brillaba de felicidad hasta que recordó sus compromisos. Blake vio que fruncía el ceño. -¿Algún problema, cariño?

-Tengo trabajo durante los próximos seis meses. Debo presentarme en Londres dentro de tres meses y después...

-Perfecto... yo tengo que participar en una carrera, ¿recuerdas? Y tengo que estar en Cowes dentro de tres meses. No queda lejos de Londres. Tendremos que compaginar nuestros calendarios. Creo que lo lograremos. Después de la carrera regresaremos a casa, a Sea Cottage, e iniciaremos nuestra luna de miel... Tendrás que aprender a navegar...

El sonido del coche de Philip y Misty los interrumpió. Los gritos excitados de los niños, seguidos de dos gatitas negras, se perdieron en el jardín. Para aumentar la confusión, dos grandes pájaros volaron sobre la granja.

En la sala, sólo alumbrada por el fuego de la chimenea, Blake, ya sin testigos, atrajo a Corrie hacia él y ambos se fundieron en una

mirada.

Rosalie Henaghan - Amor al viento (Harlequín by Mariquiña)